

POSIBLE CONTRAPORTADA PARA LA NOVELA

VA TENEBROSA LA VIDA

Es éste el último volumen de la saga de Dorotea y su familia. La acción va desde mediados de los años cincuenta hasta el principio de los sesenta. España está entrando en una nueva era, en la que el fascismo trata de adquirir una faz aceptable para las potencias occidentales.

Lucio y Dorotea ya se sienten aplastados e incapaces de sobreponerse a la adversidad de la vida. Lucito, su hijo, se separa por completo de ellos, no quiere saber nada, da coba a los que ganaron la guerra, sin lograr hacerse uno de ellos. Se deja arrastrar hacia el vicio. Feli hace lo imposible para no abandonar sus principios a pesar de las condiciones adversas en que vive. Continúa ayudando a sus padres, y siempre esta buscando una manera de salir de la adversidad. Hace nuevos amigos, toma decisiones importantes que finalmente la conducen a la lucha.

VA TENEBROSA LA VIDA

NOVELA DE

Fernando García Izquierdo

Última parte de una saga.

**“La Historia de Dorotea,
una mujer castellana”**

A Nicky, que me dio la idea de esta novela

Los personajes de esta historia, aunque basados en la realidad, no corresponden a ningún individuo concreto que exista o haya existido en Valladolid u otros lugares de España: son por tanto producto de la imaginación del autor. Esto, naturalmente, no es aplicable a aquellas figuras históricas que son citadas por sus propios nombres y apellidos, ostentando cargos que de hecho desempeñaron en la vida real española, y cuyos hechos, dichos, escritos e ideas han pasado ya a ser conocimiento público.

« Del tirano que se come los que tiene debajo
de su mando no espere nadie otro favor sino
ser comido el último. »

“LOS SUEÑOS”, Quevedo.

(Habla el diablo) :

“Yo administro unos hombres a medio
podrir, entre vivos y muertos.”

“ LOS SUEÑOS”, Quevedo.

PREMISA HISTÓRICA

Empezaban a percibirse algunos cambios de estructura en el país que no dejaron de impresionar a observadores nacionales y extranjeros. Se trataba simplemente de un retoque, de dar a la opresión una forma nueva, más moderna, a tono con las circunstancias y las relaciones de fuerza del momento.

Entraba a la sazón mucho dinero en el país. Era la inversión capitalista, el chollo de la emigración de obreros y campesinos hacia el norte de Europa, el turismo que enviaba el Cielo a nuestras costas soleadas. Paralelamente despertaban las clases trabajadoras, que habían sido tan ferozmente reprimidas desde el mismo día del Alzamiento del 18 de Julio de 1936.

Como quiera que fuese, seguía el régimen, por todos los medios a su alcance (y eran todavía muchos), aterrorizando al pueblo; pues continuaba en pie el mismo sistema de represión. Sólo cambió la forma: España estaba entrado en el concierto de las naciones “libres”, y había que disimular.

Empero, las clases laborales, hasta entonces subyugadas, empezaron a despertarse y a organizarse en agrupaciones más o menos clandestinas, a presentar protestas, hacer demandas, tímidamente al principio, luego con más fuerza, a medida que el régimen retrocedía, corroído como lo iba estando por sus propias contradicciones internas. Volvieron las torturas, los juicios sumarísimos y las cárceles, como en los primeros días del franquismo; tratando el poder al mismo tiempo de presentar una cara de “orden y democracia” hacia el extranjero.

La fachada se les vino abajo cuando las nuevas generaciones de españoles, en los diferentes procesos que siguieron, expresaron sin miedo sus deseos, su ansia de vida y de revolución. Y, cuando en estos procesos, utilizando el engaño, los esbirros del régimen todavía quisieron mostrar al mundo que en España había un “estado de derecho”, los valientes procesados, hablando por primera vez públicamente, dijeron la verdad de lo que pasaba y tuvieron los guardias que taparles las bocas para que no siguieran hablando. Las normas del código penal y del llamado código de justicia militar continuaron vigentes, y en algunos casos esas normas fueron ampliadas y perfeccionadas de acuerdo con esa intención de dar a la opresión una forma nueva.

Y sin embargo, estaba bien claro, en las leyes: Eran considerados reos del delito de “rebelión militar”, y ferozmente reprimidos « los que difundan noticias falsas o tendenciosas con el fin de causar trastornos de orden público interno, conflictos internacionales; o desprestigios del Estado, sus Instituciones, Gobierno, Ejército u otras Autoridades: los que por cualquier medio se unan o conspiren o tomen parte en reuniones, conferencias o manifestaciones; los planes, sabotajes, uniones de productores y demás actos análogos cuando persigan un fin político o causen graves trastornos al orden público..., etc. »

« En el despotismo las leyes tienen por objeto el terror, » había dicho Montesquieu un par de siglos antes. Pero ni las leyes del terror institucionalizado, ni ninguna otra fuerza que va en el sentido contrario al curso de la Historia, pueden parar permanentemente la marcha hacia la libertad de un pueblo que lucha con conocimiento y determinación contra el usurpador.

Había dicho el poeta asesinado por el fascismo, Miguel Hernández:

« Soy una ventana abierta que escucha
por donde va tenebrosa la vida,
pero hay un rayo de luz en la lucha
que siempre deja la muerte vencida. »

CAPÍTULO 1

El cielo está hermosamente estrellado, el aire es fresco y seco; una ciega canta a la entrada de una iglesia.

-« Esta noche es Nochebuena
«Y mañana Navidad;
« Dale a la gaita pandero
«Que me voy a emborrachar... »-

A su lado un compañero sacude con su brazo retorcido y seco unas monedas de bronce en un bote de hojalata.

- ¡Una limosnica, por el amor de Dios! – dice con voz lastimera.

Otros mendigos alzan las manos, enseñando las palmas o sosteniendo un bote o una gorra, implorando:

- ¡Por el amor del Niño Dios que en el pesebre nació una noche tal como ésta pa salvarnos a nosotros pecadores! - Es un anciano arrugado con su nietecica al lado.

- ¡Den ustés una limosna a este pobre que está malo - balbucea otro abriendo un poquito su boca de sapo -, y que no tiene quien le acoja!

- ¡Una perragorda, no más, que no tengo qué llevarme a la boca!

- ¡Virgen santa, Virgen pura, ampárame en esta amargura! – (Es la Garbancito, vieja casi centenaria todavía en el censo de la Calle de las Angustias.)

- ¡Una perrachica por caridaz, que no tengo padre ni madre! – grita un chico que momentos antes ha estado cogiendo colillas en la acera.

Unos están de pies, otros sentados, algunos tirados por tierra en el atrio que sería de mármol si no fuera por la mierda que todo lo cubre: gente enferma, baldía y no muy bien aderezada.

-¡Ay qué pena, qué pena Madre mía, mírame! ¡Líbrame desta cadena! – otro señor mutilado, que está rascándose la sarna.

Se trata de una iglesia de exquisito gusto clásico, de limpia piedra blanca, cuatro elevadas columnas con capiteles de orden corintio y santas estatuas por doquier en hornacinas: la Virgen con su Hijo muerto en el regazo en el medio, y un elegante arco sobre una grandísima puerta de entrada. Enseguida el atrio.

Los fieles que van a la Misa del Gallo pasan elegantes delante de los pordioseros, sin preocuparse mucho de ellos (tan andrajosos de todos modos, feos y piojosos), si no es para dar una patadita como distraídamente a alguno de ellos, o ellas.

Sólo de cuando en cuando deja caer un beato pudiente una perra en el plato de uno de estos miserables sin dirigirle siquiera la mirada; se frota luego por si acaso la mano enguantada en el gabán, y sigue adelante sin más, a ocupar su sitio en el interior del templo iluminado. Entonces se oyen, un instante, las notas del órgano, música sublime, celestial, que llega a los oídos de los pobres procedente, al parecer, de muy lejos, a través de unos cortinones de terciopelo que cuelgan detrás de la puerta tacheada de nogal. Se cierra la puerta, y ya nada.

Aprovechando un momento de tranquilidad, y mientras otros de los pordioseros van tomando posiciones en el atrio para echar una cabezadita, una vieja meona se aparta un poquito, mete la zarpa en la falda, corre discretamente la braga con un dedo hacia la entrepierna, abre bien las dos patas, y suelta un chorro contra una pilastra.

Casi al mismo tiempo se abre en la acera de enfrente un balcón. Es el segundo de la casa número nueve, unos metros más abajo. Una casa estrechuca de tres pisos y una ventana retranqueada en el tejado. Sólo dicho segundo piso está iluminado. Una forma negra abultada asoma al balcón, al tiempo que se oye el sonido de un pick-up.

-¡Eh, Tuerto! ¿Estás ahí? – grita la sombra.

Sale un pordiosero raquítico a la calle, chillando: - ¡El mismo que viste y calza!

-¡Ea, pues! ¡Felices Pascuas, majo! – vuelve a gritar la sombra.

-¡Felices nos las dé Dios, Dorotea!

-Pues anda, súbete. Nostés ahí cogiendo frío.

-¿Qué?

-¡Que dice Lucio que te vengas, coña, a tomar un trago!

-¡Pos allá voy, cojones!

El Tuerto cruza la calle, dando palmadas, gritando: - ¡¡Serenos!!

En seguida se oyen los golpes del chuzo; se ve la luz del farolillo; llega el vigilante con su aro de llaves: abre la puerta, y desaparece el Tuerto escaleras arriba. - ¡Mal rayo te parta! – le grita el sereno, que esperaba una propina.

Entre tanto el tipo del brazo retorcido se ha acercado a la ciega. - ¡Vaya un guateque questá dando la Doro! – articula, envidioso.

-Sí, ya lo veo – contesta la dama -. Paece questán empinando bien el codo, pa no perder la costumbre.

-Anda, que arman un tinglao de un tiempo a esta parte: todo son fiestas y celebraciones.

-Eso ya se sabe, cuando se tiene..., pos fíjate.

-Venga Dios y véalo. ¡Si están echando la casa por la ventana!

-Ya, ya – suspiró la mujer -, ¡desde que heredó la gorda esa del tío !

-Dicen que del tío rico de ahí, de las Platerías, ¿no?

-Sí, mujer, del tío ese – confirmó la ciega -, que tenía tantas tierras en Tordehumos.

Hubo un breve silencio. El manco del brazo pachucho suspiró a su vez. Luego, repitió: - Eso ya se sabe, de muertos de hambre a poseer bien de cuartos. Vamos, que no se privan de nada.

-De nada. Y, sobre todo, de vino.

-Ahora lás dicho.

-No les durará mucho, digo yo.

-Calcula – dijo vagamente el hombre. Miraba con envidia al segundo piso de la casa en cuestión, pensando para sí: "¡Ay, lo que haría yo con los cuartos que ha heredado la gordinflona esa!"

Cuando ya parecía que no iban a venir más fieles a la misa, apareció un coche oficial con sendas banderitas (del Ejército y la Falange) en los guardabarros; salió de él, con inaudita rapidez, un soldado que abrió una puerta por donde descendieron dos elementos hermosos que un elefante y un oso parecían. Era el elefante un gordo general, y su acompañante una dama envuelta en pieles, que de la misma estepa parecía proceder. Inmediatamente se espavilaron los pordioseros, que se echaron por tierra delante de los dos entes poderosos. Uno de aquéllos soltó por un agujero que tenía donde los otros llevaban la nariz: - ¡Oh, Excelencia... zelencia, una limomica, momica!

Su Excelencia dejó caer unas monedas en el bote del mendigo, limpióse a continuación la punta del guante en el capote y desapareció con su pareja en el interior del templo. Durante unos segundos disfrutaron otra vez los pordioseros de la luz y el calor que salía de la Casa de Dios, de los ritmos sublimes de una música distante, y de nuevo se quedaron solos los pobres.

Pasaron unos minutos, y la ciega murmuró por lo bajo al compañero: - Aquí ya hay muy poco que hacer.

-¿Y si nos fuéramos, pues?

-Pos eso. Que si esperamos a que termine la misa, nos vamos a quedar aquí como dos sorbitos. ¡Mira como hiela en los balcones!

-Y encima que saldrán con prisas y no soltarán nada estos cabrones – argumentó el hombre -. ¿Pa qué esperar?

La ciega no contestó.

-Pues a ver cuanto tenemos – dijo su compañero.

Juntaron las monedas de los dos, y se puso el hombre a contarlas con una diligencia tal que no parecía sino que hubiera sido contable toda su vida.

-¡Tú! ¡Alelao! Ten cuidao – susurró la mujer -, que te van a ver, ¿no te das cuenta? Recuerda que cuando éramos pobres ordinarios no sacábamos nada, que aquello no era negocio. Anda, no volvamos a las andadas.

El hombre se metió rápidamente las monedas en el bolsillo, y volvió a retorcer el brazo. – ¡Pues anda que tú! ¿Quién fué a hablar? – contestó, desdeñoso - ¡Joder, no mires así, que te se va a notar!

-Pos dímelo por lo bajines, imbécil, como yo hago, ¿no ves que te van a oír?

Por unos momentos los dos hicieron la pantomima, el uno con el brazo como un sacacorchos, la otra mirando con ojos extraviados al cielo. Al cabo la mujer preguntó en un susurro:

- ¿Pudiste contarlo ? ¿Cuánto tenemos?

-Veinte reales, cuarenta perras gordas y otras tantas perras chicas.

-¿Es eso bastante?

-Hombre, bastante, bastante...

-Entonces, ¿qué te parece? Nos vamos o aguantamos.

-Yo estoy por irme.

-Yo estoy helada.

-¡Pos, hale, vamos! Que si nos damos apuro, entodavía llegamos a la taberna del Ceporro.

Se alejaron lentamente, agarrados del brazo. Se les cruzaron unos jóvenes alborotadores que les hicieron burla. Pero ellos no hicieron ningún caso, y al torcer por la Calle Esgueva se pusieron a caminar muy deprisa en dirección de la taberna del señor Ceporro.

CAPÍTULO 2

Entre tanto, en el segundo piso de la casa de enfrente, la fiesta de Dorotea y sus amigos estaba llegando a su zenit.

-Venga, Doro. Que te toca. Báilate una jota pa que te veamos – alguien gritó alborotadamente.

-¿Yo? – respondió Dorotea -. Si fuera cantar, todavía ; pero bailar... – Todos la tiraron del brazo o del vestido, incitándola; y ella estuvo oponiéndose con risitas y aspavientos como una bella doncella -. ¡Pero si no sé bailar! – protestaba - ¡No hace ya tiempo, Jesús! Mirar las piernas que tengo.

-¡Venga, no te hagas derrogar!

-Que no puedo – decía Dorotea.

-A otro perro con ese hueso – gritó el Chucho, con voz autoritaria.

-Pos baila con él, mujer. O si no, cántate una canción.

Alguien le había subido la falda, y ella se puso a cantar, enseñando las nalgas: - “Esta noche me emborracho, ¡ay!, me mamo bien mamo... pa no llorar.”

Todo el mundo aplaudió, y Bigarreta la cogió por el talle, abrazándola.

-No, Chucho, no, questoy muy torpe, y no puedo bailar.

Estaba el cuarto que no cabía una pulga. Aparte de los Muñeiro, que eran cuatro (pues, desde que heredó la madre, no salía Lucito del piso), estaban los camaradas de Lucio, el Chucho y el Tuerto, más un amigo del hijo, Blasito, y los dos vecinos del tercero, un matrimonio que había venido a habitar el piso dejado vacante por Juanita cuando el querido le puso casa a ésta por la parte del Paseo Zorrilla.

Dorotea, que había caído rendida en la cama turca, miraba a Bigarreta con ojos de sueño. Éste la agarró del brazo para levantarla, y de nuevo la arrastró hasta el medio de la habitación.

-¡Así se hace, Chucho!

-¡Báilala otra vez!

-Que no – protestaba la mujer -, que no puede ser, questoy muy cansada. Tenía el moño deshecho, el colorete esparcido por el rostro, el rímel corriendo por debajo de los ojos. En aquel momento, estaba el pick-up

entonando una rumba cubana, y el Chucho había puesto sus manazas en las abultadas caderas de la Doro, que movía como dos paletas, haciéndola girar a un lado al otro, muy estirado él y muy serio.

Abrió la boca Dorotea, sucia de espuma y de vino, enseñando cuatro dientes amarillos. Llevaba un vestido de seda, que había comprado en una casa de modas, y que ya estaba reventado a los lados y todo él lleno de lamparones. Como no podía mover las piernas, cogió un collar que le colgaba hasta el vientre y se lo metió en la boca, meneando luego los codos como un energúmeno; saltábanle arriba y abajo los pechos enormes; y todo ello dio la impresión a los contertulios de que en efecto estaba bailando. Al cabo, se puso a cantar -: "Esta noche m... memborracho, ¡ay!, m... memamo bien mamao, p... pa no lloorar."

-¡Encanto, mi chorva! – gritó Bigarreta, en cuyos brazos cayó extenuada Dorotea - ¡Ea, enderézate! Vamos, mona, que no estás hecha de plumas, que digamos.

Y el Tuerto dijo, burlón: - La mona aunque la vistan de seda, mona se queda.

Lucio, con la bota en la mano, estaba haciendo gracias por su cuenta. Se había empeñado en hacer beber al Tuerto, y como apenas ya ni veía, dábale con la bota en las narices, llenándole de vino la mal afeitada barbilla. Más tarde, metiéndose la bota bajo el sobaco, y apretando con el brazo sano el cuero, empezó a regar a todo el mundo de vino.

-¡Eh, tú, Bicicleta, joder! – protestaba el Tuerto, empujándole fuera de sí -, que ya está bien.

Lo cual hizo que el exebanista se hiciera más insistente, haciéndose el gracioso, con gran regocijo de su mujer, que se le acercó de rodillas con la boca abierta, implorante.

-¡Que riego, que riego! – chillaba él - ¡La manga riega!

- Pos apunta, que me place.

Y como Dorotea había dado con sus huesos en el suelo, poco faltó para que la ahogara el Lucio.

Bigarreta reía a carcajada suelta, mientras los otros aplaudían. Y yendo de gracia en gracia, Lucio terminó por ponerse la bota entre los muslos. – ¡Mi... mirar como meo! – gritaba entusiasmado -. M...mirar c...como m...meo.

En lugar de hombre parecía un monigote, una de esas caricaturas de los tebeos: los muslos flacos como dos palillos, la cara cadavérica con su aún abundante cabellera de plata, y la nariz colgando como una berenjena con las antiparras encima. Como su abotargada mujer no podía moverse, estaba él

llenándola de vino que entraba y salía por la boca, los ojos, la nariz como de un surtidor.

-Tú ven aquí, amorcito – le gritaba por su lado el Chucho, y la tiraba de las piernas hacia la cama, salvándola con ello de una muerte segura. Cedieron las patas de hierro de la cama turca con el peso de los dos amantes, produciendo un inmenso alboroto. Lo cual aprovechó el Tuerto para meterse debajo de la mesa, agarrando una botella de coñac, que se metió entre pechos y espalda, pasando acto seguido al mundo de los sueños.

-Que le están robando a la parienta, señor Lucio – señaló el vecino del tercero, tirando de la manga al Bicicleta.

-¡Pos que la jodan, cojones! – es todo lo que respondió el Lucio. Dio una última chupada a la bota, que se le había quedado seca, y la arrojó despreciativo al aire.

La cual cayó encima de Dorotea, que la agarró para chuparla, abriendo la boca como un enorme chimpancé. El Chucho, que no quería soltarla, se apretó contra ella, le chupó el vino que discurría por la barbilla, cantando:

- ¡Ven aquí, mi barbarroja bonita! ¡Ven a mí y verás, que toas las cosas del amor es la mayor felicidad!

-Que no, ¡hip!, que té dicho que no. ¡Ay, madre, que... qué pesao! – chillaba Dorotea, haciéndose la casta. - Esta noche memborracho... ¡Ay, me mamo bien mamaa!

Pero el barrendero insistía, metiéndola el sexo entre las faldas y acariciándole con sus toscas manos los muslos. -¡Hala, quen seguidita se hace!

Era sin contar con el señor Madrugo, el vecino del tercero. Irritado de ver tanta inmoralidad, éste despertó al marido, que andaba tirado por el suelo, gritando: - ¡Ea, señor Lucio! Que le están quitando el honor, ¿no ve?

No veía en efecto el cegato. El cual se levantó a tientas y llegó a duras penas a la derrumbada cama, dispuesto a defender lo poco que quedase de su honor. – A ver – decía -, que yo soy un hombre de pelo en pecho, ¡eh! - Pero como no tenía más que un brazo hábil, poco verdaderamente pudo hacer a pesar de su bravura y de la voluntariosa ayuda del vecino.

-Esto ya pasa de castaño oscuro – se lamentaba éste viendo como se corría el barrendero en las nalgas de la ‘chorva’.

Mientras tanto el Bicicleta tiraba de la camisa del delincuente amigo. - ¡Joder, más respeto! – decía -. ¡Eh, tú, Chu...Chucho, jefe, a ver! ¡Más respeto, hip! ¡Tú... tú deja a m... mi mujer, que te p... parto la jeta, hostias! – Y, como viera el rostro de su esposa asomando por el hombro del amigo, a

ésta se dirigió perentoriamente -: ¡L...levántate ahí! ¿Me oyes? ¡Hom! Levántate ahí té dicho. ¡Doro! Que... que obedezcas a tu marido, ¡janda!

La escena duró unos minutos, al cabo de los cuales ni Doro ni Bigarreta podían moverse. Allí quedaban, en la derrumbada cama turca, sucios y cubiertos de cuentas del collar de Dorotea, que se había roto con el esfuerzo.

Pero Lucio se había vuelto quisquilloso. – ¡No, hom, que no! – decía, intentando acabar con aquella indecencia. No podía dejar a esos dos así, el uno encima de la otra, y que se ultrajasen las leyes de la religión y de la urbanidad. Sobre todo que estaba el Madrugo todo el tiempo metiendo cizaña.

-No deje, señor Lucio, que le menoscaben así su hombría, ¡caramba!

En seguida se acercó a éste la señora. - Vamos. Yo os echaré una mano – dijo -, que es indecente verlos así, ¡Santa María bendita!

Pero el señor Lucio no lo consintió. – No, eso no; s... se lo agradezco infinito, p... pero no – decía, empujando a la Madruga con su brazo sano -. Las m... mujeres a la cocina. ¡Hom! ¡No faltaba más! Questo es o... oficio de hombres. - Y se volvió, tambaleándose, a la cama turca. – Va...mos, va...mos, Do...ro, Doriña.

Tiraron él y el Madrugo de la camisa del Chucho, haciéndola jirones, y sin moverle en lo más mínimo; y a cada paso se volvía Lucio a la vecina (que ya se había vuelto a sentar en su silla), advirtiéndola -: Us... ustez señá María, ahí, sentadita, ¡hip! Mire ustez, questo... es oficio de hombres, ¡hip!

A las voces había acudido Blas, el amigo de Lucito, que se había encerrado en la cocina con Feli. Empujó el mozo a un lado el cuerpo inerte del Chucho, y entre todos (la vecina había vuelto a las andadas) lograron sacar a Dorotea, arrastrándola luego, y dejándola al cabo en el suelo, contra el tabique que separaba el comedor de la cocina. Con el bamboleo debió de revolversele el estómago a la pobre borracha y, aun dormida como estaba, empezó a arrojar líquido y tropezos de carne o chorizo como un manantial sucio, llenando el piso de vómitos y de vino. Viendo lo cual, el marido empezó a contorsionarse y asimismo a arrojar; pero en su caso fue sólo vinazo lo que salía. Tanto líquido echó por esa boca con la berenjena encima que no parecía sino que el grifo de una cuba hubiera sido abierto en el medio de la habitación. Y era tan rojo el líquido que arrojaba, que algunos temieron que se les desangraba el pobre exebanista. Cuando terminó de vomitar se quedó mirando a los otros pasmado y muy enfermo, pues le entró una tiritona tal que hasta los muebles empezaron a temblar. Creyendo verdaderamente que se les moría, los Madrugo y el Blasito cargaron con sus huesos, lo metieron en la alcoba, y lo tumbaron contra el Lucito, que en un baño de sudor se hallaba durmiendo una borrachera pacífica. Abrigaron bien al pobre enfermo con las mantas, y el Blasito se volvió a la cocina, donde estaba esperándole Feli, que había vuelto a poner el gramófono.

Así que se quedaron solos, a todos los efectos, los vecinos del tercero. Era el momento que habían estado esperando toda la noche. Se cruzaron las miradas, el marido fue a decir adiós a los dos jóvenes, y entre tanto la señora, levantándose la falda, se llegó al borde de la mesa (que estaba pegada a la pared para facilitar la fiesta) y arremetió con todo lo que pudo: turrónes, pastas, chocolates, mazapanes, peladillas, almendras garrapiñadas, frutas escarchadas, membrillos y otras golosinas.

-¡Vamos! – le hizo una seña al marido, que se había puesto en la puerta de la cocina, haciendo pantalla con el cuerpo para que no vieran nada Blasito y Feli.

Salieron los esposos del piso, y cuando ya llegaban al rellano del tercero, el Madrugo preguntó a su media naranja:

- ¿Habrás cogido también alguna botella?

-¡Me cachis en la mar! – contestó ella, histérica -. Aguarda un instante. – Y soltando el abrazo de la saya, depositó todo lo robado en el descansillo y volvió a entrar en el segundo. Metió la zarpa bajo la mesa, donde dormía el Tuerto, y agarró un par de botellas con cada mano.

A la que salía otra vez, echó un vistazo en la cocina, para cerciorarse de que no había sido vista por los dos jóvenes; y lo que allí contempló la llenó de indignación.

-¡Válgame Dios! - le dijo al marido nada más entrar, jadeante, en el tercero -. No te pués figurar, Vito, lo que he visto.

-¿Qué has visto, amor mío? – preguntó, preocupado, el marido.

-¡Ay, ay! No me preguntes. ¡Ay, Vito, lo que he visto! ¡Jesusito, lo que he visto! ¡Lo que he visto! – respondió ella, ahogadita.

-¡Cálmate, mujer, oh, cálmate! – decía el Vitorero, solícito - Cálmate, querida, que te pué dar un síncope.

-¡Pero Vito, ay, mi Vito, en que mundo vivimos! No pués figurarte. No, si no hay religión ni nada ya en este mundo, ¿qué se pué esperar? ¡Lo que he visto! ¡Ay, ay, ay, qué juventud! ¡Ay, maridito, la hacía una de cosas! ¡Cómo está perdiéndose el mundo! ¡Qué disciplina hace falta!

Hablaron por un rato, abrazaditos, besándose y hablando con tristeza de las cosas que habían visto.

-No te pués figurar, maridito – repetía la señora.

Luego, indignados de ver como se estaba echando el mundo a perder, sobre todo la juventud, después de haber colocado las botellas, los turrónes y

otras golosinas en el aparador (y haber echado bien la llave para que no les robara la asistenta el miércoles, que era su día), se pusieron muy piadosos de hinojos delante de una estatuilla de Jesús en el Pesebre, y le pidieron al Niño Dios que les preservara del pecado, y que protegiera y diera fuerzas al Caudillo para que nos conservara España, y que no dejara que entrara la inmoralidad con los turistas, que habían empezado a llegar en gran número a nuestras costas.

CAPÍTULO 3

Feli y Blasito continuaron bailando por un rato, los cuerpos juntos apretados, la boca de él tan abierta que no parecía sino que iba a tragarse a la joven. Le había pasado las manos por debajo de la falda y estaba apretando las posaderas, como temiendo que fuera a escapársele la presa. Era Blasito un poco más alto que Feli, tosco, moreno, más bien nervioso y delgado.

-No aquí – protestó la joven, adelantándose a los avances del mozo.

-Pos entonces, ¿dónde?

-Oye, Blasito, vámonos a dar una vuelta, ¿quieres?, siento un dolor de cabeza que no me tengo.

-Pos bueno – dijo él, encogiéndose de hombros.

Salieron a la calle. Al llegar a la parte de la Antigua, él la apretó contra un muro de piedra que despedía un horrible olor de orina; y allí estuvieron como un cuarto de hora. Luego, dándose cuenta los dos amantes de que el pórtico estaba lleno de pordioseros que dormían entre las piedras y pilastras, sugirió él, muy convencido. - Anda, llévame a tu piso. Aquí no hay nada que hacer.

-No puede ser, Blasito.

-Y ¿por qué no?

-Pues porque no – dijo ella, apartándose del mozo -, si me ve alguien entrando en el piso con un hombre, por la noche. Figúrate.

-Tú lás dicho- respondió él, cada vez más mohino-, es de noche. ¿Quién puede vernos?

-¡Uy! Tengo una portera muy cotilla y muy chismosa. Si la vieras. Luego se lo cuenta todo a él.

Estaban caminando hacia el centro, por el lado derecho del Mercado del Portugalete. Se veían los restos de pisoteadas verduras por el suelo, y en algunos sitios la calzada estaba llena de barro. Blasito se separó ahora de la joven, mohino, sintiéndose rechazado. Aunque torpe y sin cultura, sentíase muy superior frente a Feli (por aquello de que era varón) y no comprendía por qué ella no decía que sí a todo lo que él sugería.

-Te conozco – dijo de mal humor, sin que viniera a cuento -, quieres hacerte la casta; pero a mí no me la das.

-Ya estás otra vez – dijo Feli, reconciliante -. Ya sabes que te aprecio mucho ; pero hay cosas..., bueno, nunca quieres comprender.

Él se volvió todavía más morugo. – Piensas que soy un bruto – murmuró, salpicando las botas en el barro con genio -; pero no; te equivocas.

Ella se vino hacia él, y trató de calmarle, abrazándole según caminaban por un rato en silencio. Años atrás había habido entre los dos jóvenes unos lazos de afección que algunos pensaban habrían de terminar en noviazgo; pero no dio resultado aquello, y hacía ya tiempo que ni siquiera se veían.

-Pos dime – empezó Blasito al cabo -, ¿es que piensas casarte con él, o qué?

-Ya está casado; si tiene hijos mayores y todo.

-¿Es un viejo, entonces?

-No – respondió parcamente Feli.

Blasito cogió por unos segundos, y luego dijo: - ¡Jopelines, ya debe tener cuartos el andóval!

-Pues sí.

-¿Qué oficio tiene?

-Lo menos media docena. Está en los Sindicatos, por eso. Es de la Jerarquía del Movimiento, ¿no sabes?; luego en Abastos y en Gobernación, la Alcaldía, la Diputación. Cobra sueldos por todos los sitios.

-¡Jopelines! – volvió a decir Blasito -, así ya se pué vivir.

Feli dijo que deseaba cambiar de conversación: no habían salido juntos ellos dos para hablar de ese hombre. A lo que respondió el otro, inesperadamente.

-Lo ves como eres una egoísta, Feli. Cuando hay algo que me interesa, tú, a hablar de otra cosa, ¡cojones!

-¿Pero qué te puede interesar de un hombre con quien yo pueda vivir?
- protestó Feli, asombrada en extremo.

-Pos eso, boba, que si tú quisieras, podríamos aprovecharnos de él.

Feli no dijo nada. Habían llegado a la Plaza Mayor, y caminaron, todavía juntos en los soportales. Al entrar en la Calle Santiago, con un viento helado que se clavaba hasta los huesos, ella se cruzó la bufanda por el cuello, tapándose la boca. Y fue él solo quien habló de ahora en adelante.

Estaba hablando de sí mismo, de sus planes, ambiciones, ¡cómo le gustaría, a él también, entrar en los Sindicatos y hacer carrera!

La joven había empezado a toser, pero él ni siquiera se dio cuenta de ello.

-¿Sabes lo que te digo? – iba diciendo Blasito-. Feli, si pensaras un poco en mí y en nuestro porvenir, pos que ¡joder! correrías a buscarme un enchufe. ¿No dices que es Jefe de Abastos? Pos eso. Anda que si quisiera echarme una mano. Que mé pasao dos años de peón en la costruición, y nada. Que ahora, ya ves, en el paro. Mira Lucito que suerte tiene en el Diario. Enchufao de tu tío Santiago. Por eso, ¿no? Y dices tú que **ése** es de la Jerarquía del Movimiento. ¡Anda, que no podíamos nosotros dos sacar tajada de él, si tú quisieras! Pero no, nadie mecha una mano, nadie me quiere ni mayuda, ¡qué mala pata!

-Bueno, vamos a dejarlo – dijo ella al fin, y como fuera él a añadir algo, le cortó, diciendo -: ¡Cállate! ¡No, no quiero oír más! ¡Calla! Te he dicho que me duele la cabeza, por favor.

-Pos eso. Me callo. Pero recuérdalo – dijo él, dando patadas de mal humor, salpicando de barro los zapatos de la joven.

Ella dio un tirón del brazo izquierdo, que le había agarrado el mozo, y se apartó de él con asco. Estaban en la Acera del Generalísimo. Torció a la primera esquina que llegó; y, sin dirigirle siquiera la mirada, aceleró la marcha, alejándose de él, hasta que llegó al portal de su propia casa. Puso la llave en la puerta, distraída y llorando. Abrió y entró en el portal. Estuvo sollozando un buen rato en silencio, sin poner la luz. La idea de meterse ahora sola en el piso que le había puesto el amante se le hizo odiosa de repente. Sabía que ya no cerraría ojo en toda la noche, y decidió salir de nuevo a la calle, aunque se helara y acabara su vida de una vez.

Estuvo dando vueltas, yendo y viniendo, buscando las calles menos frías, hasta que se encontró otra vez en los soportales de la Plaza Mayor, donde vaciló un instante, no sabiendo qué dirección tomar. Ya no tardaría en llegar el día, pensó. Pasó a la Plaza de los Leones de Castilla; al llegar al Mercado del Val, le salieron al encuentro unos estudiantes de la tuna, que seguramente volvían de serenar a alguna muchacha. Uno de ellos le dijo: - Vente, bonita, y canta con nosotros. - Ella no respondió, pero siguió con el grupo, como atontada, sin saber a ciencia cierta lo que estaba haciendo. Iban los jóvenes alborotando, unos con guitarras y mandolinas, otros con carracas y panderos. Feli llevaba un pañuelo arrebujado en la mano, que de cuando en cuando aplicaba a los ojos.

-¿Qué te pasa, preciosa? – le preguntó uno de los muchachos, caminando de espaldas al grupo para mejor ver a la muchacha; sacudió, para animarla, las cuerdas de su mandolina.

Feli le miró, sin decir nada. Parecía una niña perdida, tan triste: esa boca abultada y bella, por donde discurrían las lágrimas hasta las comisuras de los labios, ligeramente abieros, que formaban, a cada extremo, un hoyuelo.

-¿No quieres responder? – le dijo el chico, enamorado - ¿Dime, te ha comido la lengua un gato?

-¡Déjala, Arturo! – chilló otro de los estudiantes – Vamos. ¿No ves que es sordomuda?

Pero el llamado Arturo no lo dejaba. Hizo una mueca para alegrar a la joven, y tomando otra vez la mandolina, se puso a cantar: « Ande ande ande... la Marimorena... Ande ande ande ¡qués la Noche...buena! » Y aunque siguió andando con ellos Feli se fue distanciando el grupo. Solamente el de la mandolina volvió la mirada, chillando: - ¡Anda, sonríe un poquico, que se me rompe el corazón de ver tanta tristeza!

Comentario [I1]:

Comentario [I2]:

Comentario [I3]:

Fue quedándose rezagada la zagala, y al cabo perdió enteramente de vista a los mozos. Con el alba se acentuó la helada, y ella apretaba los brazos contra el pecho, aterida de frío. Descendió por una escalinata de piedra que unía dos callejuelas de diferente nivel; y cerrando las solapas del abrigo, cubriéndole los labios la bufanda, se sentó en el ultimo banzo, agotada, pensando tal vez que había llegado su última hora.

Por su mente pasaron escenas enteras de su vida: la tristeza del piso de sus padres; la rudeza de su hermano, al cual apenas había visto antes de que heredara la madre, y que resultaba ser ahora un borracho empedernido, igualito que el padre; los trabajos y desventuras sin fin a que había estado sujeta desde su niñez; las monjas, sus sucesivas señoritas, cada cual peor, y los esfuerzos que había hecho a menudo por salir dignamente de aquel atolladero. Y ¿el resultado? Había cazado a un Jefe del Movimiento, Camilo de la Cruz, su digno amante... Todo, todo, todo se le había ido en agua de borrajas: era su vida un fracaso rotundo. Había caído en un pozo horrible del cual nunca podría escapar. ¿Cómo era posible que, a los treinta años, ya no hubiera nada, absolutamente nada, en la vida para ella?

Sintió que le daba un vahido, y oyó como en un sueño la música de un organillo; vio una luz que salía de una puerta que acababa de abrirse.

-¡Una mujer! Y está heladita, la pobre – oyó una voz suave, femenina, que se mezclaba deliciosamente con las notas del organillo que salían de una taberna que allí mismo, al pie de la escalinata, había.

Salieron otros. La ayudaron a entrar en la taberna. Alguien trajo una taza caliente de café, que olía ligeramente a anís. Estuvo sentada un rato en una silla. Sus manos volvieron poco a poco a la vida, sosteniendo la taza caliente como una ofrenda. Le hicieron algunas preguntas. No supo qué responder. No sabía qué le había pasado, ni por qué había tenido aquel ataque de locura, que le había hecho ir por ahí sola, por las calles heladas. Sintió que se le iba la cabeza.

Cuando volvió en sí, se hallaba envuelta en una manta, tumbada encima de un banco de madera. Se sentó en el banco. Vio que estaba en una taberna pequeñita. Un hombre de edad colocaba una serie de platitos, con tapas, en el mostrador. Sonrió como si la conociera. Ella le devolvió la sonrisa. En esto salió de la trastienda una mujer que le preguntó si ya no tosía y que si sentía algún dolor en el pecho. Habló de prepararle una cataplasma de harina de linaza. Feli dijo que estaba bien, que muchas gracias. Luego la mujer desapareció, diciendo que le prepararía un desayuno.

Más cerca, en una silla, había otro hombre que la miraba atentamente.
– Parece usted muy triste – dijo -, ¿lo está?

-¿Qué me ha pasado? – preguntó ella a su vez.

-Estaba tan helada que tuvimos que entrarla y abrirla bien. Luego usted se quedó dormida.

-Ya recuerdo – dijo ella, fijando sus ojos en los del hombre -. Y los otros, ¿dónde están?

-En sus casas, supongo. Fue una fiesta entre compañeros. Pero no ha contestado a mi pregunta, ¿por qué está tan triste? – Se quedó contemplando esos ojos verdes extraviados que le miraban como si estuviera la joven tratando de recordar.

-Simplemente porque no soy feliz – contestó ella.

-Trate de serlo.

-Ya es imposible.

-Vamos, no puede ser tan grande la causa que no haya la posibilidad de encontrarle remedio -. Era un hombre moreno, con barba, de cabello negro con algunas canas en las patillas. Llevaba gafas de montura metálica.

-No sé.

El hombre encendió un cigarrillo, y preguntó: -¿Cómo te llamas, si se te puede tutear?

-Sí. Soy Feli. Felicitación Muñeiro. ¿Y tú?

-José Miguel. No te he preguntado, ¿quieres hacerte un pitillo?

-No fumo.

Salió la señora con cuatro cafés. Se sentaron todos, y estuvieron los cuatro charlando y haciéndole los tres preguntas a la mujer que ésta

respondió sintiendo que se reponía de su ataque de nervios, si no de su melancolía. La tabernera acarició el rizado cabello negro de Feli diciendo que había entrado empapadita y que esperaba que se sintiera mejor. Y la dio un beso en el carrillo. Había tanta sinceridad y tanto cariño en el gesto de la anciana, que los ojos de la otra se llenaron de lágrimas. La señora le pasó la servilleta por los ojos, diciendo que no llorara. Y Feli sintió que había entrado en un mundo bien diferente del en que ella misma vivía.

- ¿Son tus padres? – preguntó a José Miguel, cuando se quedaron solos.

-No. Son compañeros, amigos muy simpáticos.

-Entonces, ¿por qué estás tú aquí?

-Me quedé admirando tu belleza, mientras dormías. Sentí curiosidad. Quería hablarte.

-Y ¿ahora que has visto que soy bizca, deseas irte corriendo?

-¡Que va! Sabes que Afrodita también tenía un ligero estrabismo.

-¿Quién es Afrodita?

-La diosa Venús.

-Y ¿cómo lo sabes?

-Lo dice un poeta muy antiguo: he olvidado el nombre.

Hubo un momento de silencio durante el cual Feli, moviéndose nerviosa en su silla, sacó un monedero de su bolso, metió dos dedos en él, buscando unas monedas.

-¿Qué haces? – preguntó él.

-¿Dónde se han ido los otros? – dijo ella, levantándose -. Voy a pagar para irme.

-La casa invita – dijo el tabernero, que llegaba al mostrador de nuevo.

José Miguel levantóse también, y ofreció acompañar a Feli.

-No – dijo ésta -, no hace falta.

-¿No quieres que vaya contigo?

-No, no es eso. Es qué... - vaciló Feli un instante - Es... es que vivo con un hombre.

-¡Ah!, estás casada, entonces.

-No, casada no.

-Comprendo. Pero bueno, déjame que te acompañe. No pasa nada.

Anduvieron juntos, atravesando la ciudad, pues vivía Feli en la Calle de la Estación, frente por frente de los talleres del ferrocarril. Hacía tantísimo frío, un viento helado del norte, que tuvieron que meterse en el portal para decirse adiós.

-¿No quieres subir? – dijo ella, espiando hacia el cuchitril de la portera.
– Deben de ser ya las dos. Puedo preparar un almuerzo de una corrida.

-¿No está él?

-¡Ay! ¡No te he dicho que está casado!- replicó ella, petulante.

José Miguel no dijo nada, desconcertado.

-Hoy no vendría de todas formas: tiene que atender a otros.

Aceptó él con gusto la invitación, y mientras Feli calentaba una comida ligera en la cocina, él estuvo dando unos pasos en el comedor. Vio en una cómoda el retrato de un hombre con camisa azul, gordo, de cabello y bigote negros.

-Es él – dijo Feli, entrando con la bandeja del almuerzo.

-¿Es falangista?

-¡Acérrimo! – contestó ella: había un tono retador en la voz -. Sí. Soy la querida de un hombre del Movimiento, ¿qué te parece?

-Pues – dijo él, azarado -, no sé qué decirte.

Estaba Feli poniendo la mesa. Actuaba sin soltura, temblando nerviosa todo el tiempo. – Perdóname – dijo al fin, sentándose en frente de José Miguel -, a veces muerdo para no llorar. Bien, ahora ya me conoces

-Pues –titubeó José Miguel -. En verdad, Feli.... Te has vuelto muy ofensiva, desde que llegamos aquí.

-Es... es que –sollozó Feli – me siento.... Siento como se desploma todo el edificio que he venido.... No sé.

Tratando al parecer de cambiar de conversación él preguntó -¿Qué te pasó anoche? Bueno, quiero decir, una mujer sola, bonita, sentada en un banzo de piedra muerta de frío.

-Venía de casa de mis padres, una fiesta, y era.... Era horrible.

-Estabas llorando.

-Ya te he dicho que fue horrible. Tengo unos padres borrachos. Y yo.... Es tan duro vivir, habiendo perdido la esperanza.

José Miguel apartó los cabellos de la frente de la joven, y la miró en los ojos. – Esta mañana, cuando te vi dormida en el banco, decidí esperar para conocerte. Quería hablarte.

Ella le devolvió la mirada. Había algo en esos ojos negros profundos, los pómulos salientes, algo que le era familiar, pero no podía recordar qué. Vio que era la cara de un hombre que había sufrido mucho: se tocaba la barba muy nervioso, a veces rascando con las uñas. Y le temblaban las manos. Estaba siempre fumando. Terminaron de comer en silencio. Recogió ella los platos y cubiertos, y él la ayudó a lavar las cosas en la cocina.

Pasaron la tarde juntos, al principio todavía de sobremesa. Feli habló de su vida, de su experiencia con las monjas en la escuela de caridad, luego en el convento, no de novicia, de muchacha de servicio, su vida de criada en casa de una rica familia, un estraperlista adepto al régimen, y luego con una cortesana lindísima y dura que era la querida de un general. No había nunca podido salir de la esclavitud a que había estado sujeta desde su niñez. Se refirió al horror de la guerra, los ultrajes a que habían estado sometidos, su madre primero (habiendo desaparecido el padre), y luego toda la familia, la huída al pueblo de Tordehumos; cómo habían tenido que soportar, ella y su hermano, los coscorrónes y otras ofensas de la maestra y el cura, los insultos, por ser hijos de un rojo, su padre, todavía prisionero, que estuvo en la cárcel tres años.

-¡Pobre Feli! – es todo lo que él pudo decir.

Hubo un minuto de silencio, y ella le preguntó sobre su vida, que si tenía una familia, y dónde trabajaba.

-Estoy solo – contestó José Miguel -. Trabajo en una empresa de construcción de automóviles.

-¡Ah, sí! Ya sé. Esa fábrica que han abierto los franceses.

-Exacto, la Fasa. Allí estoy. No te creas que ha sido cosa fácil entrar. Aparte de la solicitud de empleo, que examinan a la lupa, tiene que haber alguien que, desde dentro, apoye tu petición.

-¿Y tú, encontraste esa recomendación?

-Sí. Ya te diré. ¿Sabes una cosa? Que yo también he vivido, bueno, una vida de miseria y sufrimiento. Hace unos años estudiaba en la

universidad. Estaba enamorado de una chica, estudiante como yo, muy valiente, que cayó en una red....

-Sí. Y ¿qué?

-Edith se llamaba... Una redada. La Brigada Político Social, ¿sabes? En fin, no sé por qué te cuento todo esto.

-Pues ahora tienes que continuar contándome. Di, ¿qué le pasó a... Edith, no? ¿Dónde está?

-Murió, la asesinaron en el calabozo – contestó José Miguel, que estaba al borde de las lágrimas -. Había tomado parte en manifestaciones de estudiantes y obreros. Un crimen imperdonable para el régimen... ¡estos canallas! Yo también estuve en esas manifestaciones y protestas; pero escapé por milagro. Mira, Feli, otro día te lo cuento todo.

Comentario [I4]:

-Sí, otro día – contestó Feli, pensativa. Se daba cuenta que José Miguel había hecho, inesperadamente, una confesión: de que tal vez podría arrepentirse más tarde, y no hizo más preguntas.

Al cabo volvióse José Miguel hacia el retrato del falangista, y ella, cambiando tal vez de parecer, o simplemente para que no preguntara él sobre el querido, se colocó a su lado, y volvió a hablar.

- Oye...no sé por qué lo sé – comenzó, azarada y azarándose cada vez más -. Sé lo que hicieron los estudiantes. Tirabais octavillas al aire..., lo vi. Os vi elevando vuestras voces en protesta. Y sé que los guardias os llevaron en sus jeeps..

Se paró Feli de repente, esperando; pero él no dijo nada.

-Puedes estar tranquilo. No diré nada – concluyó la joven.

Al despedirse, cogió José Miguel las manos de Feli, y se las llevó al rostro, besándolas una y otra vez; y al separarse vio ella que tenía las manos llenas de lágrimas. – ¿Podremos vernos de nuevo? – oyó que le preguntaba.

Ella movió la cabeza afirmativamente. -Sí, José Miguel. Cuando quieras.

-¿Por qué no te vienes la Nochevieja?

-¿Adónde?

-Al mismo lugar. Siempre nos juntamos ahí. Haremos un baile. Estarán todos. Vendré a buscarte, si quieres.

-Pues sí, me gustaría, ¿de veras quieres que venga?

-Pues claro – volvió a besarla -. Lo dicho. Vendré a las ocho.

CAPÍTULO 4

El día de fin de año bailaron los dos juntos al son de un organillo, rodeados de un número de amigos. Todos salieron al aire libre con sus doce uvas, en un cucurucho cada uno, a escuchar las doce campanadas del reloj de la catedral. Estaban heladas las calles y plazas de la villa cuando se fueron todos a continuación a dar una vuelta, muy animados, terminando por entrar en el León de Oro de la Plaza Mayor, a tomar un chocolate con churros.

Cuando se cerró el café, sintieron que hacía un frío espantoso, y se separaron las parejas. Feli de invitó a José Miguel a que viniera de nuevo a su casa. Era un piso pequeño, la cocina a un lado, con el baño, y al otro un cuarto hermoso con una cama, y dos ventanas que daban a un patio.

-¡Eh ! Di – dijo él paseando la mirada por la habitación, y fijándola en la cómoda -, ¿qué has hecho con el retrato?

-Lo he escondido – respondió ella.

Él sonrió, sentándose a la mesa, donde ya había ella tomado asiento. Estaba jugando nerviosa con las dos manos: eran unas manos blancas, delicadas; movía los dedos retorciéndolos, como sin darse cuenta de lo que hacía: generalmente era la izquierda que doblaba nerviosa, intranquila, con los dedos de la derecha, una y otra vez, la cabeza gacha, fija la mirada en el vacío. Él seguía ensimismado el movimiento de esos dedos, como dispuesto a hincarse de hinojos y besárselos: y vio, de pronto, alzando la mirada, que estaba la joven llorando.

-¿Que te pasa?

-Nada – dijo Feli, levantándose -, perdóname. - Y desapareció por unos minutos en la sala de baño.

-Perdona, Jose – volvió a decir, cuando salió otra vez al comedor. Y se fue hacia la cocina, diciendo -: Voy a preparar una taza de té, ¿te gusta el té?

-Pues no sé – dijo él, siguiéndola -, nunca he tomado té, ¿a qué sabe?

-Pues, si quieres, ahora lo verás. Me lo han traído del extranjero. ¿Quieres?

-Te ayudaré a llevar las cosas – es todo lo que respondió él.

Cuando estaban de nuevo a la mesa, ella inesperadamente sacó de nuevo la colación del querido: - No tienes que preocuparte por él – dijo -, lleva unos días muy enfermo.

Él no dijo nada, y ella creyó necesario añadir: - Ya te he dicho, creo, que tiene muchas ocupaciones don Camilo de la Cruz (así es como se llama), quizás le hayas visto en los periódicos; muy enchufado. Pero, cuando vino esto del Opus, ya sabes, don Laureano y lo de Ullastres, pues que vaciló, cogió miedo y cayó enfermó. Ha estado muy malo todos estos últimos meses. Es Camisa Vieja, y por lo mismo no quiso pasarse, y ahora está arrepentido.

José Miguel la escuchaba sin decir nada, y por unos segundos detectó ella en su cara un gesto de desagrado. Era un hombre nervioso y enfermizo. Se había liado un nuevo cigarro, y al aplastarlo más tarde contra el cenicero para apagarlo, percibió Feli que le temblaban las manos. Pensando que era a causa del querido, y que Jose (como ahora le llamaba) estaba arrepentido de haber venido, se revolvió en su asiento, le miró agresivamente (una actitud tan contraria a su carácter) y terminó diciendo: - Así ya me conoces. Puedes irte si quieres. No me hace falta..., no necesito que se compadezca nadie de mí.

Él la cogió del brazo, se levantó levantándola, y la llevó a un sofá. Ella elevó sus hermosos ojos luminosos hacia él y no desplegó los labios. Él agarró sus dos manos juntas, y la besó en la punta de los dedos, cuyas uñas había estado ella mordiendo unos momentos antes. - ¿Qué te pasa, Feli? – preguntó -. Yo no he dicho nada, ni de ése ni de nadie.

-Pues eso – dijo ella entre sollozos, separándose -, no protestas: no te importo nada. Será mejor que no nos volvamos a ver.

José Miguel no se movió. Sacó la petaca, lióse un nuevo cigarro, y volvió a fumar. Y entonces fue ella quien le cogió una mano y la apretó con cariño entre las suyas. Se había dado cuenta de que aquel hombre estaba muy enfermo. - ¿Qué te pasa, Jose? – preguntó, poniéndose de rodillas a fin de verle los ojos. Estaba él al borde de las lágrimas.

-¡Feli, me han hecho mucho daño!

-Pero, ¿quién?, ¿qué te han hecho?

-He estado un año en la cárcel. Me han torturado muchas veces. Han asesinado a varios de mis compañeros.

Feli no insistió. Sintió un deseo intenso, incontrolable de besar esos negros ojos hundidos; y tocó con sus lindas manos su barba, acariciándole como a un chiquillo. José Miguel puso las palmas de las manos en sus carrillos de rosa y, acercándose, la besó en los labios. Se besaron una y otra vez, y estuvieron abrazados (ella todavía de rodillas) por un largo rato, como un ensueño, ambos con miedo, un miedo profundo, de que todo aquel instante mágico fuera a desaparecer, evaporarse por encanto en un minuto.

Después, sentados los dos de nuevo en el sofá, y apretados los cuerpos muy juntos, ella le preguntó: - ¿De dónde vienes?

-De muy lejos.

-¿Qué quieres decir?

-Me tuvieron en Carabanchel. Me habían pillado distribuyendo octavillas y chillando ¡Libertad! Dijiste que habías visto cosas así.

Feli se quedó pensativa, asintiendo con la cabeza.

-Sí. Pero ¿no te soltaron? – preguntó al cabo.

-Me llevaron a Miranda de Ebro, un pueblo inmundo.

-El campo de concentración ese, ¿no!

Hubo un breve silencio, al cabo del cual, él continuó:

-Había estudiado literatura en la universidad. Eso me salvó.

-¿Te soltaron por fin..., quiero decir, por ser estudiante?

-No. Pero me dio ánimo. Leía Don Quijote todos los días, casi lo único que dejaban. Con el Kempis.

-¿Qué es eso?

-Una juerga de libro, que leía cuando quería reír. ¡Qué porquería! Había un capellán en el campo. Esos nunca faltan. So pretexto de enseñar religión, nos vigilaban, y luego daban sus informes.

-Y ¿qué pasó?

-Desde Miranda, cuando ya cumplí la condena, me escapé a Francia.

-Y ¿por qué has vuelto?

-Feli, yo no podía vivir en el extranjero. Otros pueden, yo no. El hombre necesita... patria. El exiliado es como si hubiera partido su vida en dos. Has cortado tus raíces. Somos como los árboles, necesitamos la tierra, nuestra tierra. En todo caso yo tenía que volver a mi Valladolid.

Hubo un largo silencio, durante el cual se oyeron un par de suspiros: José Miguel se apretaba contra Feli, como buscando apoyo.

– Si quieres – empezó ésta -, háblame de cuando eras estudiante. Yo también he leído el Quijote, ¿sabes?

José Miguel la apretó en sus brazos sin decir nada.

- ¿De verdad que no te importa..., aquí... con un amante?

- Te quiero tal como eres. No hay necesidad de... tratar de ocultar los dolores de la vida. Todos llevamos algo duro y doloroso dentro, muy adentro... , imposible a veces de extirpar. ¿Has leído a un autor ruso llamado Dostoievski?

-No. No he leído casi nada.

-¿Don Quijote?

-El Quijote sí. Ya te lo he dicho.

-Pues voy a contarte una historia. En una novela de ese autor ruso hay un estudiante muy pobre que es responsable de un crimen, y que encuentra a una muchacha muy linda y muy buena y también muy pobre; tan pobre era la pobre muchacha que se ve obligada a prostituirse para dar de comer a sus hermanillos huérfanos. Sonia se llamaba, y el estudiante Raskolnikov.

Feli le miraba sin moverse ni decir palabra: era aquella la cara del hombre más profundamente bueno que había visto en su vida.

-Raskolnikov – continuó él -, cuando supo todo el horror de la situación en que Sonia se hallaba, se hincó de rodillas, y abrazándola le dijo algo así como esto: 'me postro a tus pies, amada, como me postraría ante el mismo sufrimiento; eres la humanidad sufriente.' - Se había postrado los pies de Feli, y estaba besándole las rodillas.

Más tarde, después de preparar una cena ligera, cuando estaban ya a los postres, José Miguel volvió al asunto. – Ese autor ruso que he dicho conocía muy bien a nuestro Cervantes. Dulcinea es la humanidad que sufre, una mujer a quien persiguen unos malandrines encantadores para robarle su belleza y convertirla en una villana rústica y mal parecida. Siempre es lo mismo: los seres más malvados, que además son los más poderosos, transforman en nada de tiempo, en algo horrible, todo lo hermoso que en la tierra existe... lo bueno, lo bello, lo sano... lo más delicioso, la mujer. Y cuando más cerca está don Quijote de encontrar a Dulcinea, resulta que se la han cambiado en una labriega fea inculta. Y él, don Quijote, no se deja engañar por las apariencias. Hincándose de rodillas, le dice: "Oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio de este afligido corazón que te adora, ya que el maligno encantador ha mudado y transformado tu sin igual hermosura en el de una labradora pobre."

-¿Te lo sabes de memoria ? – preguntó Feli, sorprendida.

-Pues esta parte sí – contestó él.

Se volvieron a ver al domingo siguiente. Y de nuevo terminaron yendo los dos al piso de la Calle de la Estación.

- Es curioso – dijo la joven, sacando un libro de un cajón - cogí esto el otro día, cuando tú te fuiste, y mira que la frase que citaste de memoria está aquí subrayada. Es un Quijote que me regaló una amiga. Aquí esta: “Oh extremo del valor que puede desearse...”

Se había levantado José Miguel, excitado y pálido, y, por encima del hombro de Feli, continuó la lectura: “... único remedio de este corazón que te adora...” Dime, ¿de dónde lo has sacado? – (arrebátandole la novela de las manos.)

-Pues ya te he dicho: me lo regaló una amiga. O, a decir verdad, no sé si me lo regaló o me lo prestó; ¡no la he vuelto a ver!

-¡Feli! – exclamó él, cada vez más emocionado -, ¡esa amiga es mi hermana!

-¡¿Susi?!

-Exacto. Y el que subrayó el libro y escribió estas notas al margen fui yo!

-¡Oy, oy! ¿Pero cómo... ¿cómo puede ser? ¡Oh, Jose, cómo puede ser! No habías dicho que... ¡Ay, pues entonces eres tú! ¡Tú eres el hermano mayor de Susi! ¡Eres tú! ¡Tú! – suspiró Feli, abrazándose a él, para ocultar las lágrimas.

Estuvieron así, abrazados unos momentos, sin cambiar palabra. Luego se sentaron y estuvieron hablando ya toda la tarde, y aun parte de la noche. Ella explicó que había conocido a Susi en el colegio de las monjas, incluso si nunca llegaron a hacerse amigas, y que mucho más tarde se habían vuelto a encontrar por casualidad, precisamente el día que a **él** se lo llevaron con otros los guardias de la policia armada. Le había visto a él... ¡a él!, aunque sólo un momento, le había visto coreando frases subversivas, según se lo llevaban con los otros....

-Fue a la puerta del convento de Santa Clara, un domingo a mediodía, ¿recordarás? – continuó, volviéndose a mirarle en los ojos -. Pero dime, ¿no te llamabas tú... Miguel Angel?

-Pues sí, me llamaba – murmuró él, pensativo -. Ya no puedo ocultártelo, supongo; pero sé que no me descubrirás, encantadora muchacha. Porque casi casi que... vivo en la clandestinidad.

-Y ¿cómo has hecho para cambiarlo, el nombre quiero decir? ¿No te puede..., bueno, coger la Brigada Político Social?

Él volvió a cogerle las manos y le contó una historia que a los oídos de la joven sonó como algo verdaderamente fantástico, un combate, un ideal en la acción y una conquista sublime que solamente unos pocos están destinados a realizar. Habló de su estancia en Burdeos, su contacto con un

grupo de franceses y exiliados españoles, no sólo socialistas y republicanos, sino también otros grupos: el 'secours catholique', círculos culturales, todos interesados en ayudar a España a salir de la dictadura.

-Y ¿fueron ellos los que te ayudaron a... a volver?

-Sí. Y no me preguntes cómo lo hicieron. Pero a mi Valladolid volví. Y José Miguel Salgado me llamo desde hace casi un año.

-Pero ¿por qué? ¿Qué necesidad había? No habías cumplido ya tu condena.

-¡Ah, sí! Pero no importa. Ya les conoces. No hay nada que hacer. Miguel Angel Salcedo está fichado en todas partes. Las comisarías, el registro de Penados y Rebeldes, y qué sé yo. No me hubieran dado trabajo en ninguna parte. Para ellos no soy persona, no existo, no soy nada.

-Y ¿no te reconoce, vamos... la gente, nadie?

-Mis camaradas claro que sí. De todas formas ya hace años que desaparecí, y antes no llevaba gafas, y con esta barba y tan envejecido, paso fácilmente. Bueno..., la verdad es que **ellos**, si verdaderamente me buscan, me encontrarán.... Pero, entre tanto....

-No quiero que te encuentren – dijo Feli, conmovida -. Corres mucho riesgo, Jose. – Le había cogido la mano izquierda, unos dedos amarillos del humo de tabaco, y la besó tiernamente.

- Feli – dijo él -, riesgo o no riesgo, tenía que volver. Yo he escogido mi camino; hace años que lo escogí. Y es muy duro, lo sé. Ya me ves... cómo tiemblo. Pero... pase lo que pase, continuaré luchando. Aquí.

-Y a Susi, ¿qué le pasó? Había prometido que me escribiría. Nunca lo hizo. Ni siquiera para darme sus señas.

-No es de extrañar. En seguida pasó a Francia con su novio, su marido ahora.

-No sabía que tenía novio.

-Sí, un catalán. Hombre muy activo. Fue él quien organizó aquí a todo el mundo, cuando los franceses empezaron a invertir en Valladolid. Fue una oportunidad. Los capitalistas estaban explotando a todo el mundo; cadencias infernales, trabajos imposibles, falta de higiene en los trabajos.

-Ya lo sé, explotación a ultranza.

Él organizó con otros las primeras huelgas. Creó una imprenta clandestina, esas cosas. Ahora están los dos efectuando una gran labor en

Francia, enviando correspondencia, folletos y otras cosas por correo y otros medios de comunicación. Desde Toulouse. Mi hermano Luis está con ellos.

-¿Y vuestros padres?

-Ellos se fueron con el menor a Vizcaya. Allí viven – contestó José Miguel, y bajando la voz, continuó -: Escucha. Voy a contarte ahora algo que tal vez no te sorprenderá..., espero. Estoy formando una célula del partido comunista en Valladolid.

La joven dio un grito apagado de horror. – Pues sí – dijo -, sí me sorprende, y me asusta. Jose, te van a matar. Y... y ¿no te da miedo que alguien te denuncie, que caigas otra vez en las manos de los grises, vamos o que... que me vaya yo de la lengua, no sabes? Apenas me conoces.

Sin dejar de mirarla, él contestó: -¡Oh, no! ¡Oh sí, sí te conozco! Y sé qué magnífica persona eres. No, no te irás de la lengua. Uno llega a conocer a la gente. Si no, ¿de poco valdría! En cuanto a darme miedo de caer en las manos de esos asesinos, pues sí, también. Mucho. Tienes razón. El miedo acompaña siempre aun a los (iba a decir 'valientes', pero no, 'decididos' quizás), en fin es un sentimiento que no nos abandona nunca. Pero ello no debe ser causa para parar nuestra acción. Hay que ganar a los obreros todos, y que se unan a nuestra causa, hay que ir a ellos... ¡sin miedo..., o sin darlo a ver!

Feli le besó en la cara

-Hay que hablarles- dijo él -, convencerles, llenarles de optimismo, incluso si nosotros mismos dudamos. Y ¿cómo no va uno a dudar, a veces?

-Tienes mucha fe en la clase obrera, ¿no?

José Miguel no contestó. Al cabo dijo: - Pues eso, hay que estar en la brecha, creer en el pueblo, estar siempre dispuesto..., aunque a la postre caigas en una redada. Es el precio que sabes que puedes pagar un día. – Calló de nuevo, suspiró y dijo, medio sonriendo -: Pero no corro tanto riesgo, de verdad. Y hay que intentarlo, ganar al obrero, sacarles del pozo, la inconsciencia en que el dañino usurpador les ha metido.... En una palabra, Feli, no se puede ser revolucionario si no se tiene confianza en el pueblo.

-¿Y si – empezó Feli, casi sin saber lo que iba a decir -... quiero decir, y si te equivocas, si no hay nada que hacer, y te estás sacrificando para... nada?

-Pues mira, si me equivoco – vaciló él, y continuó tristemente -, si me equivoco y resulta que el pueblo no ha llegado aún a la madurez necesaria, que no está preparado para hacer la revolución.... Si caes, tratando de despertar a otros y.... Bueno, ya lo he dicho: ése es el sacrificio que tiene uno que estar dispuesto a hacer.

-¿Oye – preguntó Feli, cuando ya estaban despidiéndose en el descansillo, muy avanzada la noche -, dime, por favor, es que..., bueno, quiero saber, ¿hay también obreras, mujeres, en vuestra fábrica?

-Sí que las hay, aunque pocas; y algunas bien activas que son, en nuestras comisiones. ¿Por qué me lo preguntas?

-¿Tú crees – continuó tímidamente la mujer – que habría trabajo para mí?

-No es fácil. No sé si te he dicho ya que hay que llenar una instancia, ser recomendado por alguien, y un montón de cosas más. Pero van a extender las instalaciones pronto (hay mucho dinero), y van a necesitar mucha gente. Si quieres, ya veremos.

-Sí quiero – dijo Feli.

CAPÍTULO 5

Algunos meses más tarde, Feli tuvo una disputa acalorada con el hombre que le había puesto el piso, el falangista Camilo de la Cruz, con el que llevaba viviendo casi ocho años. Había caído este caballero muy bajo en la escala de la jerarquía franquista y, a decir verdad, había estado a punto de perder el juicio, al darse cuenta de lo tonto que había sido al no haber sabido adaptarse, como otros, a las nuevas circunstancias, la llegada del clérico-fascismo al poder; había ido perdiendo en consecuencia, uno por uno, casi todos los puestos y cargos oficiales que a lo largo de los años había ostentado, y todos los enchufes y privilegios colaterales de que había gozado, y que le habían hecho rico y distinguido durante más de dos décadas.

A decir verdad, la ruptura vino poco a poco. Había habido riñas y malentendidos casi desde los primeros días, y don Camilo, que había tenido sus buenos y malos momentos, como todo el mundo, se había ausentado a veces morugo e intratable; y había vuelto siempre cabizbajo y humilde. Hasta que la ruptura fue definitiva. Y Feli nunca más le volvió a ver. Por algún tiempo continuó en el piso, por no saber qué hacer (la idea de volver a las Angustias y habitar con los padres en la Calle de las Angustias ni siquiera le paso por la imaginación.)

Cuando su madre cogió la herencia del tío, se compró, o mandó que le comprara la Feli, entre otras cosas, una serie de ornamentos y baratijas que colgó Lucito en las paredes o colocó ella misma en poyos y repisas. Eran cosas que no había necesitado nunca y que no necesitaba ahora; las había comprado en un principio por mera ostentación, para que las vieran los vecinos que en gran número habían empezado a entrar por allí, a ver si sacaban tajada. Se adquirió un cuadro al óleo de la Última Cena, que en seguida desapareció nunca se supo cómo; una estatuilla de bronce del Sagrado Corazón, del cual había sido ella siempre particularmente devota, y otra del Cristo de la Vega, copia en miniatura del de la ermita de su pueblo; una Purísima Concepción, blanca como se debe y con fondo azul, que colgaba junto a una cinta atrapamoscas llena de insectos muertos, y un reloj de pared y otras cosas más o menos funcionales. (Todo ello ya cagado de moscas.)

Estaban una tarde madre e hija sentadas en el comedor, sin cambiar palabra, cuando Feli, aburrída, buscando tal vez la manera de decir adiós, miró de reojo el reloj de pared para saber la hora exacta y salirse cuanto antes. Marcaban las agujas las once y veinte, y el minutero estaba parado.

- ¿Ya se ha estropeado el reloj? – preguntó.

Como si no hubiera dicho nada. Su madre la miraba como la hubiera mirado un simio desde una jaula: los ojos medio cerrados, la cara sin expresión, una mano rojiza en la mesa, la otra con el pulgar metido en la boca, machacando de lado una uña, como una criaturita menor, fea y gordota, o una inocente de pueblo.

Había venido Feli a la casa con la intención de hablar un poco; saludar al padre si por casualidad no había salido ya para la tasca; contarle a la madre todo lo que le había acontecido últimamente, desde el encuentro con José Miguel; exponerle sus planes y deseos, decirle tal vez que había superado una etapa difícil de su vida o, más bien, que estaba a punto de superarla y que le diera consejo. ¡Había tanto de que todavía no estaba segura y que quería clarificar en su propia mente, comprender, tomar al fin una decisión! Incluso empezó a hablar de un posible empleo en la Fasa, esa nueva empresa de automóviles en que iban a invertir tanto dinero los franceses; y que no sabía si se quedaría con el piso de la Calle de la Estación o buscaría una habitación en el barrio de las Delicias, con una familia obrera, o en el de La Victoria, al otro lado del río, u otro cualquiera de los arrabales que habían ido surgiendo últimamente alrededor de la ciudad.

Sí, había querido comunicar, cambiar impresiones con sus padres, y todo se le había venido abajo en un instante, nada más poner los pies en aquel piso maldito. Había pasado una parte del domingo allí, con sus padres, y ni la menor oportunidad le habían dado de que abriera, por así decirlo, su corazón. Ni siquiera había podido besarles y abrazarles como Dios mandaba. Nada.

Como de costumbre, de entrada, les había encontrado riñendo, lanzándose uno a otro una serie de insultos horribles, y ambos oliendo a vinazo que apestaban. Había tenido que separarles, armarse de paciencia, hablando dulcemente al pobre viejo y tapándole la boca a la madre, que no sabía sino morder y escupir insultos; y poco a poco había conducido al padre a la cama turca, que era ahora el lecho de Lucio, pues Dorotea tan grandota necesitaba, ella sola, la cama de matrimonio de la alcoba. Y ahora estaban madre e hija calladitas, sentadas en sendas sillas junto al balcón, dándole Feli la espalda al padre, que al fin dormía pacíficamente, sin duda por habersele transmitido un instante algo de la dulzura de su hija. Dorotea, pues, apoyaba un brazo en la mesa, ligeramente doblada la cabeza, perdida la mirada en el vacío. Durante la pelea que habían tenido los esposos, antes de la llegada de la hija, debía haberse vertido en la mesa un vaso de vino tinto: el vaso había desaparecido; el vino formaba ahora un charco en el hule, el cual había empapado parcialmente un mendrugo de pan seco que Dorotea acariciaba ahora sin decir nada.

Fijaba Feli sus ojos en la mesa, el hule, el charco rojizo, la línea o silueta (aún más oscura) y el pan ennegrecido en el justo medio. Se preguntaba si el vino habría atravesado el viejo hule (más bien por no pensar en otras cosas) y si no sería mejor quitarlo para salvar la mesa. Siempre había visto aquella mesa de nogal en casa, desde pequeñita. No se movió.

Pensaba, y se le representaban otros tiempos y se le desgarraba el alma.... ¡Alma pura y triste de una bella mujer todavía joven! Sí, tenía necesidad de agarrarse a algo en la vida; le hacía falta.

La mesa le hizo pensar en aquel verano en Tordehumos, el amor de entonces, recuerdos de seres queridos. Si no, ¿cómo podría ella soportar una existencia así, llena de luchas, odios, insultos, suciedades? ¡No, no, no podía ser, no podía ser **eso sólo** la vida! ¡Había algo más! ¡Tendría que seguir buscando!

Vio como su madre apretó unos dedos gordotes, agarrando el pan de la mesa, y se lo llevó a la boca, chupando unos instantes, como una sanguijuela, a fin de extraer el delicioso jugo, haciendo un ruido insoportable: los labios, sus cuatro dientes, la barba y el bigote untados de las húmedas partículas que exudaban de un pan borracho delicioso. De súbito, por encima de ese ruido de contento y de succión tan desagradable, por encima de las voces de los vecinos que llegaban por el medio balcón abierto y el ruido de una radio, el movimiento y los bocinazos de la calle oyó Feli un pavoroso espeluznante aullido, que no parecía salir de garganta humana, sino de las profundidades mismas del averno.

Se levantó la muchacha horrorizada, apretándose instintivamente con las palmas de las manos los oídos, al tiempo que se daba la vuelta. De pie, en la cama turca, los ojos abiertos espantados, dando patadas y alaridos de fiera, se hallaba un esperpento lisiado, en actitud de absoluta demencia. Sostenía una alpargata en la mano izquierda, esa misma que había devenido inútil de tanto caerse el pobre y romperse el brazo; y con la derecha mano se arrancaba objetos invisibles del cabello alborotado, de la cara, las orejas, el cuello y el pecho; fuera de sí, una y otra vez, cada vez con más velocidad, como un metrónomo, incansable y feo. Tenía una energía que parecía milagrosa, que hubiera sido imposible imaginar unos minutos antes, de un hombre en tal estado de vejez y decrepitud.

-¡Padre! – gritó la Feli.

Pero él seguía en sus trece: sin hacer caso, siempre tratando de apartar lejos de sí algo horroroso que le agobiaba, le atacaba, y que nadie salvo él, al parecer, podía percibir, pobre cegato indefenso. De su cabello estirado y sucio, de su cuerpo esquelético, de las ropas malolientes, del pellejo que eran sus brazos, esas piernas alambre, con sus dedos como agujas todo su afán era liberarse de algo, unos bichos u objetos que sólo él veía, que le comían, devoraban su carne; un martirio insoportable según los gritos que estaba dando.

-¡Oh, padre! – volvió a chillar la hija, aproximándose.

Percibiendo la presencia de Feli, empezó Lucio a llamarla a grandes voces, aullando como un animal herido, sin dejar por ello de dar saltos; como evitando el contacto con ese algo horroroso invisible que le amenazaba. Avanzaba y retrocedía, saltando en el viejo colchón, buscando con una mano, dándose golpes con la alpargata que en la otra sostenía: en el muslo, una pierna, la otra, los tobillos, cambiando de dirección y de sentido y arrojando lejos de sí toda clase de imaginadas inmundicias; luego alejándose de

espaldas hacia el rincón que formaban los dos contiguos muros, apretando, apretando. - ¡Ay, hija! ¡Mi hija, hijiña! – gritaba.

-Sí, padre. Estoy aquí – (tratando de abrazarle.)

-¡Mátalas, mátalas! – se ahogaba el pobre viejo -, ¡mátalas!

-¿Qué, padre, qué tengo que matar?

-No me dejes, no me dejes, no me dejes solo.

-Estoy contigo.

-Sácame de esta mazmorra. Me van a asesinar. ¡Mátalas a todas! ¡No las dejes! ¡No dejes ni una sola! ¡Asesinos, asesinos! – (un momento de calma) -. Otra vez vie... vienen a por mí. ¡A... ayúdame! – Unas veces le pedía a Feli que le abrazara que no le dejase solo con sus verdugos, y parlaba, buscando a la hija a tientas con la mano sana; y otras veces se apartaba de ella espantado, aullando desesperadamente, encajonándose en la pared, plegándose como un palillo, esa veintena de huesos, y recostándose, cayéndose agotado entre las mantas. Una vez agarró con sus dedos afilados de acero el vestido de la joven y, temblando todo el tiempo como el azogue, la arrastró hacia sí, murmurando algo incomprensible.

-Sí, padre, te ayudo – decía ella, asustadísima – Pero, ¿a quién, a quién tengo que matar? Dímelo.

-A to.. todas esas..., esas cu... cucarachas..., son muchas, muchas. ¡Aausiliooooo!

Había comprendido ya la Feli que su padre se había vuelto loco. Agotada, los ojos llenos de lágrimas, la muerte en el alma, hizo la joven mujer lo posible y lo imposible por darle al pobre ciego un algo de confort, calmarle, apaciguarle, tan viejo y tan deshecho que estaba. Pegado a ella. ¿Qué hacer?

Le dijo en fin que no venía nadie a por él, que no estaba en ninguna mazmorra, sino en su propia casa de la Calle de las Angustias, que no tuviera miedo, que no dejaría que viniera nadie a asesinarle. No había guerra. Que no quería nadie hacer ningún mal (se lo juraba.) Y que estaba ella allí para amarle y protegerle, que lo estaría siempre. Y el pobre loco poco a poco empezó a calmarse, dejó de aullar, se le abrieron las compuertas de los ojos, y empezó a llorar a borbotones agarrado de nuevo a su hijiña con un brazo, apretándolo para que no se le fuera la moza y, llorando, al fin se quedó otra vez dormido.

Todo esto lo había presenciado Dorotea desde su asiento, sin alterarse en lo más mínimo, ni mover siquiera una partícula de su cuerpo fofa abotargado. Para ella, como si nada hubiera pasado.

Estando despidiéndose Feli unos minutos más tarde, se aupó la madre torpemente en su silla y, alzando un brazo hacia la pared del reloj, articuló:

-He estado pensando, maja, que por qué no te llevas tú el reloj, y nos lo mandas arreglar a tu cuenta, que tú estás en mejores condiciones que nosotros, ¿no sabes?

-No, madre, que no lo necesitas – respondió la hija, empujándola para que se volviera a sentar -. ¡Parece mentira! – suspiró, mientras se arreglaba la blusa con una mano, pasando el envés de la otra por los párpados -, ¿no te he dicho, hace unos minutos, que estoy buscando trabajo?

-Siempre has sido una egoísta, Feli – dijo la madre, tan campante -. Eso ya se sabe, cría hijos, cría cuervos: lo decía ya mi abuela Jacinta. Ya verás, si algún día te casas y tienes hijos, ya verás como te ponen los huevos las gallinas.

-¡Por favor! - susurró la encantadora muchacha. Y sin volverse a mirarla, se despidió y salió corriendo del piso.

CAPÍTULO 6

En la calle volvió a llorar desconsoladamente. Empezaba a anochecer. Con el corazón partido y esas visiones de angustia aún en la mente, pasó Feli Muñeiro entre una multitud de indiferentes, deslizándose como una autómatas junto a los muros de las casas, alejándose no sabía exactamente de qué ni de quién: de sus padres desde luego, de esas escenas de miseria moral y depravación... o bien de aquella barriada, de la entera ciudad que la vio nacer, ... o de sí misma, de sus pensamientos. Imposible seguir adelante en la vida ella sola, en un mundo loco y sin sentido.

Así llegó a los soportales de la Fuente Dorada, que asimismo estaban abarrotados de público: esa multitud de seres vivos animados, sin verdaderamente estar conscientes de nada, ajenos a todo lo que ella representaba. Era domingo, la hora del paseo. Se paró delante de una librería o papelería, cuyo escaparate aún estaba iluminado: AFRODISIO AGUADO era el título del establecimiento. Estuvo un rato contemplando, a través de sus húmedos párpados, los diversos artículos tan armoniosamente dispuestos en diferentes repisas o extendidos por el suelo. Siempre que por allí pasaba se detenía un instante curiosa, pensativa: era el lugar donde había experimentado uno de los más señalados gozos de su infancia, que desafortunadamente no habían sido muchos. El tío Santiago habíales traído, a ella y a Lucito, a ese mismo establecimiento para comprarles un regalo de Reyes; y habían optado por un libro de amplias y brillantes portadas de cartón, titulado "El mundo de papel", lleno de modelos para construir, como el título indicaba, figuritas de papel, para lo cual tenían simplemente que doblar y redoblar unas cuartillas blancas que también les había comprado el tío. Así habían fabricado los mellizos un sifón de pajaritas, aviones planeadores, un barquito de vela, un cisne de largo pico y alas voladoras, una casita de puerta única abierta y solitaria ventana, un gato bigotudo, borreguitos y hasta un hombre con sombrero y su bastoncito de papel enroscado.

Pensando, pues, en aquellos Reyes, cuando aún había en su alma un grano de esperanza, en el optimismo de la niñez, fue calmándose poco a poco su corazón dolorido, y emprendió de nuevo la marcha en la concurrida plaza porticada. Había estado jugando con la idea de hacer una visita a su tía Zita, y ése era sin duda el motor que había inconscientemente dirigido sus pasos hacia la Fuente Dorada. A la altura de una tienda de embutidos y fiambres, de un llamado PANTALEÓN MUÑOZ, torció a la izquierda y se coló en una especie de tunel que conducía a un callejón sin salida: el Callejón de los Boteros, lo conocía bien; había estado mil veces allí. Entró en el primer edificio a mano izquierda y, al llegar al entresuelo, sacudió el picaporte de una puerta solitaria, negra. Al abrirse ésta encontróse la joven de cara a la persona que iba buscando. Dándose cuenta ésta de que su sobrina se hallaba en un terrible estado de ansiedad y desolación, la hizo pasar a la cocina, donde ella estaba preparando la cena de los huéspedes. Le indicó un taburete, y Feli se sentó vacilante, diciendo que quería ayudar, si hacía falta.

-No, tú descansa, Feli, preciosa, que te encuentro muy desmejorada y triste. ¿Te ha pasado algo?

-No, tía. Nada.

Pero sí que le había pasado algo serio, pensó la buena de Zita. No hacía falta ser muy lista para verlo. No se atrevió, sin embargo a hacer más preguntas.

Al cabo se levantó la joven de sus asiento, y apoyando los codos en la barandilla del balcón (que de estrecho que era, más parecía una alargada ventana) siguió con ojos ausentes la vida del callejón. Había debajo de este balcón, sujeto a la fachada por una especie de aplique de hierro, un farolillo que despedía una luz amarillenta que algún tiempo atrás había sido azulada (hacía poco que el municipio había pasado a la electricidad.) Por lo demás reinaba en el lugar una cierta penumbra. En las viviendas de enfrente se adivinaba el movimiento de las amas de casa o criadas igualmente cocinando el alimento de sus hombres, que por la mayor parte estarían haciendo pasar el tiempo en abarrotados bares y tabernas. En los balcones flotaban al aire frío de fin de marzo diversos trapos y prendas de coladas del día anterior o que habíanse efectuado aquella misma mañana sin respetar la santidad del domingo. Y más abajo percibíase en todo su esplendor la agitada vida de la tasca del callejón, venerado templo del dios Baco, suma atracción de generaciones de vallisoletanos, cuya sola visión hacía temblar de rabia y de odio a la joven Muñeiro. Allí se habían conocido sus progenitores, hacía como treinta años, y allí había caído su padre en ese profundo abismo de vicio y decrepitud en que se hallaba y del cual ya no saldría sino a la muerte.

Comentario [15]:

Aunque no alcanzaba a verlo claramente, podía muy bien figurarse lo que allí estaba pasando. La tenue luz que se colaba a través de la puerta abierta permitíale ver un conglomerado de sombras que parecían estar dando vueltas, monigotes, elementos todos ellos del sexo fuerte desde luego, grandes alborotadores, muchos en su indumentaria del domingo: unos junto a la barra del mostrador, otros sentados alrededor de las mesas, y todos fumando, chateando, engullendo deliciosas tapas, soltando sin duda esos tacos, esas carcajadas insólitas, esas frases hechas absurdas que les caracterizaban; atropellándose unos a otros para ir a beber más, o dándose golpes en los codos para captar la atención de compadres y allegados, o prodigándose unos a otros abrazos y besos sin ton ni son, lágrimas de borrachos en los hombros unos de otros..., todo ese absurdo de gritos y gestos y risas que constituía el único medio de comunicación que esos hombres conocían.

Bajó los párpados para evitar la náusea, y vio otra inmundicia: por el medio del adoquinado corría una alcantarilla abierta, o cloaca, que despedía un olor acre nauseabundo y que se mezclaba con los efluvios del vino que venían del suelo de la taberna. Entraban y salían del lugar cada vez más parroquianos, uno a uno o en pequeños grupos, algunos de ellos tenían un aspecto sumamente miserable: eran los pordioseros del distrito, que venían a

gastar sus escasos ahorros, o lo que habían ganado mendigando en el atrio de una u otra iglesia aquel domingo.

-Si quieres ayudarme, hermosa – oyó la voz de Zita, a su lado -, ahora puedes hacerlo. Vamos a colocar la mesa para la cena. Naturalmente tú te quedas, ¿eh? – La había visto llorar, y quería que viniese con ella, para ayudarla a cambiar de pensamiento.

Cayendo en los brazos de la otra, dio Feli rienda suelta a su dolor.

-Vamos, vamos, no llores, que no puede haber causa tan grave que vaya a matar la esperanza. Cualquier cosa que sea, Feli, ánimo, que pronto se arreglará.

Aún medio abrazadas, pasaron al comedor, donde se hallaba uno de los huéspedes, un hombre moreno y corpulento, sentado con un libro en la mano debajo de la única bombilla encendida que había en la sala.

Después de un breve intercambio de saludos, el hombre volvió a la lectura, y las dos mujeres emprendieron la tarea de colocar la mesa, extendiendo el mantel, cuatro servilletas cada una con un aro u otra marca distintiva, y una recién planchada y limpia. Sacaron después los vasos, platos y cubiertos, de un aparador que junto a la mesa había; y concluyeron la tarea haciendo un par de viajes a la cocina para traer las bebidas, el pan, y un guisado de patata, arroz y bacalao.

-Vamos a cenar, si quiere, Salustiano – dijo Zita -. Los otros han debido de ir al cine. No vamos a esperarles.

Acabada la cena, se quedaron los tres charlando un rato de sobremesa, siendo la primera en hablar Zita, que preguntó a su huésped que qué tal le había ido el negocio aquel domingo. Salustiano operaba de fotógrafo ambulante en la Plaza Zorrilla, con un aparato que le había prestado un comerciante de Platerías, que era el que le revelaba las fotos.

Salustiano respondió que había sido buena la jornada, y Zita se puso de pies diciendo:

-Voy a llevar el puchero a la cocina para que no esté muy frío cuando lleguen los otros.

Feli preguntó al huésped que de dónde era oriundo, pues se le veía por el acento que no era de Valladolid.

-Soy de Villablino –respondió el huésped – un pueblo grande del norte. Tal vez haya oído usted hablar de él.

-Pues sí – respondió la joven -. Donde hay muchas minas, ¿no?

-Pues en las minas estuve trabajando yo muchos años. Carbón, sabe. Pero en realidad, bueno, nací en un pueblecito de El Bierzo. Para mí la región más hermosa que pueda imaginarse.

-Sí, eso es lo que he sentido decir. Y ¿por qué se ha venido a Valladolid?

-¡Ah, por qué, por qué! Yo mismo me he hecho esa pregunta cien veces – dijo Salustiano, meditativo -. Me crié con una tía, hermana de mi difunta madre. Cuando empezó la guerra (apenas tenía yo diecisiete años), ocurrieron cosas horribles. Sabe, mi tío era el alcalde del pueblo. En seguida vinieron a por él, y se llevaron también a mi tía Luisa. A ambos los fusilaron.

Hubo un breve silencio. Zita había vuelto de la cocina, y Salustiano parecía haber terminado su relato. Había bajado los párpados y estuvo inmóvil unos segundos. Luego se levantó y fue a cerrar el balcón. Al sentarse de nuevo en la silla, exclamó tristemente: - ¡Cuando pienso que no sé donde están enterrados!

-Pues... ¿cómo que no lo sabe?

-Se los llevaron con otros a la paramera.

-Y allí los asesinaron – intervino Zita, que había seguido la conversación con evidente emoción -. Fueron los falangistas que cometieron toda clase de tropelías; mataron a los que habían votado por el Frente Popular, como hicieron en todas partes donde triunfó la rebelión.

-Efectivamente. Eso es lo que pasó. Hice indagaciones. Pero nada. Y empecé a notar una cierta animosidad de parte de mis conciudadanos. Eran los años más duros de la dictadura, cuando por un sí o por un no... un juicio sumarísimo y ¡al paredón! Por eso. – A pesar de que los dos balcones estaban ahora cerrados, Salustiano había dicho todo esto en voz tan baja, que la joven a veces tenía que inclinarse para enterarse bien de lo que estaba oyendo.

No ocurrió así con Zita que, sin preocuparse de si era oída o no por los vecinos, dijo en alta voz: - Todos unos cobardones. Esa es la palabra, cobardes, mil veces cobardes. No se movía nadie, ¡hay que ver! Lo vi en Río seco, lo mismo. Y lo mismito que ahora, desde luego, ¡miedosos! Nadie hizo un esfuerzo por averiguar dónde estarían los hijos desaparecidos, o padres, novios, hermanos, parientes, ¿puede imaginarse cosa igual? Ni siquiera para llevarles unas flores a una tumba, algún sitio, el día de los difuntos, ¡no hay nada!

-Eso es, no había tumbas – cogió la palabra Salustiano -, ni sitio conocido donde arrodillarse, llevar flores, ¡qué sé yo!. Al principio, tras el pistolazo, dejaban los cuerpos por tierra. Podía haberse hecho algo entonces... a lo mejor, ¿quién sabe?. Pero no. Había que salvar el pellejo. A

decir verdad, yo el primero, ¿cómo se iba uno a mover o hacer algo? Si aquello fue el horror absoluto.

-Eso, aterrorizar a la gente es lo que saben hacer estos fascistas. Los mataron y dejaron en el campo los cadáveres para sembrar el terror, paralizar al pueblo. Y para que fueran pasto de pajarracos y alimañas. Fue orden expresa de Franco, desde Salamanca, que no se diera sepultura a los rojos, que no tuvieran ni un rezo cristiano, para que fueran al infierno, decía. Y cuando hubo que meterlos bajo tierra, mandó que se borrara toda traza de donde se les enterraba, condenándolos (como ellos pensaban) al olvido eterno. Metieron a sus víctimas en fosas colectivas, y pasaron los arados por encima; ahora está todo cubierto de maleza.

-Yo terminé yéndome a Villablino –dijo el huésped -. Y empecé a trabajar en las minas.

-Sí, pero todavía no me ha dicho por qué se vino a Valladolid?

-Pues verá, señorita. En Villablino, y en todos esos lugares..., pues lo mismo..., no se podía vivir con el recuerdo. Yo mismo, ahora, quiero olvidar. Y además, dieciocho años de trabajo en las minas es suficiente. Los pulmones no aguantan más.

En esto llegaron para la cena Teodosia y el otro huésped, Martín, que había llegado a ser uno más de la familia, después de veinte años en aquella casa. Hablaron emocionados de la película que habían visto, titulada BAILANDO BAJO LA LUVIA, muy buena; y Feli aprovechó para despedirse, diciendo que era tiempo ya de volver a su casa.

En la calle, le vino la idea del pueblo a la mente. Ya no había mucha gente en la ciudad, que en algunas partes era negra como boca de lobo. Oyó el grito de una lechuza, y se estremeció, pensando: “¡Veinticuatro han muerto aquí en Tordehumos!” Una imagen. Habían llegado al pueblo Lucito y ella, con su madre, huyendo no sabía de qué. Les había abierto la puerta una anciana, que les pasó a la cocina; y su madre pidió que les sacase algo de comer; luego les metió en la cama, en un cuarto de al lado. Su hermano se durmió en seguida, pero a ella le costó más reconciliar el sueño, dando vueltas y más vueltas entre las sábanas. Ya había empezado a quedarse dormida cuando oyó ese grito: “¡Ay madre, veinticuatro asesinatos en veinticuatro horas!”

Cosa rara. Habían pasado muchos años, y nunca jamás le había venido al pensamiento aquello que ahora le llegaba con tanta viveza y claridad que parecía estar viviéndolo todo de nuevo: la caminata en el campo a la luz de la luna, el grito de la lechuza, la llegada al pueblo una noche cálida de julio, la entrada en la casa de su tío abuelo, aquella cama tan alta, el lamento prolongado que llegaba desde la cocina y las palabras: “veinticuatro asesinatos en veinticuatro horas.” Sí, lo tenía todo delante de los ojos, lo veía claramente, el pueblo, las casas de barro de brillante fachada, la vieja ama de llaves seca y vestida de negro, la cama en que la habían echado con Lucito;

se había levantado para orinar, un orinal que pesaba una tonelada, y habíase aproximado a la puerta, la luz de la luna entrando por una ventana abierta; su madre suspirando y soltando unos sollozos que no parecía sino que se le desgarrara el alma; y la anciana: “¡Ya ves, Doro, en un pueblo donde todos somos parientes, veinticuatro asesinados en veinticuatro horas!”

Con este pensamiento en la mente, repitiendo las palabras una y otra vez, procedió a lo largo del Duque de la Victoria en dirección a su casa. Llegó a su calle, casas más bien viejas, de dos pisos, y los talleres de los ferroviarios al otro lado de una valla negra. En su imaginación, veía a los facciosos moviéndose con sus pistolones alzados, un intensísimo tiroteo. Conduciendo a sus víctimas hacia el otro lado de una valla oscura, un pistoletazo en la nuca, y la profunda negrura de una noche de verano bajo las estrellas.

Y otra vez las imágenes... Ríoseco, Tordehumos, Villablino, todos los pueblos donde había triunfado la rebelión. Y ¡que nadie se movió! Los que no fueron asesinados, nada hicieron. Al revés, a alistarse en las filas del ejército para salvar el pellejo. Labriegos, campesinos, trabajadores, obreros..., todos con las manos en los bolsillos sometidos al fascismo. Podrían haber hecho algo, mucho..., no hicieron nada. Tenían la fuerza, el número. Pero el terror fascista inmovilizó a las masas. Sólo unos pocos habían actuado al grito de “¡Socialismo o muerte! ¡Venceremos!” Sí, vencieron esos pocos valientes: nunca de **ellos** pudo hacer el fascismo esclavos.

Y en las profundidades de su ser sintió que no se podía continuar viviendo así, que había que cambiar la vida. Tenía que venir ese cambio, y venir pronto. Porque no podía ser de otra manera.

Una vez le había hablado Zita de Agapito, que había consagrado toda su existencia, sus años de juventud y madurez, a la Revolución; y había dado su vida por ello. ¡Qué pena que hubiera tan pocos hombres de ese calibre hoy día! Recordó las escenas de hacía poco en el Callejón de los Boteros. Preferían emborracharse para no pensar. Empleaban la mayoría de ellos su tiempo libre, los momentos que les dejaba a su disposición el capital devorador de vidas humanas, para entrar en la taberna, la inmundicia de un templo de vicio, de irracionalidad y las groserías de un compañerismo vil y sin sentido, “¡venga otro chato!”, “¡qué hermoso percebe!”, “¿unas olivas?”, “¡anda, líate un cigarro!” “¡La partida!” “¡Lola Flores!” “¡Cañardo, qué macho!” “¡Aquel gol de Zarra!” “¡Ha ganado el Atlético de Aviación!” “¡Hurra!”

¿Hasta cuando, oh cielos, hasta cuando? ¿A qué momento de la historia de la humanidad llegaría ese cambio, tan esperado como necesario?

CAPITULO 7

El ambiente de la ciudad era tenso. Algo se movía. Habían llegado refuerzos de la policía armada y de la guardia civil; y grupos de comandos especializados del ejército se encargaban de la vigilancia del edificio del Gobierno Militar, en cuya Sala de Justicia se iba a celebrar un consejo de guerra sumarísimo, que comenzaría a las nueve y media de la mañana.

Todo el país estaba pendiente del proceso, el primero en la España de Franco en que personas acusadas de subversión contra la seguridad del Estado iban a ser juzgadas con las puertas abiertas al público, y con abogados defensores y todo.

No deja de haber un olor de anacronismo en todo ello: un tribunal militar, que defiende el honor de una casta, juzgando por rebelión a unos cuantos jóvenes del pueblo. Pero al menos este sumarísimo estará siendo observado por la opinión pública, en España y en el extranjero. Corresponsales y observadores van a ser admitidos en la sala de justicia. El mundo va a saber en detalle lo que pasa en una sala de este tipo en España.

A las cinco de la mañana ya empiezan a formarse frente al edificio colas que pronto adquieren proporciones enormes (aunque sólo un centenar de personas podrán entrar en la sala.) La plazuela donde está situado el edificio ha sido cercada por elementos del ejército, con cascos de acero y metralleta a la mano. Se ven miembros de la fuerza pública en los balcones y tejados del edificio y otros colindantes. Comandos con boinas verdes se encargan de la vigilancia de las bocacalles; todas las vías que conducen a la plazuela han sido cortadas por carros de la policía armada y jeeps del ejército. Feli Muñeiro Platero ha viajado durante toda la noche para llegar a tiempo. Ahora ocupa un puesto en la cola cerca de la fachada del edificio; le han pedido sus camaradas que asista a la audiencia y tome nota de todo.

A las ocho y media llegó una furgoneta blindada con los procesados, acompañada de una larga caravana de agentes de seguridad en motocicletas. Según entraban todos en el patio del edificio hubo un movimiento de gente que se precipitaba a la puerta lateral a tiempo de ver a los detenidos descender del coche celular. Iban acompañados de guardias que portaban cascos y máscaras antigás y que iban armados de metralletas y granadas. A las nueve aparecieron unos guardias a la entrada principal del edificio, y uno de ellos empezó a llamar a alguien de la cola para que avanzara. Hubo un gesto de protesta a la cabeza de la cola, que inmediatamente reprimieron los guardias. Feli oyó que alguien decía: - Son los periodistas de agencias extranjeras.

Poco después se abrieron las puertas. Los policías armados formaron con los brazos entrelazados una barrera para impedir que el público, que llenaba la plaza, se aproximase a la pared del edificio, donde estaba la cola.

Al llegar a la entrada Feli Muñeiro Platero presentó el carnet de identidad, y fue pasada, con una docena de personas, a un cuarto aislado, donde fueron todos registrados y cacheados por agentes y matronas de la policía secreta. La Sala de Justicia era de pequeñas dimensiones. Había en derredor guardias con metralletas, apuntando en dirección del público. En el medio de la sala, en un foso, estaban los inculpados, esposados entre sí, de frente al tribunal, y dando la espalda al público. A cada lado del banco había cuatro policías armados. Presidía la sala un inmenso crucifijo, y había, a cada lado, los retratos de Franco y José Antonio.

Hacia las diez, salieron los miembros del Consejo de Guerra: un presidente y dos vocales. Estaba su mesa en una plataforma que los situaba a un nivel superior del resto de los concurrentes. El jefe de las fuerzas armadas se había situado a un lado de la mesa, como si estuviera custodiando al Consejo de Guerra. A la izquierda estaba el ministerio fiscal. Todos llevaban uniforme militar, con las enseñas de los cargos respectivos y abundantes condecoraciones de guerra. También a la izquierda, detrás del fiscal, estaban los observadores nacionales y extranjeros. A la derecha se hallaban los abogados defensores. El espacio reservado al público estaba constituido de unos cuantos bancos de madera sin respaldo; estaban ya en parte ocupados desde antes de que entrara el público, probablemente por agentes de la policía secreta, que permanecieron durante todo el proceso codo a codo con los familiares y amigos de los procesados.

Estaba sentada Feli entre una mujer de su edad y un sacerdote como de cuarenta años, el cual estaba haciendo anotaciones en un cuaderno. Iba Feli a dirigirle la palabra cuando oyó que el presidente declaraba abierta la vista. Los abogados defensores hablaron uno a uno en términos que la joven no siguió enteramente. Pedían al parecer que se suspendiera el proceso; hablaban de causas de nulidad, por no ser los inculpados militares ni haber cometido actos en tiempo de guerra o contra el ejército o instalaciones militares. El presidente a todo respondía, "Denegada la petición." Entonces los abogados pidieron que sus protestas constaran en el acta, y el presidente unas veces concedía y otras denegaba la petición. Así transcurrió como un cuarto de hora, y entre las protestas y peticiones lo que más impresionó a Feli fue que el consejo se negara a dar autorización para que se les quitasen las esposas a los acusados, pues, viendo el número de soldados y policías armados que les rodeaban, pretender que era necesario atarles así le pareció completamente absurdo.

A continuación, uno de los militares que se sentaban en el estrado dio lectura a un documento. ("Es el juez instructor," dijo a Feli su vecina.) Dio el instructor los nombres de los procesados, la edad, estado civil y profesión; señaló que ninguno tenía antecedentes penales; y dio la fecha y circunstancias de cada una de las detenciones. Todos ellos eran jóvenes, de edades entre veinte y treinta años. Delinió detenidamente el instructor en cada caso los hechos delictivos que se imputaban a los procesados, y luego entró en grandísimo detalle en explicaciones sobre su pertenencia a organizaciones ilegales, diciendo que todos ellos reconocían haber entrado en ellas y continuar militando, o por lo menos haber prestado auxilio a dichas

organizaciones revolucionarias inspiradas en la doctrina marxista. “Habiendo llevado a cabo – oyó Feli que añadía el juez -, por medio de grupos armados de existencia subrepticia, en núcleos urbanos y rurales, multitud de reuniones ilegales, manifestaciones ilícitas, siembras de propaganda subversiva, pintadas, robos de armas y explosivos, atracos a mano armada, colocación de explosivos y artefactos, asesinatos...”

Uno de los abogados defensores, se levantó en esto: - Con la venia... - comenzó.

-¡Silencio! – replicó el presidente.

Fue solamente entonces que Feli reconoció a los dos hombres. Se trataba, en el caso del abogado, nada menos que su propio tío Gonzalo Beltrán Jiménez; y el presidente del consejo de guerra no era otro que su antiguo señorito don Joaquín Argamesilla Picavía. Y tan absorta estuvo por un rato en estos pensamientos que perdió el resto de lo que iba diciendo el juez instructor. Despertó a tiempo de coger algo de lo que decía el fiscal.

-... rebelión, robo, asesinato, propaganda ilegal, reuniones ilegales, tenencia ilícita de armas, incitación a la subversión y auxilio al terrorismo, al bandidaje y a la lucha armada.

En la sesión de la tarde se procedió a leer el extracto de los juicios sumarísimos instruidos en su día contra cada uno de los procesados, y que contenían la lista de los hechos delictivos de que se les acusaba en el proceso en curso. “El Ministerio Fiscal – decía a cada paso un hombre gordinflón en uniforme del ejército -, en cumplimiento del trámite prevenido en el artículo... del Código de Justicia Militar...” (Feli trataba de sacar notas, sin lograr concretizar los detalles.) “... formula en el presente procedimiento sumarísimo el siguiente escrito de acusación...” (Y seguían frases como “obrero y sin antecedentes penales”, “comenzó a interesarse en las organizaciones delictivas...”, “sus acciones militantes fueron... actuaciones peligrosísimas de agresión y destrucción”, “su identificación total con las doctrinas de dicha organización es evidente....”)

Incapaz de tomar nota de todo, se metió Feli el cuadernillo en el bolso, y prefirió escuchar, esperando que no le fallara la memoria cuando se reuniera con sus camaradas.

-El informe redactado en su día – continuaba el fiscal leyendo su informe con voz monótona -, con la comprobación de la policía, prueba sin la menor duda que se trata de una organización comunista de tipo terrorista que en sus quince años de existencia lleva realizando una multitud de reuniones, pintadas, siembras de propaganda y otros actos ilegales que suponen la utilización de la violencia por parte de quienes las realizan: las manifestaciones convocadas, que se transforman en seguida en actos de guerra, los atracos a los bancos con el uso de explosivos, la intimidación a las personas, destrozos materiales dirigidos a aterrorizar a la población. Ha habido tres muertes – (alzando la voz) – que indudablemente sitúan a los que

son causa de ellas, así como a los que hacen su apología o fomentan los disturbios, enfrentándose con la legalidad instituída bajo el Decreto-Ley...

Mientras Feli seguía atentamente las palabras del oficial, su vecino, el sacerdote, estaba muy ocupado en escribir en su cuaderno algo en letras mayúsculas; retiró la mano izquierda, que cubría parcialmente el cuaderno, y pudo leer la joven la frase "ESTO ES UNA MASCARADA". Miró sorprendida a su vecino, el cual sonrió amablemente.

-Es bien sabido – estaba diciendo entre tanto el oficial fiscal – que el procesado en cuestión es de muy malos instintos, y que todos ellos son fanáticos seguidores de las doctrinas marxistas-leninistas, es decir, verdaderos forajidos; pues por los medios policiales que investigaban sobre el asesinato del compañero del Cuerpo... era sobradamente conocido que los autores de la felonía eran miembros del partido comunista. A ellos estaban dedicándose a perseguir los inspectores del Cuerpo... investigando incesantemente con la seguridad de que les inflingirían un serio acoso.

"NOS ESTAN CONTANDO UN CUENTO CHINO," leyó Feli en el cuaderno del sacerdote, "**¡sobradamente conocido! ¡un serio acoso!** ¿Qué significa todo eso?"

El fiscal seguía examinando uno a uno los expedientes de los inculpados. Tenía uniforme y estrellas de capitán de infantería; llevaba sable y pistola al cinto, como el resto de los componentes del Consejo de Guerra.

– Y, acerca de la señora – leía en voz clara, alta – se la acusa del delito de continuado bandidaje con fines de subversión social, por apartarse ostensiblemente de la convivencia social ordinaria, y vivir subrepticamente en núcleos urbanos extremos. Las razones por las que la señora vive apartada de la normal convivencia social son obvias: existe un serio intento de infiltración comunista en las fábricas y en las universidades e incluso en el movimiento social católico para procurar tener al público en pleno y constante sobresalto, implantar la lucha de clases en un intento criminal de destruir la armonía que debe reinar entre todos los estamentos. Las posiciones ideológicas de los inculpados demuestran su voluntad de desembocar en una guerra revolucionaria, pues tienen como misión de plantear conflictos, planear acciones políticas, desembocando en la lucha armada contra las fuerzas de la ley y el orden, no vacilando ante el asesinato de guardias indefensos representantes del orden establecido.

Terminada la lectura los abogados defensores volvieron a pedir que se trasladara el proceso a la jurisdicción civil. "Con la venía," empezaba cada uno a su vez. A lo que indefectiblemente contestaba el presidente: "Rechazada la petición por viciosa y extemporánea."

CAPÍTULO 8

Feli salió del edificio en compañía del sacerdote que había estado a su lado durante la vista.

-Sigamos juntos – susurró el sacerdote, que dijo llamarse Padre Legázpi -, así evitará que le paren los guardias.

La joven le miró y no dijo nada. Siguió por una de las bocacalles que daban a la plazuela, entre soldados y jeeps del ejército y de la guardia civil.

-Y ¿por qué supone que no me hubiera gustado ser interrogada por los guardias? – preguntó Feli al fin.

- Bueno, a nadie le gusta ser interrogado, ¿no? – sonrió el sacerdote, y añadió -: Le he visto tomando notas en la audiencia. Y no podía menos de fijarme en lo que escribía.

-¡Ah, por eso! ¿Así que piensa que todo aquello era una mascarada?

-Ya usted misma lo ha visto, ¿no?

-Pues sí. Bueno, quiero decir – balbuceó la joven – y... usted... un religioso.

-Soy fraile franciscano, sí – dijo el padre Legázpi, a manera de explicación -. No quita. ¿Hacia dónde va usted?

-Lo mismo me da. Estoy en un hostel junto a la estación. Es decir, no soy de aquí; pero quiero venir de nuevo mañana, por eso.

-Pues vamos en la misma dirección. Si no tiene inconveniente que le invite un cura, deje que cenemos juntos. Conozco una fonda que llevan dos hermanas de Guipúzcoa, donde se come bien. Allí estaremos tranquilos, y yo querría enterarme de cómo piensa la juventud hoy día en España.

-¿Usted no es de estas tierras? – preguntó Feli, después de haber aceptado la invitación con un movimiento de la cabeza.

-Sí y no – fue todo lo que dijo el otro.

Estuvieron caminado por un rato, y el sacerdote continuó en voz baja, pero no tan baja que no se alarmara Feli un poco, siempre temerosa de que fueran oídas sus palabras por algún espía. – Soy vasco – dijo -, aunque no es de ahí que viene el acento. Pero hablando de lo visto y oído, ¿no ha notado usted que para esos monstruos, los hombres y las mujeres no cuentan, son meros objetos de sumisión y de explotación? Por eso dije que este proceso es una mascarada. A pesar de todo lo que dicen y pretenden

demostrarnos, lo que en realidad quieren, no es juzgar a esos jóvenes (los cuales ya están archicondenados), sino atemorizar al pueblo. Hablaban de orden, el orden que quieren imponer y que imponen, el orden institucionalizado en suma. Es decir, el sistema que han logrado edificar usurpando el poder que pertenece al pueblo y dejando a los trabajadores sin derechos. Perpetuar la dominación del rico sobre el pobre, eso es lo que intentan y... ¡y lo están logrando! Para eso hicieron la guerra, y la harán mil veces si mil veces fueran necesarias: están dispuestos a destruir la tierra entera antes que dejar de dominar. ¡Ah, conozco bien a estos malvados y sus crímenes! Bien, aquí estamos.

Habían llegado a una casa pequeñita antigua. Subieron por una escalera de madera al principal, donde había una taberna a un lado y al otro, tras una puerta que estaba cerrada, un restaurante pequeño y poco concurrido.

-Lo dicho – dijo el padre Legázpi, una vez sentados los dos a una mesa -. No pueden soportar esos salvajes que el pueblo sea libre y feliz. - Era difícil determinar su edad, pues aunque su negro cabello estaba abundantemente salpicado de canas, tenía unos ojos vivos que denotaban un optimismo y hasta una energía juveniles. Era delgado, alto, cargado de espaldas, y no muy cuidadoso al parecer de su atuendo eclesiástico.

-¿Cómo se atreve usted a hablar así? – preguntó Feli, todavía temerosa y desconcertada.

-No se preocupe, que aquí no nos pasará nada – contestó él – Bien ¿bacalao a la vizcaína? ¿Qué le parece? – (Había llegado una de las camareras, que en seguida empezó a enumerar los platos del menú; Feli aprobó la elección del sacerdote, ordenaron vino blanco, y se marchó la camarera) -. He visto yo a hombres y mujeres hacer cosas muchísimo más arriesgadas, Feli (¿ha dicho que ese es su nombre, verdad?), y **ellos** no tenían miedo.

La joven volvió a mirar al padre entre sorprendida y curiosa. - ¿Pues de dónde viene usted?

-De América Central.

-¿Misionero?

-Sí, diez años me he pasado en Guatemala. Y allí estaría ahora si no me hubiera expulsado el gobierno... que han implantado los Gringos. ¿Ha leído usted sobre lo que ha pasado allí, no? – Feli inclinó la cabeza afirmativamente, y el padre Legázpi esperó unos segundos, los ojos fijos en el contenido de su plato, que acababa de ser servido, las manos crispadas en los bordes de la mesa -. En Centroamérica - dijo – el Capital se ha apoderado de la tierra de los indios..., todo lo han devorado, hasta en las montañas más inasequibles han entrado como... como una marabunta. Lo quieren todo. Todo lo devoran los ricos, riquísimos del país y los de allende el Río Grande.

¿Sabe usted que los Gringos, el pueblo más poderoso del planeta, bombardean sistemáticamente esos pueblos indefensos para hacerse con sus tierras? Son insaciables. Pobres indios humildes, desposeídos de las mejores tierras durante siglos...; ahora ya nada les queda. Expulsados a los rincones más inhóspitos, donde desde antiguo se mataban... y se matan las mujeres y los niños a trabajar (pues los hombres bajan a esclavizarse, de braceros, en las plantaciones), unas tierras que no dan ni para malcomer. Pues bien, ya ni esas tierras les dejan. Y para conseguirlo, para arrebatárselos todo, los agarran, los asesinan, envían contra ellos, pobrecitos, a los paramilitares a sueldo... para que acaben con los hombres, las mujeres y los niños, sin discriminación. ¡He ahí la democracia y el mundo libre!

-¡Cómo puede consentirse tanto crimen! ¿Y usted vio eso?

-Lo vi. Todo eso... y aún más. ¿Cómo puede **Dios** consentir tanto crimen, tanta maldad? Es esa su pregunta, ¿no?

-Pues sí – contestó Feli, mordiéndose un labio.

-¡Como puede un Ser Omnipotente consentir esos crímenes, quiere usted saber! – repitió el sacerdote, pensativo.

Sorprendida de oírle hablar así, ella comenzó -: ¿Duda usted de la existencia...?

Pero el otro no le dejó terminar su pregunta. – Si se ha de enseñar la doctrina de Jesús – dijo -, no tiene uno más remedio que identificarse con los pobres; y uno se pregunta: ¿dónde está la Iglesia, la Santa Sede en todo esto? – (Dio un largo suspiro) – Sabe usted, Feli, por no sé qué milagro de Dios, hubo en Guatemala, recién, unas elecciones libres, libres de verdad, ¡figúrese! Y por primera vez en la historia del país, el pueblo **escogió** un gobierno, Jacobo Arbenz, ¿lo recuerda?

-Sí.

-Un gobierno democrático elegido libremente por el pueblo: un milagro, pero así ocurrió: le dejaron escoger al pueblo soberano – repitió el Padre Legáspi -. Y cuando ya iba a instalarse el tal gobierno nuevo, cumpliendo (inesperadamente, para algunos) con su promesa electoral de empezar con una reforma agraria verdadera..., pues que enviaron los Estados Unidos a sus ‘marines’ para defender, dijeron, la ley y el orden (lo mismo, a propósito, que hicieron los de aquí en el 36), es decir para mantener al pobre en la miseria y al rico en su usurpación. Acabaron con el gobierno legítimo e instalaron en el poder (como acostumbra) un régimen militar, el cual, fuerte con la fortaleza que le daba la ayuda y las armas del Pentágono y de la CIA, procedió a enviar sus esbirros, a todos los rincones del país, para eliminar físicamente a todos los que se oponían al nuevo régimen militar... o que meramente hablaban de reforma agraria o democracia.

-Es horrible. Y ¿usted estuvo **con** los indios?

-Feli – respondió el padre, triste pero reposadamente -, no hay posibilidad de vivir el Evangelio, como lo vivió Jesucristo, si no se sitúa uno al lado de los pobres. ¿De qué sirve el predicar si no se identifica uno con los desposeídos de la tierra..., cualesquiera que sean las consecuencias? ¿Vio usted el Crucifijo, allí, en aquella sala... de justicia? Y ¿qué cree que ello significa?

Ella se encogió de hombros, esperando que él siguiera hablando.

-El mensaje del Evangelio es claro. Y por toda su ostentación, por todo lo que muestran **sus** Crucifijos y demás baratija, no son ciertamente esos señores del Consejo de Guerra, con sus sables y pistolas, rodeados de metralletas protectoras, los que ostentan la verdad de Jesucristo. - (Hizo una pausa) -. A mí me tuvieron dos años dentro.

-¿Dentro de dónde? ¿En Guatemala?

-Sí. En una mazmorra. En cambio, a mis campesinos todos, mis hermanos, los indios... los fusilaron. – (Dio un suspiro) -. Ese es el precio que pagaron los pobres. Libertad o Muerte. Ése es hoy día su lema. Otros siguen luchando.

-¿Qué desean ahora: natillas, flan, cuajada o arroz con leche?- Era la camarera, que estaba de vuelta, a la cual contestaron Feli y su acompañante.

Cuando ya les habían servido los postres, Feli reanudó la conversación: - Ahora veo por qué estaba usted esta mañana... en...esa **mascarada**. Me sorprendió un poco, a decir verdad, ver a un religioso llamar a aquel juicio así; pero ahora lo comprendo. De todas formas – continuó, sonriendo al misionero, con un cierto tono de tristeza – podía habérmelo figurado: la cara es siempre el espejo del alma.

-Gracias – dijo el sacerdote; y prosiguió, a manera de explicación: - Tenía que venir a esta ciudad por otros asuntos. Y, estando aquí, aproveché la oportunidad que se me ofrecía de ver si en la patria todo continuaba como antaño.

¿Y qué? – inquirió tímidamente la joven.

-Sí, continúa – dijo brevemente el sacerdote; luego volvió al objeto de la conversación -. Después de lo que pasó en Guatemala, tuve que entrevistarme aquí con el Provincial de la Orden. Con él estuve ayer. Y mañana salgo para el Brasil.

CAPÍTULO 9

Al día siguiente la vista comenzó a las nueve y veinte de la mañana. Gonzalo Beltrán, como los otros abogados, conocía perfectamente las limitaciones de la defensa. El expediente judicial no había sido puesto a su alcance, como hubiera sido el caso en una causa común, durante la preparación del sumario. Aparte de un par de entrevistas con su defendido, desde que había decidido participar en la defensa, no había tenido otro conocimiento del caso que las publicaciones de la prensa ordinaria, sobre los informes facilitados por la policía o la autoridad gubernativa. Las pruebas de la acusación quedaban por entero fuera de su alcance. Era un trabajo imposible, ¿qué pruebas había?, ¿quién las había obtenido, por no decir fabricado?, ¿qué significado podía tener todo lo que había leído el fiscal, y cuánta elaboración o pura falsedad había en ello?, ¿hasta dónde se extendía el embeleco, la fabricación fraudulenta de documentos, mentiras y otros medios ilegítimos de lucha contra el pueblo? Tantas incógnitas, tantas preguntas que quedarían sin respuesta. Otra cosa: no había sido posible para la defensa hacer comparecer testigos; el tribunal lo había rechazado de manera inapelable.

-Con la venia – empezó Beltrán, en cuanto el presidente declaró abierta la vista -, la defensa no ha tenido hasta hace escasos días conocimiento del sumario...

El presidente del consejo inmediatamente le cortó, diciéndole que no tenía la venia.

-Todo ello quebranta el artículo 733 del código de justicia militar, en cuanto constituye...

De nuevo le interrumpió el presidente, gritando: - ¡No siga, no siga! Le he dicho que no tiene la venia.

-El tribunal coarta la libertad de la defensa – concluyó Beltrán, sentándose.

Los otros abogados se unieron a Beltrán, pidiendo que constase en el acta su protesta colectiva. El presidente se volvía loco gritando que no concedía ninguna venia, y que los abogados defensores podrían exponer sus argumentos cuando les llegase el momento de informar. Después pidió el juez instructor que se procediera a leer los folios del sumario.

Gonzalo Beltrán era el más viejo de los abogados defensores. Se sentía muy cansado. Había decidido tomar parte en la defensa de aquellos jóvenes acusados de rebeldía como quien efectúa un rito sagrado, un solemne sacrificio ante un altar para lavarse del pecado, descargarse la conciencia de un crimen pasado. Y el caso es que ahora, de repente, tuvo miedo. Sabía que los acontecimientos iban a ser más poderosos de lo que su propia escasa fuerza física podrían soportar. Empero era ya imposible

volverse atrás, hiciera lo que hiciera iba a arrastrarle la corriente, la misma fuerza del proceso iba a llevarle hacia adelante..., no sabía a dónde. No ignoraba que, por encima de su mismo entendimiento y voluntad iba a decir y hacer aquella mañana mucho más de lo que se había propuesto hacer y decir. Conocía bien las leyes, y sabía que en España un proceso de ese tipo no iba a servir a la postre para nada, una suprema farsa sin el más mínimo amago de legitimidad. En previos casos de esta clase ni siquiera había habido defensa, y en el de hoy al llamado abogado defensor no se le reconocía siquiera el derecho de tener conocimiento de la causa. Un par de días antes, en el transcurso de unas horas, después de una breve entrevista con su representado, había hojeado el expediente que la acusación había escogido presentarle. Y ahora **él** tenía que defender.

Un sentimiento extraño había ido apoderándose de él, poco a poco, desde que entró en la sala aquella mañana. Miró al presidente del Consejo de Guerra, muy conocido de él desde los tiempos de la universidad, vástago de una familia adinerada, un sicofante, siempre al tanto de quién llevaba la batuta en el país, en cualquier específico momento, para arrimarse al sol que calentara más: hombre calculador que había corrido a unirse a la Falange en cuanto se enteró que había triunfado en Castilla el alzamiento (aunque nunca acudió voluntario al frente, con Onésimo y los demás), partido que ahora había abandonado para consagrarse a la Obra de Dios. No sabía Gonzalo, a ciencia cierta, si había adherido a la Obra a causa del riguroso secreto que envolvía todo lo referente a la organización, pero lo sospechaba. Por la manera como actuaba ese Argamesilla, no podía no pertenecer a la Secta.

Se sentía en puridad muy mal, pobre Beltrán. Estaba a punto de caerse allí mismo muerto de asco, a punto de abrir bien las mandíbulas y devolver, vomitar, arrojar fuera de sí todo lo que llevaba dentro, hasta las mismas entrañas. Después de haberle dado muchas vueltas en la mente a aquel asunto escabroso, mil páginas de expediente (y en unas horas consultar la doctrina y la jurisprudencia), tratando todo el tiempo de conjugar ideas muy diferentes, conceptos contradictorios, mil veces a punto de volverse loco (ya había absorbido varias píldoras calmantes aquel día) cayó en un estado letárgico: sabía que tenía que cargar con esa cruz, llevar a cabo una función de defensor para la que no estaba preparado (¿qué demonio le había llevado a entrar en este asunto?) No importaba. Ahora que se hallaba bien metido en ello, tenía que jugar **su** papel. No podía ya volverse atrás.

Sólo una cosa deseaba: que pasase todo muy de prisa, y entre tanto procurar hacer su trabajo sin dejarse arrastrar por entusiasmos u odios ajenos. Pero no, no lo lograría. Sabía que no lo lograría.

– Con la venia – volvió a decir, levantándose.

-No tiene la venia – repitió el presidente.

-Esta defensa – insistió Beltrán – se dirige a la presidencia pidiendo autorización para hacer una serie de consideraciones...

-¡Le he dicho que no es el momento para hacer esas indicaciones!- gritó desaforado el presidente.

-¡Cómo, esas indicaciones! ¿Es que...?

-¡Le he dicho que se calle!

-Solicito entonces que conste que protesto.

Se levantaron los otros defensores. Como en un sueño les vio uno a uno declamando con coraje y valentía, y entonces se dio cuenta de que sí, le iban a arrastrar, iba a entrar en la batalla diciendo más de lo que había sido su intención decir. ¿Hasta dónde le llevaría aquello?

Eran los otros abogados más jóvenes, y sin duda menos experimentados que él. Mostraban, sin embargo, un entusiasmo y un vigor que suficientemente compensaban la falta de práctica. Todos dijeron que se unían a la protesta. Vio Gonzalo al presidente, que también se levantaba de su asiento, gritando, gesticulando, el sable bailándole a la cintura. Acusaba a los letrados defensores de provocar dilaciones sistemáticas, con el solo objeto de injuriar a la Nación (se veía que la llamada Justicia Militar estaba cayendo en una trampa que ellos mismos se habían fabricado, y no sabían qué invocar o hacer para salir adelante.)

Por fin llegó el momento que los defensores habían estado esperando: el comienzo de los interrogatorios de los procesados. Las preguntas que aquéllos pudieran hacer, aunque interrumpidas constantemente, como había sido la actuación toda de la defensa hasta ahora, se iban a convertir en arietes golpeando en el cerco de silencio que había tratado el régimen de alzar durante tantos años: la presente fachada de "democracia orgánica" que los tecnócratas del Opus Dei habían tratado de edificar en beneficio de sus amigos del capitalismo europeo y ultra-atlántico iba a ser demolida, hecha añicos; en presencia de la prensa y de los observadores extranjeros, iba a encajar el régimen los impactos de aquellos bravos jóvenes, que de acusados iban a convertirse en acusadores.

CAPÍTULO 10

Al comenzar la vista, de nuevo se dirige Beltrán al presidente, pidiendo autorización para hacer una serie de consideraciones. El presidente le ruega que no insista.

- Pero señor Presidente... - insiste no obstante el abogado.

Y es interrumpido por el fiscal, que dice: - Procede a que se dé comienzo al interrogatorio de los inculpados.

-Que así se haga – señala el presidente.

En este momento, se levanta uno de los procesados, y dice: - Con permiso, deseo decir que tengo muy prietas las esposas...

Hay un cierto tumulto en el estrado; se agita el Consejo, el presidente consulta con los vocales, y al fin dice: - El Consejo decide que los procesados deben continuar esposados entre sí, y no hay más que hablar.

Uno de los abogados defensores se levanta, diciendo: - Solicito que conste la protesta, ¿por qué...?

-Se pide al señor letrado – dice el presidente – que retire la pregunta.

-Con la venia, no tengo que retirar una pregunta que todavía no he hecho, que no se me ha dado la oportunidad de formular.

Otro abogado solicita la venia para dirigirse a la presidencia, y a continuación dice: - Solicito unos minutos de suspensión para...

-Retirada la venia – le corta el presidente.

Entonces otro letrado se levanta y, sin más, solicita que se quiten las esposas a los procesados.

-Se le ruega al señor letrado – contesta el presidente – que no insista sobre el mismo tema.

A lo cual responde el abogado: - Quiero solamente hacer observar a la presidencia que los procesados van a ser interrogados a continuación...

-¡Le he dicho que no tiene la venia!

-... que lo que establece el artículo 605 del Código de Justicia Militar, que el interrogatorio de los procesados se hace sin coacción alguna; personas que van a ser interrogadas en breves momentos, y que estén esposadas, puede suponer que se incurra en lo establecido...

-¡Ya expondrá las razones cuando llegue el momento!

-... en lo que prohíbe el artículo 605; por esta razón, se solicita de la presidencia que se acceda a desposar en este momento a todos los procesados...

-¡Retirada la venia! No procede.

Durante el interrogatorio, el primer letrado a intervenir, Gonzalo Beltrán Jiménez, hace la siguiente pregunta a su defendido: - Diga usted al Consejo de Guerra, ¿ha sido usted objeto de tortura?

-El señor letrado – interrumpe el presidente del consejo, levantándose con tan mal humor y precipitación que se le queda el sable atravesado en el brazo del sillón -... el señor letrado en esta causa no investiga; ni estamos juzgando aquí delitos de coacción o lesiones que se hayan podido cometer contra los detenidos; la investigación de estos hechos, que usted pretende ofrecer al consejo, puede denunciarlos a las autoridades judiciales competentes; pero su conocimiento no corresponde a este tribunal.

Uno de los vocales, un oficial de caballería, con muchas condecoraciones en el pecho, chilla dirigiéndose al presidente: - ¡Dado que se está convirtiendo este juicio en una acusación contra el Régimen, que este vocal ha defendido y está dispuesto de nuevo a defender con el arma a la mano – (echa la mano al sable) -, solicito con todo respeto y subordinación que la vista siga a puerta cerrada.

Hay un murmullo en la sala y una deliberación del Consejo de Guerra. Feli, que ocupa su sitio entre los espectadores en la sala, acaba de reconocer al oficial de caballería en cuestión: se trata del marido de una de las primas de su madre, el coronel Roque Perchero. El murmullo cesa, y al cabo el presidente dictamina que ha de continuarse el interrogatorio.

El abogado defensor entonces dirígese de nuevo a su representado y pregunta: - Explíquenos, por favor, ¿cómo fue detenido?

-Fui detenido en el domicilio de mis padres – indica el procesado, un hombre de veinte años, de cara de estudiante, obviamente torturado -, hacia las cinco de la mañana. Oímos que aporreaban la puerta muy fuerte; intentaron echarla abajo; se abrió la puerta, entraron ocho policías armados con metralleta; nos colocaron a todos contra la pared, y pegaron a mis padres...

-¡No interesa eso al tribunal! – corta el presidente.

Beltrán pregunta al procesado: - Díganos usted, por favor, si estuvo incomunicado.

-Permanecí en la celda dieciseis días – responde el acusado -, al cabo de los cuales me sacaron para prestar declaración, que no presté sino bajo coacción, bajo coacción muy fuerte; porque me pegaron en la cara y en el pecho...

-¡No interesa a este consejo! – interrumpe el presidente -. Se recuerda al procesado que conteste estrictamente a las preguntas.

-Díganos usted, por favor – vuelve a preguntar el abogado -, ¿en la comisaría, en el momento ése o unos minutos antes de firmar esa declaración, qué trato recibió de manos de los agentes?

-El trato fue muy malo: me cogieron...

-No insista – dice el presidente al letrado, cortando al acusado -. Esas son consideraciones ajenas a este proceso. Si insiste en ellas, me veré obligado a prescindir de este testimonio.

Cuando, después de algunos momentos más, se sienta el letrado Gonzalo Beltrán, se levanta uno de los otros abogados y comienza el interrogatorio de su representada. Se trata de una joven de veintitres años, que dice estar casada con uno de los allí inculcados, y que había estado embarazada en el momento de la detención. – Díganos – dice su abogado - ¿qué trato recibió en la comisaría cuando se negó a hacer declaraciones contra su marido?

-¡No es pertinente la pregunta – exclama el presidente.

Desde su asiento Feli Muñeiro contempla emocionada a la acusada. Ha oído que es profesora de música, y ella se la imaginó un instante tocando el piano, los 'Preludios', por ejemplo.

... y se le representó una joven de infinita ternura destinada a producir esa música sublime, cada nota una lágrima..., una joven artista cayendo en la comisaría bajo el golpe de un agente del mal..., y un lamento, Chopin. ¿Cómo podía ser, tanta maldad, ese odio a la cultura y al saber? - Díganos, por favor, si fue molestada – oye la voz del defensor.

Y la voz clara y sin miedo de la hermosa joven: - Me pegaron...

-¡Cállese! Se pide al señor letrado que retire la pregunta.

-Me pegaron y me encontré tirada por el suelo – la voz acusadora.

-¡¡Cállese!!

Y Feli recuerda las palabras del poeta: «Tu caudaloso vientre será tu sepultura.» ¡Estaba embarazada la mujer, y la pegaron!

-Sí, me pegaron mucho – repite valiente la hermosa madre.

-¡No! ¡No le han preguntado eso! ¡Que no, que no, que no conste en el acta!

Y Feli ve al abogado dirigiéndose al tribunal: le oye decir: - Ya sabía que oídos tan poco acostumbrados como los de los señores del consejo a oír verdades...

-¡Cállese! ¡No tiene la palabra!

-Pero insisto que conste en el acta.

-¡Cállese, cállese, cállese! ¡Que no conste en el acta!

Hubo un murmullo generalizado en la sala. Tumulto entre los militares del estrado. Voces. Otros ruidos. En los puntos estratégicos los guardias de la Policía Armada moviéndose nerviosos, sosteniendo las metralletas con dos manos. Uno de ellos, excitado al máximo, apunta con su arma el banco de los procesados. La joven profesora de música, atadas esas manos mil veces preciosas, esposada junto al esposo, apenas se mueve. Ella es el blanco principal del monstruo que apunta con la metralleta. Peor que las fieras. ¿Pero qué se puede esperar? Ignora todo sobre el arte y la racionalidad.

-La procesada – dice el presidente cuando se ha restablecido la calma, debe responder, sí o no, a las preguntas.

Se oye entonces la voz del defensor: - Sí o no: ¿le dijeron cuando estaba tirada por tierra que iban a cargarse a su marido?

Y la joven responde con firmeza: - Sí y no. Primero me dijeron que a mi marido le habían matado, y me enseñaron sus prendas ensangrentadas; únicamente, lo que yo pude ver es que a mi marido le obligaron a tirarse por la ventana, es decir, lo empujaron...

Como despertando de un aturdimiento pasajero, el presidente dice: - ¡Cállese!

-... luego me encontré tirada por el suelo...

-¡Le he dicho que se calle! ¡¡Que se calle, que se calle, que se calle!!

Se levanta uno de los vocales, un oficial de la marina, que dice: - Esto es una historia de suposiciones y de lo que cree la acusada que aconteció o puede haber acontecido o no acontecido al marido. - A lo cual añadió el presidente: - Esto es un interrogatorio, no un relato. ¡Limítese a contestar a las preguntas! - El nerviosismo de los miembros del Consejo de Guerra terminó por transmitirse a los más exaltados espíritus de la sala, agentes de la policía secreta y falangistas; uno de éstos gritó a la acusada: - ¡¡Asesina!! ¡Tú eres la que asesinaste a nuestro compañero! Sois todos unos rojos, ¡¡comunistas!!

El joven abogado defensor pide que se desalojase de la sala al que había gritado, diciendo que es una coacción intolerable en una sala de justicia y que el provocador era fácilmente identificable.

-¡No procede! – contesta el presidente -. Que siga el testimonio.

De nuevo preguntó el abogado a la joven: - Cuando ya supo que su marido estaba vivo, ¿qué aconteció?

-Me dijeron que a mi marido le iban a colgar en el hueco de una escalera en cuya barandilla, en el medio, me ataron con esposas, y añadieron que pronto lo vería, que iban a utilizar unos estiletes (que me enseñaron) para cortarles sus partes si yo no...

-¡¡Cállese, cállese, cállese, cállese!! - se ponen a chillar todos los miembros del consejo a fin de apagar la voz de la procesada, la cual continúa:

-... entonces me quitaron las esposas y me arrojaron por el suelo, diciendo que me iban a matar y que mi sacrificio no iba a servir de nada; nadie ni se enteraría...

-¡¡¡Cállese, cállese, cállese, cállese, cállese!!!

-... que estábamos todos condenados al olvido...

-¡¡Vuelvo a advertir, vuelvo a advertir, advertir a la condenada – (tartamudea el presidente) – que si sigue así, tendrá que prescindir este consejo de su testimonio!!

De nuevo un gran revuelo, un murmullo, apagado el cual el defensor vuelve a preguntar: - Díganos, ¿cómo firmó la declaración en la comisaría?

-Yo firmé unos papeles en la comisaría bajo tortura.

-¡No, que no, que no interesa a este tribunal – grita el presidente: y no queriendo oír de nuevo esa palabra, advirte. -¡Que no conste en el acta!

-Bien – continua el abogado -, ¿de qué forma fue usted maltratada?

-¡Esa pregunta es impertinente!

Repite entonces la pregunta el abogado más pertinentemente: - Díganos, ¿cómo fue tratada en la comisaría?

-¡He dicho que es impertinente, que es impertinente, que es impertinente la pregunta!

-Que conste la protesta de esta defensa. De la manera más firme y sin reserva. No se puede representar a un acusado si el defensor no está autorizado por el consejo a llevar a cabo su función.

-¡Cállese, le he dicho!

Pero el abogado no se calla. - ¿Para qué hablar – dice – de legalidad, de justicia, de derecho, tribunales, abogados y sumarios, eh, para qué? ¿De qué sirve haber levantado esta sala, este proceso...?

-¡Calle! ¡He dicho que se calle! ¡He dicho que se calle!

-La técnica legal – continua el otro, impertérrito – se convierte así en mera arma al servicio del régimen; el papel del abogado defensor se limita por el consejo a aportar una apariencia de garantía en el juicio político...

-¡¡Cállese, cállese!! ¡Háganle ustedes callar!

-... que el régimen precisa para que en el extranjero parezca que aquí hay justicia...

En su asiento Gonzalo Beltrán Jiménez seguía todo como hipnotizado. Y sabía que aquello iba a terminar muy mal. Había visto a su ex-compañero de estudios, Joaquín Argamesilla, en los procesos del treinta y nueve, la postguerra, cuando el régimen era todavía joven y necesitaba mucha sangre para lavar Dios sabía qué heridas, limpiar España de rojos. ¡Doscientas ejecuciones en un par de meses! ¡Miles más en toda España! Pero ahora que el régimen se definía como 'democracia orgánica,' vacilaban los gerifaltes.... Ante la inesperada agresividad de la defensa en el proceso, la actuación valerosa de unos jóvenes, que de acusados pasaban palpablemente a ser acusadores, el Consejo de Guerra estaba perdiendo el nervio, iba a ser instrumento de demostración al mundo entero de la 'clase de democracia' que en España había. De nuevo hubo un tumulto en el estrado. Uno de los miembros del consejo había echado la mano al cinto, de donde colgaba el pistolón, en un movimiento instintivo de otros tiempos. Acababan de levantarse el resto de los abogados defensores, diciendo que se unían a todo lo que estaba diciendo su colega. Cuando al fin se restableció la calma, salvando los señores militares del estrado, por el momento, las apariencias, pidió el joven abogado la venia para continuar el interrogatorio.

-¿Usted se siente, en este momento, con suficiente libertad para contestar, como usted lo desea, a las preguntas de sus defensores?

La respuesta de la joven profesora de música es contundente: - No señor. No me dejan responder a ninguna pregunta.

Murmullo en la sala. Los policías armados se ponían cada vez más nerviosos; se movían girando en sus talones, apuntando esta vez claramente alternativamente al público y a los procesados.

-No tiene usted libertad – remachó el defensor -, ¿no tiene usted libertad para...?

-¡Ya está suficientemente contestada la pregunta! ¡Pase usted a otras materias!

-¿Díganos, señora (pidiéndole perdón por el dolor que pudiera ocasionarle la pregunta), cómo ocurrió lo del aborto?

-¡Pregunta impertinente!

Con el dolor reflejado en su rostro hermoso, la joven, no obstante levantóse y comenzó a hablar. Habían aquellos asesinos matado a su hijo con el sadismo del que extermina una rosa en su capullo, antes de que vea el día.... Y la joven habló de aquel crimen alzando los brazos al cielo, como una bella sacerdotisa de leyenda exorcizando el mal, el mal absoluto que es el fascismo. - ¡Vosotros sois los asesinos! – decía - ¡Vosotros sois los culpables! ¡Vosotros sois los condenados, sí, los que estáis condenados a morir y desaparecer, canallas! ¡Sois lo más malvado del Mundo! Y ¡pronto seréis la basura de la Historia!

Como estaban todos los inculpados esposados entre sí, había causado la joven, al levantar sus brazos, que los otros, hombres y mujeres que la acompañaban, levantasen los suyos, los cuales también la acompañaron en los gritos: - ¡No, no somos terroristas, ni lo hemos sido nunca! ¡Somos Revolucionarios, sí! ¡Es verdad que hemos luchado, luchamos y seguiremos luchando para que en la patria haya un cambio verdadero! ¡Buscamos la transformación de la sociedad para que impere la razón, no el crimen y la locura! ¡Para que el gobierno de los hombres cese de ser una mascarada al servicio de los intereses de los usurpadores del poder, la clase capitalista...

Y todo el tiempo los chillidos de “¡Silencio, silencio, silencio!”

-¡Nosotros no buscamos la violencia...!

-¡Que se callen, que se callen, que se callen!

-No buscamos la violencia, y si algunos de los nuestros llevan armas es para defenderse de la policía fascista que...

-¿Po... policía... qué? ¿Qué es esto? ¡Inmediatamente, que les hagan callar! – gritó uno de los oficiales que, desenvainando su sable, se dirigió al foso, amenazando a la joven, la cual siguió acusando.

-... es porque la policía fascista primero dispara y luego da el alto. No, no es violencia lo que buscamos. Es contraviolencia lo que nos vemos obligados a veces a emplear. ¡El régimen **es** violencia, y nunca más claramente que cuando actúan contra nosotros lo demuestran sus esbirros. La resistencia contra la violencia constituida en sistema es legítima. La contraviolencia revolucionaria es liberadora y es necesaria; por eso...

-¡¡Silenciooo!! – (todos los del Consejo de Guerra, los sables desenvainados.)

-¡Vosotros sois los terroristas! – llegaba con fuerza la voz de la joven a través de la masa de asaltantes (policías armados, acercándose al foso de los acusados, las metralletas a punto de disparar.)

Lleváronse la arrastrando, así como a los otros inculcados. Se oían sus voces procedentes ahora del interior del edificio: “¡Vosotros, que estáis aplastando al pueblo, no sois quiénes para juzgarnos!” “¡Perteneceís a una raza de asesinos despreciables!” “¡Más que nunca tenemos fe en el pueblo!” “¡El pueblo está con nosotros, triunfaremos, el pueblo triunfará!” “¡Viva la Revolución!” “¡Viva el proletariado unido!” “¡La muerte no nos asusta!”

Lo que siguió lo vivió Gonzalo Beltrán Jiménez como un sueño, el final horroroso de una horrorosa pesadilla. En unos minutos una eternidad pasó por su cerebro. Paralizado en su asiento, miraba a los jóvenes acusados, transformados ya en acusadores. Aquella dignidad, aquella fuerza, aquel convencimiento de la necesidad de un cambio y aquella valentía en la lucha, en condiciones tan difíciles, hubieran sido inimaginables hacía solamente unos meses: ¡eran verdaderos revolucionarios esos jóvenes! Y él... Gonzalo... que había sido pistolero en los años treinta, contra la República, un rebelde, que se llamaba a sí mismo ‘revolucionario’, y que luchaba para que no llegara nunca el cambio, para que nunca salieran los pobres de su miseria, para que nunca hubiera una verdadera revolución...

Miraba y dudaba y se hacía preguntas: ¿qué era lo que les daba a esos jóvenes esa fuerza?, ¿cómo podía ser que estuvieran dispuestos a dar sus vidas sin miedo y hasta con orgullo? Justamente antes de que los señores del consejo desenvainaran sus sables, había oído que la joven inculpaba gritaba a su abogado: “¡Renuncio a ser defendida!” Y los otros esposados, de pie junto a la joven, gritaron al unísono: “¡No necesito y no quiero la defensa de un letrado!”

Desprecio supremo y supremo rechazo del sistema. Lo repudiaban todo. Nada era legítimo en un país como España. ¿Cómo podrían unos criminales profesionales juzgar a unos jóvenes, llenos de vida y de revolución, que estaban dispuestos a darlo todo por una España mejor?

Estaba el Presidente del consejo, dando órdenes obviamente contradictorias. Muchos Números de la Policía Armada y de la Policía Secreta estaban forzando al público a desalojar la sala, donde alguien había empezado a entonar, “Agrupémosnos todos... en la lucha final...”

Beltrán permaneció inmóvil, los codos sobre el pupitre, cogiéndose las sienes con ambas manos. Veía en su imaginación al presidente de aquel Consejo de Guerra tal como había sido treinta años antes, las reuniones de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas, el congreso de aquel domingo, 4 de marzo de 1934, en el teatro Calderón, la unión con la Falange. Se

habían sentado entonces los dos juntos, Argamesilla y Beltrán, jóvenes abogados, como Onésimo, como José Antonio. Entonces habían sido grandes amigos, Quinito y Gonzalo, que se habían echado juntos a la calle, disparando tiros.... El Huracán de Gesta del 18 de julio de 1936.

Fuera que el azar iba a enredar bien las cosas, o bien porque Argamesilla mismo había tenido la intención de saludar personalmente a su antiguo camarada, el caso es que, alzando de súbito Beltrán la mirada, sentado todavía en su asiento, vio o creyó ver al presidente allí mismo, delante del pupitre, tendiéndole la mano....

....Por la mente de Gonzalo pasaron ahora otras imágenes.... Fue una fracción de segundo...

.. .Veía en la Calle de las Angustias, en los arcos del Calderón, a un sindicalista dañino a quien había sido encargado de liquidar: fue Andrés Redondo, el hermano de Onésimo, quien le tendió el pistolón....

....Venía en un Balilla con tales pistoleros. La Fuente Dorada, la Bajada de la Libertad. Los camaradas eran cuatro: él mismo sostenía ahora el pistolón en la mano. Un chasquido, una explosión, un disparo... era la misión encomendada, acabar con el sindicalista Ferrer, y en su lugar.... ¡Había asesinado a un niño!

Se levantó temblando del asiento, y se abrazó al presidente del Consejo. - ¡Fui yo, Quinito –chilló -, yo quien maté a tu primogénito delante de aquel mismo teatro donde luego celebramos juntos el nacimiento de Falange Española de las JONS; «El porvenir de España es ineluctablemente un porvenir de guerra» (¿te acuerdas que lo decíamos?) Incluso lo llamábamos "la Revolución que España tiene pendiente", ¡una farsa, una farsa, una farsa! ¡Fue porque temíamos al pueblo que desencadenamos el huracán que causó un millón de muertos! Igual que los fariseos que mataron al Cristo.

No hubo tal abrazo. Fue repudiado por su excamarada, es decir, fue empujado hacia atrás por la policía y los guardas espaldas que protegían al presidente. Le dejaron otra vez solo en su asiento.

Un copioso sudor le baja ahora por la frente (ha olvidado traer el tubo de las píldoras encarnadas, y siente ahora las palpitaciones alarmantes del corazón.) Todo le da vueltas, las paredes, las personas, el tumulto de la sala. Oye lejano el traqueteo de ametralladoras, voces, aullidos, llamadas, sirenas... es la guerra. - ¡Estoy solo – grita -, Anamari, nena, amor mío!

Se levantó haciendo un gran esfuerzo y salió al pasillo.

Afuera se oyen los gritos de la multitud, y de cuando en cuando un disparo, o una explosión, probablemente una bomba de gas. Él marcha despacio, agarrando con mano crispada la empuñadura del bastón; a un lado unos altos ventanales alargados que apenas dejan pasar la luz de un día bastante gris, al otro un muro blanco grisáceo, como un paredón, y algunas

puertas cerradas. El sudor le baja ahora por las sienes, empañándole las gafas. Siente que le está viniendo la náusea.

Al final de la galería hay un inmenso gentío: sombras extrañas que se mueven fantasmagóricamente, una luz gris rosada y una atmósfera que le ahoga. Y siente un miedo atroz, como si supiera que algo muy terrible le acecha, como si se diera cuenta de repente que una vida infructuosa, la suya, se acababa, que estaba llegando, miserable, al fin de su existencia.

Alguien le ha tocado en el hombro. Se vuelve al mismo tiempo que se lleva una mano temblona a las gafas, para enjugarse una lágrima. Hay un hombre de negro, feo y triste como la misma muerte, que está diciéndole algo:

-He recibido órdenes de acompañarle a la comisaría.

Y él abre la boca, siente que se va a desmayar, tiene justo el tiempo de articular: - Si supiérais cuántos años os he estado esperando!

CAPÍTULO 11

Al final del verano Lucio perdió lo poco que le quedaba de vista. Fue aproximadamente entonces que se acabó por completo el dinero que había heredado su mujer del tío Urbano. Durante muchos meses había estado haciendo Dorotea planes para llevarle al oculista, a fin de salvarle la vista, aunque fuera metiéndole unas antiparras que pesasen media tonelada. Pero se gastó el dinero sin que nada llegase a realizarse. Y, como era de esperar, ciego se quedó el pobre hombre para siempre.

Por una de esas coincidencias que se dan en la vida, fue por aquel entonces que también perdió Dorotea el uso de sus piernas. Durante un par de años había estado andando a trompicones, apoyándose en una o en las dos muletas, arrastrando la pierna derecha, que era la que más la hacía sufrir, siempre llena de pústulas y llagas que no llegaban a sanar por completo. Tenía últimamente tan hinchados los tobillos que más que piernas parecían las suyas verdaderas patas de elefante. Pero ella continuaba bebiendo, lo mismo que su marido; aunque en su caso acompañando la bebida de una buena dosis de comida casi siempre grasienta y malsana, y como ya casi no se movía, continuó engordando y poniéndose cada vez más fea.

Su hija la ayudaba a que saliera al balcón, y allí se pasaba la madre cuando podía una buena parte del día. Otras veces ella misma se arrastraba, apoyándose en la muleta y apretando con la otra mano el borde de la mesa, luego una silla, y el batiente del balcón, hasta que agarraba la barandilla de hierro, y se dejaba caer en un taburete que allí siempre había. En el balcón pues se pasaba Dorotea las horas, si hacía buen tiempo, contemplando el esplendor y la miseria de la calle donde, en términos generales, había transcurrido la mitad de su existencia.

Oía desde su alcoba, en la mañana, las campanadas de la catedral invitando a los fieles a ir a misa de seis, y ya empezaba para ella el día. Se levantaba al cabo, se dirigía despacito a la cocina, en una operación que duraba un cuarto de hora; se preparaba un desayuno de achicoria y leche, que tomaba, con un bollo y un chorrito de anís, sentada en una silla junto al poyo que hacía de mesa, (su hija le había comprado un infernillo eléctrico para que no tuviera que encender la lumbre.) Y se volvía a la alcoba, procurando no tropezar con su marido que salía a la calle a aquella hora (él se desayunaba con una copita de cazalla en cualquier bar.)

Unas veces se volvía a la cama la pobre coja, y otras se arrastraba directamente al balcón: dependía de la estación del año y del tiempo que en cada momento hiciera. Generalmente se quedaba mirando por un rato las fachadas de los edificios de enfrente; hasta que tomaba una resolución, y abría el batiente. Entraba una bocanada de aire fresco que contrastaba con la atmósfera malsana del cuarto, donde habían dormido ella y el marido encerrados toda la noche. Se sentaba en su taburete, y a contemplar durante algunas horas la vida y milagros de la Calle de las Angustias. Si se daba prisa en salir, vería a su Lucio cruzando la calle, tratando de llegar a tiempo

de vender algunos cupones a las beatas que entraban para la misa de ocho, pues era a la puerta de la iglesia penitencial, entre los mendigos, que empezaba el ciego sus labores. Luego se iba hacia la Calle Solanilla, pues era ahí donde vendía a sus parroquianos, que pasaban por la acera, para ir al trabajo en oficinas y comercios: unos hacia San Pablo, otros hacia Onésimo Redondo y Queipo de Llano, otros, a meterse por la Calle Esgueva hacia otros puntos de la ciudad. Al fin le habían dado al pobre un empleo fijo: era vendedor de cupones de la rifa diaria de la Organización Nacional de Ciegos.

Feli vivía desde hacía tiempo con José Miguel, en un piso que habían alquilado en el barrio obrero de las Delicias, al otro lado de la línea del ferrocarril. Como trabajaba Feli de obrera en una fábrica, ya no podía venir a ver a sus padres más que esporádicamente, dependiendo del turno que le tocara. Cuando venía se quedaba ya el resto del día con ellos, les preparaba una comida, limpiaba el piso, llenaba la despensa de provisiones, y lo ordenaba todo un poco, dando instrucciones a los padres de lo que tenían que hacer para no desbaratarlo todo.

-Ten cuidado, papá - le señalaba al pobre viejo, cuando le servía unas sopas bien calientes -, te he puesto una cuchara de madera para que no te quemes los labios. - Y él acercaba su larga nariz, pasando la sopa ruidosamente del tazón a la boca, chupándose como podía los pelos de la barbilla para no perder ni una gota. Luego se iba a hacer su oficio de vendedor de cupones a su esquina, o derechito a la taberna, dependiendo de la hora que fuese.

Y madre e hija se quedaban solas en el piso, aquella medio dormida en la alcoba o en el balcón. Era entonces que Feli hacía las compras y subía toda clase de provisiones para que tuviera la madre de qué ir tirando hasta que viniera ella de nuevo al piso. Del padre, aparte del vino, ni se preocupaba: verdaderamente, él se alimentaba del aire. El vino lo subía en abundancia, pues la madre siempre acompañaba el pienso de tintorro.

-No te olvides de **eso**, rica, antes de irte – suplicaba Dorotea, cuando ya se iba aproximando la hora de la despedida.

-No, mamá – respondía Feli.

Así pasaron los días y las semanas. Desde su atalaya veía Dorotea a Lucio recostado contra el muro de la esquina de la Solanilla, con la cachavita colgándole del brazo inútil, su vieja gorra de proletario encasquetada en la cabeza, donde todavía lucía una abundante cabellera blanca, su barbilla pelona sucia, las antiparras, y esa vieja chaqueta de pana de cuya raída solapa pendían, prendidas con un imperdible, las ristras de los cupones del oficio.

-¡Para hoy! ¡Para hoy! – gritaba una y otra vez, con esa voz mecánica que suelen tener los que se pasan los días repitiendo siempre la misma monserga - ¡Que son para hoy! ¡Sorteo de hoy! ¡Llevo el premio! ¡Para hoy! ¡Sale hoy! ¡Cupón de ciegoos! ¡Paara hoooooy!

Cuando algún cliente se paraba para comprarle un cupón, levantaba inseguro la mano derecha, se la llevaba a la solapa, donde se hallaban las tiras de cupones, lo manoseaba todo un poco, doblaba el último cupón de la ristra de encima, y lo cortaba parsimoniosamente con dos dedos. Luego se quedaba con la moneda en la mano, sobándola y retocándola antes de metérsela en el bolsillo del pantalón, el derecho, que la hija le había reforzado con tela fuerte de arpillera a fin de que no le hicieran agujeros las monedas y lo fuera a perder todo.

-¡Para hoooy! ¡Cupón de ciegoos! ¡Saaale hoyy! – volvía a gritar.

Dorotea le miraba como había mirado antaño a la octogenaria churrera, a quien había visto a la postre morir en aquella misma esquina. “¡Oh, la de años que hace de eso ya!” suspiraba, trasegando las encías de un lado para otro con suma melancolía. Veía la cara cadavérica de su marido, las gafas negras de las que salía esa nariz abernjenada y que era lo que más en él se destacaba. Cuando hacía frío, se quedaba contemplándole sin salir al balcón. A veces le veía pataleando o golpeando una alpargata contra el muro para entrar en calor, y entonces se ponía celosa viendo con cuanta agilidad movía esas piernas, verdaderos palillos, dentro de unos anchos pantalones, llenos de siete y remiendos, que le había dado el cuñado hacía años.

“¡Mírale qué suerte tiene!” musitaba.

Pero cuando más sufría, más grande era su tormento, era hacia media mañana: ya habían pasado, y con mucho, las últimas beatas, los últimos funcionarios públicos, que iban a sus oficinas del gobierno o la municipalidad, las últimas doncellas de casas de postín, en dirección al mercado del Portugalete, y ya no iba a haber mucha venta de cupones por unas horas. Entonces veía Dorotea a su marido agarrar decidido la cachava, estirar sus patas esqueléticas y dirigirse piano piano, golpecito tras golpecito, hacia Queipo de Llano y la Fuente Dorada: el Callejón de los Boteros. ¡Qué rabia le daba aquello a la pobre coja, encerrada como estaba en su balcón!

- Ya va el recondenado a la taberna – murmuraba celosa y enojada -, a gastarse los cuatro cuartos que gana, ¡coña! ¡Malaventura te dé Dios, bandido!

Hacia el mediodía, cuando ya empezaba otra vez el movimiento de la calle, le veía bajar la cuesta con paso vacilante, un golpecito aquí, otro allá, el muro de una casa, el bordillo de la acera, dale que dale; y hasta que llegaba a ponerse estirado otra vez en su puesto en la esquina. Colocábase las ristras en la solapa, poniendo a tientas el imperdible, y volvía a gritar:

- P... p... papara hoooy! ¡Hip! ¡P... p... papara hoy! ¡S... sorteo de hoooy! ¡S... sale hoooy! ¡Hip! ¡Llevo el pre... premio saleroso! ¡C... cupón de cieegos para hoooy! ¡H...p! ¡Para hoooooyy! – tratando de imbuír a su cuerpo raquítrico de alcohólico una cierta dignidad profesional.

Por la tarde trabajaba el pobre hombre hasta las cuatro, y si no había vendido todos los cupones iba a devolver los que le sobraban al Patronato, donde le daban nuevas ristras para la jornada siguiente. Una vez cumplida esta tarea, salía de nuevo al aire libre y, golpeando la cachava en la acera contra las fachadas de los edificios o contra los bordillos, entraba en la Acera de San Francisco y se metía en la taberna del Callejón de los Boteros, donde ya le conocían hasta las moscas. – Es mi segundo hogar, hom, ¿qué quieres? – solía decir, encogiéndose de hombros, cuando alguien le decía que qué afición, ¡caramba!, le había tomado a aquella taberna.

En realidad era su primero y único hogar. Allí encontraba a los amigos y amigos, todos de parecida ralea; gente que le quería y a quienes él quería a su modo, compadres entrañables que generosamente le invitaban a fumar un pito, a beberse un trago con ellos, comerse una aceitunita, un mejillón o una patata frita, y a quienes él invitaba a su vez si tenía con qué; camaradas con quienes charlaba cambiando impresiones, tartamudeando las palabras, con quienes se confesaba si venía al caso, o que le aconsejaban si había dificultades; y que venían a menudo a él, como quien va a un oráculo, a consultarle sobre esto o aquello o lo de más allá (su calidad de ciego le daba una especie de aura); individuos de su mismo sexo, que le preguntaban con interés sobre sus cosas, que qué tal le iban sus asuntos (lo poco que constituía ya su vida), con quienes a veces incluso reía, sonreía, soltaba una sonora carcajada o cantaba una jota o una copla flamenca. Todos eran hermanos, cofrades de la mismita cofradía del vino y de la mierda circundante: pura religiosidad, más que la de Nuestra Madre la Iglesia y otras Obras del Dios supremo, trascendental, de una transcendencia allí más real, más tierra a tierra y más profunda que la apuntada por las otras sectas del mundo. El vino y los espirituosos.

Todos los cofrades tenía los mismos gustos y las mismas creencias, liturgias (*sus Credos*); las mismas alegrías, los mismos pesares, esperanzas, confesiones, rezos y ruegos, siempre buscando la esencia en el “espíritu espumoso”.

« No se puede estar solo mientras se haga abundantes libaciones al Señor, *¡Oh, Dios venerable! ¡Oh sangre de Cristo!* »

En fin, pertenecían todos ellos a la misma única raza de bípedos (no hay otros en la tierra) movidos por instintos y supersticiones, como Dios manda. Todos ellos sostenían los mismos ritos, celebraban las mismas o parecidas ceremonias, llevaban a cabo los mismos trabajos, ocupaciones y labores, seguían biblias y coranes de un mismo Dios Verdadero; y a esperar a ver si un día devenían verdaderamente racionales, por casualidad, como el burro de la flauta.

Con otros muchos indigentes (que fueran pobres o paupérrimos) vivía *en el Siglo*, dejándose arrastrar (engañar, ya desde antaño) por los señores curas y elementos de la misma estopa y calaña. Y era el tabernero el Sumo Sacerdote y la taberna su Templo específico. Allí donde se ejecutaba, por añadidura, el acto litúrgico en que todos sobresalían, donde practicaban

(todos al mismo nivel) el único ejercicio donde todos superaban al resto de los mortales, la única actividad cuasirracional que les quedaba, 'la partida', y ¡con qué pericia la ejercían! El dominó, el poker, el mus y el julepe: esas cosas. Artes que ejercían al tiempo que se jugaban unas copas y unas aceitunillas, intercambiando gruñidos y rasgaduras, charlando de sus cosas y llamándose unos a otros "¡macho!" y "¡qué tío!" o diciendo, con el pitillo en a boca, "¡esto es vida! "¡qué estupendo, Chucho!", "¡fenomenal, Bicicleta!", "¡anda!", "¡vamos!", "¡a ti!", "¡jarrea!" y cosas parecidas.

Como le había llegado al Lucio su ceguera poco a poco, había tenido tiempo de ir acostumbrándose al toque de los naipes, una visión vaporosa de los ases, los reyes, las sotas, los bastos, las espadas y demás palos, números y otros símbolos; o a identificar con las manos los agujeritos del dominó, como si tuviera ojos en las puntas de los dedos, deslizado sus manazas como hacen los virtuosos sobre las teclas de un piano. De esta manera, con nada que le dijeran los otros de lo que había en la mesa, nuestro hombre salía adelante mejor que todo el mundo, pues él lo tenía todo muy fijo en la mollera, y al contrario su cara era un cero a la izquierda, sin luz, sin expresión alguna, ni de contento, ni de duda, ni de dolor, nada que pudiera dar al contrincante una idea de los naipes o dominós de que disponía.

– Es un macho, el Bicicleta este! – chillaban sorprendidos sus cofrades.

En resolución, que la vida de Lucio Muñeiro Castro no había cambiado sobremanera con la llegada de la ceguera. Ni siquiera el asunto de la venta de los cupones le había llegado así, de golpe; pues como estaba (ya de antaño) siempre cayéndose y rompiéndose huesos cuando tenía ataques de borracho, y se pasaba temporadas enteras en el hospital, en una de estas ocasiones uno de los médicos que se encargó de devolverle a la vida, como viera que el pobre no veía dos en un burro, se compadeció de él, y le dio un certificado para que fueran admitiéndole en el Patronato (interino, por así decir) y le ayudaran un poco: y así empezó vendiendo algunos cupones, luego ristras enteras. Y es tal el sentimiento de dignidad que hay en el trabajador que ha conocido durante muchos años el paro, que aquello dio al Bicicleta un nuevo soplo de vida: tanto que por algunos meses hasta pareció engordar y estirarse un poquito, cuando día tras día, al anochecido, se le veía por las calles volviendo a casa, sosteniendo las nuevas ristras que vendería a la mañana siguiente, ¡ya ganaba algunos cuartos, caramba! Y hasta pareció aumentar la estima con que le miraban sus comparsas en la taberna.

En fin, que por algún tiempo la existencia del Bicicleta siguió su rumbo, unas veces así y otras asá, pero siempre marcadamente para abajo. Más o menos perceptiblemente se hundía el pobre ciego, incluso si de vez en cuando recibía como un nuevo soplo, un empujoncito hacia adelante, engañosamente, un mero instante. Esto pasa al parecer con toda clase de materia viva.

Ya se sabe, "el hombre propone y Dios despone." Y a aguantar humilde el sufrimiento. ¡Cuántas veces sin que nadie le viera, en un rincón de la taberna, o al aire libre contra el muro de la esquina, le venían al pobre ciego

esos tremendos ataques de melancolía que le habían visitado con frecuencia desde aquellos días de su encierro en una mazmorra durante la guerra! Sentía entonces un cierto anhelo, esa ansia desesperada, un deseo de volver al pasado, esa nostalgia por algo en que creía o había creído, algo que ahora le faltaba y que no podía definir por más esfuerzo que hacía. Ese miedo.

La morriña en fin sobre algo que debería haber sido y nunca fue, que le arrebató inesperadamente la suerte; una felicidad que una vez pareció estar al alcance de su mano y que esfumóse como arena entre los dedos... un día ya muy lejano en que todo estuvo a punto de ser hermoso, y terminó en una pesadilla, ese misterio indescifrable de la vida.

Hacía mucho tiempo que algo se torció. Lo sabía. Se torció y le mordió en la carne. Le quedaba como un sentimiento profundo de anhelo y... una idea de fracaso rotundo. Ignoraba el por qué. ¿Por qué había fracasado su existencia, cómo, cuándo, quién había sido culpable? Había luchado (creía), había perdido... Y le quedó para siempre ese sentimiento de derrota, de derrota total, inapelable.

“¿Por qué?” chillaba. ¿Es que Dios Nuestro Señor le había deliberadamente abandonado, o que en efecto simplemente había tenido mucha mala suerte, o era él muy torpe, qué, qué, qué? ¿Qué había hecho él para merecer tanto castigo? ¿Por qué este inmenso dolor, siempre dolor, dolor, dolor?

En estas ocasiones, sobre todo cuando acontecía que no estaba borracho (lo cual ocurría raramente), sentía que todo su cuerpo temblaba; y no era la tiritona del alcoholismo, que conocía bien, el temblor que precede al delirio; sino otra cosa, una especie de lucidez que empieza siendo, en efecto, un fogonazo, una luz relámpago que va apagándose desde el mismo momento en que se produce..., tal vez la agonía del moribundo. Empezaba la angustia, esa tiritona extraña, no en las manos, como otras veces, sino en las profundidades de su ser.

Era al principio un recuerdo, y en seguida un latido vertiginoso del corazón: parecía que iba a reventársele el pecho, que todo su cuerpo raquítico estuviera a punto de estallar: pedía auxilio, que le sacasen, que le sacasen de aquella mazmorra, de aquel imposible vivir.

Pero no. ¿Pedir ayuda ahora, y para qué? ¿Cómo iba nadie a salvarle a estas alturas, ya? A veces se creía eso de que *Bienaventurados son los Pobres*, y entraba en la iglesia, ahí al ladito. Y mientras rezaba, doblaba la cerviz (*Porque Vosotros veréis a Dios*), iba encogiéndose su cuerpo poco a poco, hasta que se hacía un rebujo, el culo en las baldosas: se agarraba las rodillas, apretándolas con el brazo sano, la frente en un siete de los pantalones de pana; se mordía la muñeca... y de repente se ponía a llorar, cayéndole las lagrimas a borbotones.

Oía una música celestial. Mirábale con pena esa bellísima cara de la Virgen, que no decía nada. No había otros humanos, a esas horas, en la oscuridad de la iglesia parroquial de la Angustias; a no ser unas viejecitas, rebujos negros aquí y allá. Y ¡mira por cuanto!, cuando inundaban su alma esos pesares nadie le veía. Mas le llegaban esos terribles momentos, al pobre, en la soledad de la iglesia, muchas veces. O cuando no había nadie o casi nadie en la taberna, o en la misma calle durante las horas de menos actividad, y que se había olvidado él de que era la hora de la siesta.

Así que pocos fueron los que le vieron llorar.

CAPÍTULO 12

Una tarde de invierno, al entrar en la taberna, sintió Lucio una especie de escalofrío. Siempre le había dado miedo encontrar la taberna vacía; pero hoy presentía más que nunca que no podría soportar la soledad. En efecto, poca compañía podía esperarse en las circunstancias: pues era día de restricciones, en que la compañía de la luz cortaba la corriente por cuatro horas, de tres a siete. Lo notó Lucio al entrar por el olor a cera quemada y ese cierto calorcillo que dan las velas encendidas en un local cerrado más que en otras ocasiones falto de oxígeno.

Procedió a tientas entre las mesas, hasta sentarse en su rincón habitual. Eran como las cuatro de la tarde. Había tenido suerte con los cupones por la mañana, y habíalos vendido casi todos antes del almuerzo; y luego, al comenzar la sesión de la tarde, en seguida liquidó los que le quedaban. Había hecho la caminata al Patronato, donde arregló las cosas para la rifa del día siguiente, y luego a la taberna poquito a poco.

Escuchó atento por un rato, a ver si por casualidad había por ahí algún otro cliente. Nada, no percibió sonido alguno de ese lado. Sacó la petaca del bolsillo del gabán, petaca abultada de badana seca, reseca. Se lió un pitillo con los dedos de una sola mano, la derecha, y se lo llevó a los labios. Luego, tanteando con la misma mano, agarró una botella, llena de lagrimones de cera, que en el medio de la mesa había; deslizó los dedos a lo largo del polvoriento cuello rugoso, arrancó el cirio y prendió el cigarro.

- ¡Juanito! – llamó - ¡Una de clarete!

-Al instante, Bicicleta – se oyó la respuesta.

Percibieron ahora sus oídos el trajín que al otro lado del mostrador producía la persona del tabernero, sus pasos acelerados aproximándose, el ruido depositando la botella en la mesa, un vaso.

Lucio le pasó un duro. Notó que tardaba Juanito en darle la vuelta. - ¿Qué pasa? – preguntó, alarmado.

-Es un duro falso – contestó el camarero.

-A ver – profirió Lucio, extendiendo una mano ávido, agarrando la moneda y llevándosela a los ojos, costumbre que había adquirido durante los largos años de semiceguera.

Entre tanto el otro murmuraba: - Hay que tener cuidao... muchos de éstos... estos días.

-Pos así es, un duro falso, me cago en Dios – articuló el Bicicleta, manoseando la moneda -, sí señor. - Se le había quedado el pitillo apagado, colgando del labio inferior, y una horrible mueca de desagrado había aparecido en su cara esquelética. Se llevó la moneda esta vez a la boca, y la mordió un poquito, como si le quedase todavía la esperanza de que no fuese falsa, que se hubiese equivocado al aceptar el dictamen del tabernero.

El cual esperaba. Lucio le pasó otro duro, recibió distraído la vuelta, y dejando la apagada colilla en el borde de la mesa, empezó a beber. De vez en cuando se metía el dedo índice entre la gorra y el cabello, y se rascaba la cabeza pensativo y pesaroso: cinco dedos templorosos, esqueléticos; de la gorra a la botella, y otra vez el vaso a los labios. Imposible decir cuánto tiempo pasó así; lo que sí que pronto fue evidente es que la botella cada vez pesaba menos.

De súbito sintió cómo la mano izquierda, que pendía inútil a lo largo del tronco, había empezado a temblar; pronto serían las rodillas, y luego ya todo el cuerpo. Encogido y pequeño, doblado en dos, el brazo sano en la mesa, medio metida la cabeza bajo la vieja chaqueta, ocultándose como un avestruz, las antiparras en los dedos, daba el pobre Lucio rienda suelta a su dolor.

Acababan de llegar otros parroquianos. Había sentido una ráfaga de aire frío; luego oyó el ruido de la puerta, los pasos, las voces, el arrastrar de las sillas. Todo lo siguió por un rato con gran interés, imaginándose la escena, pensando en los detalles para distraerse, desterrar otras ideas, como quien se agarra a un clavo ardiente para no hundirse más.

Oyó al cabo que llamaban los recién llegados al mozo, y los pasos de éste, un intercambio de palabras, las frases de siempre. El volcar de una caja de fichas de dominó en el mármol de una mesa.

“Una partida,” se dijo, haciéndose a la idea de que pronto estaría él también jugando con sus amigotes. Y se le representó la escena de la vecina mesa: los pitillos, el chisquero, las manos juguetonas colocando fichas de marfil. Estaba en su imaginación acariciando también él, con los dedos de su mano sana, unas fichas en la mesa. Pero no, ¡la hostia! Lo que estaba tocando era el maldito duro falso, en el bolsillo del gabán.

Le empezaron a temblar tremendamente las rodillas, las piernas, dos cañas agitadas por el viento (¡tac, tac tac!). Y en seguida estaba dando sacudidas con su cuerpo entero: su pecho descarnado contra el borde de la mesa, un buen golpe; la espalda contra el respaldo de la silla otro. ¡Pon pon! ¡Pon pon! Adelante y atrás..., adelante y atrás..., cada vez con más velocidad..., haciendo crujir las costillas, la silla que se descongeringaba bajo sus posaderas, una mano en el bolsillo con su duro, y el brazo pachucho colgando hacia un lado como un pingajo.

Era el momento tan temido del ataque cuando, despierto o soñando, le volvían las imágenes, los terribles sufrimientos de la guerra, aquellos

momentos cuando, con otros españoles, fue objeto de una persecución satánica, feroz: campesinos y trabajadores extirpados en su mayoría por bandas de asesinos, escuadras de la sangre formadas e instruídas por los rebeldes, los conspiradores que habían iniciado la masacre, héroes ahora de la Santa Cruzada, al servicio de la clase propietaria adinerada y largamente dotada para hacer el mal. Y fueron las torturas, los paseos, las cárceles, campos de concentración, palos, fusilamientos... el exterminio de la razón.

Todo lo volvía a vivir el pobre ciego, los crímenes de los rebeldes, la traición de su joven esposa, el encierro; compañeros llevados cada noche al paredón, las fosas comunes, el escapar por los pelos. Y el encarcelamiento, días enteros de aislamiento, y los terribles castigos que aplicáronle a continuación.

Sí, pasaban por su cerebro los sucesos de otros tiempos, la agonía de esperar el momento de la ejecución, los ruidos de los disparos, los pistoletazos, los aullidos desgarrados, desgarradores, de los que caían.... En lugar de llevarlo al otro mundo, que hubiera sido una liberación, a él le habían perdonado; le habían dado una paliza de muerte y lo habían dejado en el suelo de la mazmorra en un charco de sangre.

El fascismo, ¡horror instituído! Y...¡hasta cuándo!, ¿cuándo acabarían de una vez para siempre con él? ¡Morir, morir! ¡Soñar! ¡Tal vez vivir otra existencia! Pero no... ¿por qué le habían dejado a él... le había pasado de largo la muerte?

Se moría, sí. Toda la vida desde **ya**. Sintió a la Muerte esta tarde en la taberna, que le hablaba. Quiso... quis... qq... y sólo salió un grito desgarrador, ininteligible, de su garganta, un alarido prolongado que empezó como un movimiento, un estallido, un golpe que en seguida fue bajando de intensidad, un murmullo... y terminó en un sollozo, una catarata de lágrimas.

Como un autómeta, todavía temblando, agarró la botella del vino para servirse otro vaso, y sintió que no quedaba nada. Volvió a meter la mano en el bolsillo, pensando sacar para otra botella, y otra vez tropezaron sus dedos con el duro rechazado por Juanito.

Un duro falso, ¿cómo no lo había detectado antes, en el momento de la venta del correspondiente cupón? Eso era lo que más le dolía: que se le hubiese engañado así, como a un novato. Luego empezó a hacerse preguntas: ¿Quién podría haber sido? ¿Don Timoteo? No, ése no se hubiera rebajado a eso, funcionario público como él era, estafar a un pobre ciego así. ¿Pues quién?, ¿el señor Fermín, el carbonero? No hombre, Fermín había sido siempre gran amigo suyo. Tal vez la señora Paca. No, que ésa era muy religiosa y temerosa de Dios, ¡cómo iba ella a estafarle así, si ya era muy vieja y tenía que estar pensando en preparar su alma bien, para escaparse del castigo del infierno, que para eso hacía ella los Siete Domingos a San José! Pues don Jerónimo, el cojo, que decían que había sido republicano antes de la guerra. No, imposible: rojo o no rojo ése era muy buena persona: y también de avanzada edad como para pensar en hacer eso

cuando tenía que estar ya preparando su alma a Dios. ¿Pues doña Margarita, la del estanco? No, que ésa no lo necesitaba, y además vendía loterías, y no robaría a un ciego que se ganaba la vida vendiendo cupones. ¿La vieja lechera? No, que ésa fue una de sus primeros clientes y nunca le había faltado, ¿por qué lo iba a hacer ahora? A menos que se lo hubieran pasado a ella en la tienda, y estuviera buscando cómo deshacerse de él. Y así, repasando en su mente las personas y cualidades de los que le habían comprado cupones aquel día, llegó a la conclusión que debería haber sido uno de los no habituales, un estudiante o una criada que habría venido a por un mero cupón. Y encima, coño, que le devolvieran uno cuatro pelas: eso era lo que más le jodía.

Alguien debía haber abierto la puerta de par en par, pues le llegó una bocanada de aire fresco y la música lejana de un violín (era de un ciego que se ponía en los soportales de la Fuente Dorada a pedir limosna con su nietecita.)

En el momento en que dejaba de oír la música, alguien le tocó en el hombro: - ¿Echándote la siesta, Bicicleta? – oyó una voz amiga.

-¡Qué va, Tuerto! – exclamó, animándose un poco. Y añadió, cuando ya el otro deslizaba una silla -: Anda, siéntate y manda a Juanito que te traiga un vaso.

-¡Eh, tú, Bici, que esta botella está vacía! ¿Qué maneras son éstas de invitar? – dijo el Tuerto. Ordenó al camarero que trajera una de tinto.

-A tu salud, macho – chilló el Bicicleta, cuando ya Juanito había suplido la falta (y el Tuerto sacudido la moneda.)

-Pero ¿qué te pasa, majo, que te veo tan triste?

-¡No voy a estarlo! ¡Mira tú! – respondió Lucio, abriendo la mano, en la que, otra vez, tenía el duro falso -. Pa un día que vende uno toa la mercancía, mira cómo me pagan.

El Tuerto agarró la moneda, echándose a reír. – Tamién mira qué casualidad – exclamó.

-¿De qué te ríes, marica?

-Pos de la coincidencia.

-¡Qué coincidencia ni qué niño muerto!

-Pos que a mí tamién man dao una mala moneda. Mírala, que no te engaño.

Lucio cogió la moneda que le pasaba el amigo. - Es un real – exclamó, despreciativo.

-Falso.

-Hom, claro. Se ve a la legua.

-¿No te lostoy diciendo?

- No, si no hay vergüenza hoy día.

-Una beata, seguro – aseveró el mendigo –. Mucho darse golpes en el pecho y mucha hostia, y en luego, mira tú lo que te dan. Si no piensa la gente más quen estafar y hacer el mal.

Lucio se había llevado el vaso a los labios. El vino y la conversación le habían salvado de la depresión. – Aunque mira tú, Tuerto – dijo al cabo -, no se pué comparar un real con un machacante; y además, coño, lo mío es robarle a uno que está haciendo honradamente su oficio.

-¡Eh, aguanta, macho! Oficio, dices – replicó el Tuerto, indignadísimo -. Y te crees tú que yo estaba tocándome los cojones. Pedir es un oficio como otro cualquiera, puñetas. Y más de Dios Nuestro Señor, quen seguida....

-Pero, ven aquí, desgraciao, ¿no ves que yo..., vamos, que lo mío que me lo ha dao el Patronato, no? Soy funcionario por así decirlo, calamidaz.

-Y a mí lo mío me lo ha dao el arzobispo.

-No vengas con chistes, no me jodas, hombre, que no. Que lo tuyo lo que se dice trabajo no es; sin en cambio, yo...- (Estaba Lucio otra vez manoseando la falsa moneda.)

-¡Ay qué leche! Y el estar tol día a la puerta de una iglesia, estendiendo la mano como un pordiosero a ver si alguien te suelta una perra, ¿eso qué es?

-¡Hom, qué es!, ¿qué es?

-¡Hale! ¿Qué es?

-Coño, Tuerto, pos bregar no es. Eso es **pedir**, la palabra lo dice.

-¡Los cojones! Que eso es bregar, claro que sí, Bici. Y bien honrao que se trabajo es, que vas dando ildugencias a los que te ayudan..., siempre ha sido así... desde los tiempos de Matusalén. ¿Pa qué te crees tú questán los pobres?

-Pero los que te compran los cupones, queso es un contrato... ¿quiés decirme quel Señor, qés tan por el derecho y el orden, no va a dar...?

-Que no, Bici, no tempeñes. **Tus** clientes también reciben ildugencias. Eso por descontaio – contestó el Tuerto, y después de unos segundos de reflexión -: pero no digas queso es diferente...

-Habría que verlo – cortó Lucio.- Además. Es lo que yo digo. Que menuda ildugencia que se va ganar el que me haiga dao este regalo -, estaba manoseando el falso real.

-Pos ¿qué? Y si enluego se confiesa.

-¡Se confiesa, se confiesa! Y ¿qué pasa, por un decir, si se muere de un síncope esta misma noche en la cama?

El otro ya no supo qué decir. Estuvo pensando Luico un rato más y, como tenía su honorcillo de trabajador con empleo, comentó al fin: - ¿Sabes tú lo que cuesta? Que lo mío no es pedir. Que menudo el enchufe que hace falta, que pa que tengan algún valor las cosas....

El Tuerto no le comprendió o no le hizo caso. Erre que erre. Mimicó a su compañero: - ¡Sale hoooy! ¡Para hoooyy! Pos si se necesita enchufe para estar tol día repitiendo esa monserga, venga Dios y véalo. ¡Vaya un oficio! Eso lo hace cualquiera. Mientras que pa pedir limosna uno necesita imaginación.

-¡Qué imaginación ni qué niño muerto, bah!

-Que sí, Bici, no me jodas. Y calla que te endiño. Que mestás hinchando las narices. Pos claro que en lo mío se necesita pensar mucho, ¿no has visto la imaginación que tiene uno que derrochar pa decir: “Una limosnita por el amor de Dios, que la Santísima Virgen del Socorro se lo pagará y le dará a usted ciento por uno, que el Señor se lo pague, señorito, y que le dé cien años de prosperidá, ¡ande! socorra al pobre anciano necesitao, por la Cruz que llevó Jesucristo a cuestras en el Camino del Calvario pa salvarnos a nosotros pecadores...” Ahora que según te digo lo uno, también te digo lo otro. ¿Quepués dar la suerte a un cliente? Por descontaio. Que qué requetebién que le sientan a uno los cien duros del premio, pongo por caso.

-¿Tú qué sabes?

Pero no tardó el mendigo en volver al asunto. -Claro que si enluego van a las Calderas de Pedro Botero por dar falsa moneda, ¡menudo cómo me río yo!

Los dos comparsas estuvieron un rato filosofando en esta vena, y Lucio concluyó: - Como tú dices, derechitos a las Calderas de Pedro Botero.

Se sentía cada vez más el alboroto entre las mesas. Acababa de entrar alguien conocido en la taberna; todo el mundo parecía celebrar su presencia. Y casi al mismo tiempo se oyó otro murmullo general de

aprobación, indicativo de que había vuelto la electricidad. En seguida el aire se llenó de un olor a humo y cera quemada.

-Vamos, Bicicleta, ámate, que ya pronto estarán aquí.

-No, si yo animao lo estoy – contestó Lucio. Se había agotado la botella; lo notó nada más cogerla, pero insistió y la inclinó por completo, dejando que le cayeran las últimas gotas en la lengua. Estuvo chupando el vidrio unos segundos.

-¡Hale! – dijo el otro -, no te desesperes, que pa cuatro cochinos días que vamos a vivir.

-Hom, si yo – volvió Lucio a su anterior estado de depresión - ¡Ay qué vida! A veces me pregunto si el Buen Dios no es lo más malo, más injusto y más jodío que hay.

-¡Bicicleta ! – exclamó el Tuerto, horrorizado.

-Si es que – empezó el otro, con voz lastimera – ha sido demasiado duro, demasiado duro ha sido el Buen Dios de los co... con nosotros los pobres.

El Tuerto estaba todo el tiempo haciéndose cruces, supersticioso. – Déjalo – dijo -, no pienses en ello, qué pecao mortal. Y el Buen Dios, como tú dices, ya sabe lo que se hace. ¿Te crees tú que no tiene Él también sus problemas y sus cosas? Y piensas que se va preocupar de unos pordioseros como tú y yo, ¡vamos, anda, qué tamién tiene sus enchufaos y sus preferíos, como todo Cristo. Pero eso no quita, Bici, que tú ¡ten ciudado! Que no somos quienes para enmendarle la plana al Señor, qué se las sabe toas, macho. Y si sigues así un día te va a castigar, que Dios castiga y no a palos, ¿me has entendío?

-Hom, castigar, castigar, ¿qué más castigo que este...?

-¡Calla! Que te he dicho que nosotros no podemos conocer los desinios del de Arriba. Déjalo, que a lo mejor nos tiene reservada la felicidad eterna pa más tarde. Ten cuidao, Bici, que te he encontrao muy triste esta tarde, y enrecuédate que la última vez que te pasó así que tuvimos que llevarte al hospital y ya sabes que te pusieron esos ganchos en la cabeza que menuda la pupa que te hicieron, conque tú veras, si sigues así.

-¿Pos cómo voy a seguir?

-Pos acéztalo, macho, queso ya se sabe. Es la vida una pesada carga, Bici, y es la Muerte quien de ella nos libera; lo dice el catecismo – sentenció el Tuerto, y al cabo - : ¡Mira, aquí están los otros! Vamos a jugar la partida.

CAPÍTULO 13

Estuvo esperando unos momentos en la oscuridad. Al cabo se oyeron tres toques de sirena procedentes de uno de los edificios del complejo, y cambió sensiblemente de ritmo el movimiento en el interior de la fábrica. Salieron por la verja principal unos cuantos hombres en bicicleta, luego un par de autocares llenos de empleados que probablemente se dirigían a otros barrios extremos de la ciudad o a los pueblos. Y finalmente muchos obreros salieron a pie de la fábrica; iban en pequeños grupos, más o menos numerosos. Vio, acercándosele, un grupo de mujeres, probablemente obreras de la limpieza, riéndose y charlando alborotadamente.

Una de las obreras se destacó del grupo, casi una sombra, que vino directamente a su encuentro.

- ¡Hola Jose! – dijo la sombra.

Él la cogió en sus brazos, y la besó repetidas veces en los labios y en los párpados, apretando en sus manos la preciosa cabellera negra.

– Buenas noches, Feli.

El aspecto de José Miguel había cambiado considerablemente en estos últimos meses. Ya no llevaba barba ni bigote, y usaba gafas de concha, en lugar de las metálicas redondas que había usado anteriormente.

Siguieron los dos solos en dirección a las vías del tren, cruzaron por el paso a nivel y entraron en un distrito de pequeñas casas molineras, algunas huertas, e igualmente edificios de tres y cuatro pisos, recientemente construidos. Llegaron a una especie de plazuela donde había un par de bares y tabernas. Entraron en una de éstas.

– Es de un amigo – susurró José Miguel al oído de Feli.

Hacía tiempo que no se habían visto los dos amantes. El país había entrado en una nueva situación revolucionaria, y la represión por parte de la policía política había sido últimamente espantosa. Por desgracia, el movimiento obrero había sufrido muchas bajas. Unos se habían ido. Otros, que por largo tiempo habían estado en la vanguardia de la lucha contra el régimen habían sido capturados o habían caído en el combate. Muchos de los revolucionarios callejeros que habían sido llevados directamente a la comisaría, allí mismo habían sido torturados y a veces vilmente asesinados. Los que habían podido escapar, o bien habían salido a Francia, o habían entrado en la clandestinidad sin jamás cesar el combate. Mas nunca, a pesar de lo difícil de la situación, del peligro que sabían que corrían, dejaron de aparecer nuevos cuadros magníficos que sabían hacia donde iban. Ellos fueron los que tomaron el relevo en las luchas callejeras, en el reparto de octavillas en las calles, los talleres y las fábricas, las universidades, la creación de nuevas imprentas clandestinas. Y todo ello explicaba que gente

como José Miguel hubieran pasado (de ser simples agitadores en las aulas y en las fábricas) a constituirse en pequeños grupos de revolucionarios profesionales, temidos por la dictadura ahora más que nunca, y en consecuencia perseguidos a ultranza y horriblemente castigados si por desgracia caían en las manos de la infame Brigada Político-Social.

Los dos amantes se deslizaron en silencio entre los parroquianos que a aquella hora llenaban la taberna. Una mujer de edad, que llevaba la caja registradora, hizo una ligera seña de reconocimiento, dirigida a José Miguel. La discreción se imponía. Tomaron un par de chatos al objeto de no destacarse y no atraer la atención de nadie. El tabernero estaba sirviendo a una mesa. También éste hizo una seña con los ojos, apuntando discretamente a una puerta en arco, a un lado del mostrador, tapada enteramente por una cortina de abalorios.

Entendió José que le daba el visto bueno el tabernero, y al cabo avanzaron los dos amantes hacia la puerta señalada, pasaron a la trastienda, y enseguida salieron por una apertura a un patio o callejón donde había una serie de casas decrepitas, estrechas y de poca altura. Evidentemente habitadas, pues estaba el callejón lleno de chiquillos de ambos sexos, jugando y alborotando a más no poder. Ninguno reparó en la pareja.

Entraron en una de las casas. En la semioscuridad de la empinada escalera, José Miguel sacó del pecho un montón de papeles, que entregó a Feli diciendo: - Mételos en tu bolsa. Ya te explicaré más tarde lo que hay que hacer.

Al llegar al último descansillo, que se prolongaba en un corto corredor, encontraron que la única puerta que allí había estaba abierta de par en par, y una llave se veía encajada en la cerradura. José Miguel condujo a Feli del brazo hacia el interior del piso y, una vez los dos dentro, cerró con llave y atrancó la puerta con cerrojo. Al instante, y sin poner la luz, se dirigió hacia una ventana de dos cuarterones, del que sólo el de arriba estaba abierto. Estuvo un rato echando una ojeada alrededor. Feli que le había seguido pudo ver, aupándose en el hombro del amado, que se trataba de una calleja más bien solitaria, aunque se veía como una pareja de novios en la distancia. Aparte de eso, sólo el ruido lejano de una radio y las voces de algunos hombres, procedentes probablemente de algún bar vecino, rompían el silencio de la noche. José Miguel cerró por entero la ventana, y solamente entonces encendieron la luz, una bombilla no muy potente que, en una lámpara tipo flex se hallaba por el suelo junto a un colchón más bien viejo y muy usado. Había también en el suelo un cenicero y en él, y todo alrededor, muchas colillas en diferentes estados de consumación.

-Amado mío – dijo Feli -, este lugar, ¿crees tú que es absolutamente seguro? – Se habían quedado de pie frente a frente.

-Feli, preciosa, no hay ningún lugar que sea absolutamente seguro – contestó él. De un armario empotrado sacó un par de sábanas y extendiólas sobre el colchón. Luego tomó a Feli por ambas manos, y los dos se sentaron

con los dorsos contra la pared. – Lo importante es que estemos juntos por lo menos este fin de semana. Tengo tantas ganas de hablarte y de oírte. A veces esta separación se me hace insoportable. ¿Estás descontenta?

-No. Soy tan feliz, sabiendo que me quieres. Lo decía sólo..., bueno que me gustaba más el sitio donde nos encontramos la otra vez. Aquí, parece que hay gente moviéndose por todas partes; la taberna está llena de hombres, y quien sabe si alguno... ¿viste la pareja de grises en la plaza? Están en todas partes.

-Hay una comisaría al lado – dijo él en un susurro; Feli iba a hablar, pero él continuó -: No te preocupes, bonita. A veces no hay mejor escondite que el que ofrece la casa del enemigo, ya conoces el proverbio - Ella dejó caer su frente en el hombro de su amante, la mirada fija en el entarimado, y él concluyó -: ¿Entonces, estás decidida?

-Sí – respondió Feli.

-Tendrás que ponerte en contacto con Conchita; pero no en la fábrica, ¿sabes? Esperas a que termine el turno, procuras salir con ella, y cuando estéis solas, le pasas por lo menos la mitad de las octavillas. Ella sabrá lo que hacer con ellas. Si le es posible las distribuirá en la planta. ¡Aunque le será pero que muy difícil! Ha introducido la empresa guardias jurados que están vigilando todo el tiempo. Bueno, eso ya lo sabes tú.

Ella asintió con la cabeza.

Él continuó hablando en voz muy baja. –El resto, ya verás tú lo que haces con ellas.

-Sí, las repartiré – dijo ella, separándose pensativa -. Claro que no tendré miedo.

-Van algunos folletos también.

-Ya.

-El caso es que se distribuya todo. Luego los mismos operarios pasan las octavillas de mano en mano. De todas formas, no es necesario que se corra ningún riesgo que se pueda evitar.

-Sí – volvió a decir ella.

Y él confirmó: - Las octavillas las repartes en pequeños grupos, con instrucciones que se pasen a otros, o se destruyan en caso de peligro; pero solamente entre obreros con quienes ya has podido determinar cómo piensan, teniendo siempre en cuenta que la empresa ha introducido espías por todas partes, lo repito.

-Tendré mucho cuidado.

-No obstante tú ya tendrás una idea de qué piensa cada uno, incluso si al exterior no se manifiestan.

-Claro, nadie se atreve a decir nada. Pero se puede ver a veces de qué lado tira la gente.

-Pues bueno, ya está dicho todo. ¡Ah, no! Una última cosa. Si oyes algo o sospechas que algo grave va a pasar, por ejemplo una redada, no contactes ni a Conchita ni a nadie-. Hizo una pausa, y repitió -: y dispón del material como convenga.

-Comprendido – dijo Feli, acurrucándose, casi temblando, contra el pecho del amado. Había él pasado un brazo por el hombro de ella, y con la otra mano le estaba acariciando la cara y el cabello. Estaban sentados en el jergón, pero ya no contra la pared.

-Jose – preguntó Feli, dejándose besar - ¿qué pasará si me cogen?

“¿Qué le pasará si la cogen?” pensó José Miguel con tristeza. Nunca se le había representado su amada como más necesaria, imprescindible como compañera, como esposa.... Nunca le había parecido Feli más bella que esta noche; leía en sus ojos verdes relucientes al mismo tiempo que el miedo la determinación, ese doble sentimiento que existe siempre en el revolucionario. Y durante un corto instante él también tuvo miedo: no quería perderla. La apretó contra su corazón, diciéndole que no, que no la cogerían; que era imposible que a una joya así le hicieran ningún daño los matones de la comisaría: no eran el mal absoluto; que no eran tan salvajes, no la matarían sólo por poseer o distribuir folletos u octavillas: la tortura la reservaban esos malditos para otros.

-¿Y tú?

Él no contestó, y ella continuó:

-Yo no quiero que te torturen a ti tampoco – susurró ella -. Y dime, ¿a esas dos estudiantes de filosofía y letras, el mes pasado, qué les pasó?

José Miguel volvió a reflexionar, antes de contestar, con suma tristeza: - Sí, las torturaron, como sabes. Pero escucha. Esto te explicará muchas cosas. Ellas eran del partido. Por eso yo, aunque te has referido a ello, te he pedido que no adhieras por el momento formalmente a nada. Mira, Feli, aunque parezca mentira, incluso en el caso de seres tan dañinos como los político-sociales, hay grados de maldad, y diferentes actitudes según las circunstancias. Si te cogen pegando pasquines o con folletos del partido, vas dada; pero si te pillan con una o varias octavillas en la mano... no llegarán a estrangularte o a llevarte a un sumarísimo, ya sabes, el Tribunal de Orden Público será el máximo, después de pasar por la comisaría, donde no te harán....

-Creo que lo podré soportar – le cortó ella, haciendo una mueca que trató de ser de simpatía -. Y claro que tendré mucho cuidado. ¿Y a los que son comunistas, que les hacen?

-¡Ah, qué les hacen! Sabes, son muy listos esos bellacos y los que les mandan. Tienen listas de todo, y saben perfectamente quiénes somos comunistas. O, si no lo saben en seguida se dan cuenta, lo sospechan... y lo adivinan, no sé cómo. Entonces... entonces si que son durísimos.... Si cae en sus garras un comunista, lo destrozan.

-¿Garrote vil?

-Tú ten cuidado.

-Tendré mucho cuidado – murmuró Feli, pegándose otra vez al pecho de su amante; habían caído abrazados en el colchon.

-¡Mi amor, mi amor, adorada mía! –suspiró él.

Agarrando a su hombre fuertemente y mirándole a los ojos, ella suspiró a su vez -: Tú también tendrás cuidado, ¿me lo prometes? Dime que lo harás, dime que me amas, que me amarás siempre y que no dejarás que te cojan y te maten. ¡Ya no podría vivir sin ti!

Feli se durmió en seguida, pero despertó a media noche, y se dio cuenta que su amante tenía un cigarro encendido en la mano. - ¿No duermes? – preguntó.

-No te preocupes, Feli, yo duermo muy poco. Estaba escuchando, a ver si alguien se mueve en el callejón o en la escalera. Por suerte hay una vía de escape en el tejado.

-¡Ay, Jose! - dijo ella, llorando -. No quiero que te pase nada, no quiero, no quiero. Te necesito.

Estaban todavía en los brazos el uno del otro, como cuando se quedó ella dormida. Es decir la abrazaba él con la mano que no tenía el cigarro. Le pasó ella tiernamente la palma de una mano por el pecho, besándole en el hombro.

- Jose, si quieres podemos hacerlo otra vez – susurró.

Volieron a amarse entrañablemente, tratando de olvidarse de los trabajos y dificultades de la vida. Y se durmieron al cabo, juntos los dos cuerpos.

CAPÍTULO 14

Cuando hacía buen tiempo se pasaba la mujer una parte del día quietecita en el balcón en el medio, por así decirlo, del esplendor y tumulto de su Calle de las Angustias. Ya el mundo se había olvidado de la Dorotea; y no volvían hacia ella la mirada los vecinos ni por éstas. Menos mal que tenía siempre a mano una botella. Así que empujaba el codo, que para eso sí que estaba todavía en forma.

Y mientras tanto observaba el firmamento, un azul grisáceo, a veces, y siempre unos deliciosos pararillos que flotaban en el aire a su lado. Luego contemplaba más allá la estatua del Sagrado Corazón de Jesús, replandeciente en las alturas. Soñaba.

-¡Dorotea! – le llamó una tarde el Santísimo desde su alto pedestal de granito. Abrió los ojos aterrada.

.... por un buen rato no vio nada.

.... oyó el sonido de una campana que iba sacudiendo un hombre en el aire: es lo primero que vio, el hombre y en la mano un palo, y entre los dedos saliendo del palo la campanilla; y en seguida apareció una carreta larga sucia de dos ruedas macizas de madera.

.... sabía que acababa de recorrer la carreta las calles del pueblo.

.... estaba recostada contra un muro; la luz de las estrellas hacía resaltar las formas irregulares de las cosas... la tapia de adobe que la daba cobijo, las siluetas negras de los cardos y otros yerbajos más o menos blanquecinos allí mismo al lado.

.... a lo lejos un campo de trigo o de cebada o centeno y luego ya la paramera, y allá en lo profundo la tierra llana, campos y la oscuridad de unas montañas de muy poca elevación.

.... el muro de adobe era la pared de un cementerio; había una fosa abierta al exterior del recinto: allí donde había visto ella de niña como metían bajo tierra a un 'morito', un recién nacido a quien no había dado tiempo a bautizar, y que por tanto no podía permitir el cura que entrara en el Campo Santo.

.... todo era oscuridad en estos momentos, a causa quizá de la pared del cementerio, o que no había salido la luna, o que se hallaba todo aquello en un pozo muy profundo.

.... la silueta recortada de adobe, el hondo agujero negro, la tierra y los yerbajos.... En todas partes había sombras.

.... las sombras de los sepultureros que conducían la carreta; uno de ellos, que parecía alto funcionario, era el que sacudía la campana la cual seguía sonando... sonando.

....no había nadie más en derredor; pero cuando llegaron los sepultureros al borde mismo de la fosa apareció un anciano envuelto en una capa o capote y el cual se movía temblando, dando pasos aquí y allá; dijo ser el padre de una de las víctimas: muy viejecito él.

.... se había hecho la noche muy prieta; apenas se acertaba a ver la silueta y la barba blanca del anciano, y eso gracias a la luz de una velas encendidas dentro de unas linternas de cuatro paredes de vidrio que a uno y otro lado de la fosa habían colocado los sepultureros.

.... iba y venía el hombre a un lado del hoyo abierto, entre dos de estas linternas, tratando de ocultar sus manos de azogue debajo de esa capa o capote que le cubría los hombros. Era una manta de enea (ahora lo veía.)

.... y era tal su nerviosismo, agonía o locura, que volaba en una sacudida inverosímil el tejido de la manta, un movimiento como el de la vela de un navío en la tormenta.

.... debieron pensar los sepultureros que era el viejo un ser desesperado que iba a arrojarse vivo en la fosa, y lo agarraron y apartaron por fuerza: él les chillaba, salían sus palabras de la boca a borbotones: decía que traían a su hija encinta en el carro y que no la arrojasen en la fosa común.

.... cuando llegó la carreta delante del agujero, entre las luces de las linternas y las sombras de los yerbajos, se oyó una voz que decía: ¡Crespo! ¡Crespo, hijo mío! Y era alguien en el carro, entre los muertos, que así suspiraba.

.... y alzaron los sepultureros a cuatro manos (con la mula a un lado) la parte delantera del vehículo, deslizáronse en la negrura del hoyo profundo los cuerpos ensangrentados de hombres y mujeres y muchachos y muchachas y... una mujer ensangrentada que sostenía en sus brazos un mamoncito recién nacido... sin vida.

.... soltó el anciano de la capa un aullido terrible, siendo sujetado al borde de la fosa por dos de los sepultureros; un hoyo de dos metros a cada lado, y otros dos de profundidad; ya otros dos hombres habían empezado a arrojar tierra con sus palas negras.

.... ¡Doroteaaaaa!

No sabía quién la había llamado, o qué le había pasado. Recordaba que había visto en el azul hacía un instante un montón de pajarillos haciendo un millar de piruetas, y que ella se había puesto a rezar a Jesusito Bien Amado: no la miraba, sin embargo, el Santísimo, que estaba vuelto de espaldas, los brazos a medio vuelo, los codos elevados, los dedos de las

manos tocándose un corazón exteriorizado, tallado en la piedra; no es que viera la imagen desde donde estaba, no lo veía, lo sabía por haberlo visto (en otras ocasiones) allí arriba en su torre, el Sagrado Corazón de quién ella había sido siempre tan devota, la estatua de piedra flotando en un cielo azul, encima de una blanquísima nube que parecía circundar siempre la torre, y un montón de objetos negros voladores..., los vencejos.

El grito de “¡Doroteaaa!” volvió a sonar en sus oídos, y ahora lo recordaba. No, no hubiera podido ser a ella a quien se lo decían; pues nadie la llamaba ya hoy día desde la calle, mucho menos desde el cielo; ni venía nadie a verla a su piso... nadie que le dijera, “¡Hola Doro, qué tal!”.

Era un ensueño, nada más. Era a **otra** Dorotea, bella y fuerte a quien llamaban en las nubes los espíritus o quien fuera. Jesús amabilísimo que todo lo había visto entonces y lo veía ahora. Ella sabía de esa otra Dorotea, una pollita, asesinada en Ampudia. Ahora se lo recordaba desde las alturas, **¡otras** habían luchado! Y ella se había dormido como una ceporra, pensando de repente en aquel verano de la Tierra de Campos, año de 1936. Y le volvieron en el sueño las imágenes.

Recordaba escenas enteras del pasado. Las matanzas junto a los Montes Torozos: aquella pollita a quien habían mandado a la muerte por roja, estando encinta... ¡no!, no estaba encinta... había dado a luz en el calabozo y la arrojaron con el mamoncito al pecho...; y ahora esa otra Dorotea desde el Cielo, sentada a la diestra de Dios Padre, venía a ella, Dorotea Platero, y la llamaba, pedíale que no la olvidase.

Había aquellos días, de vallisoletana fiesta, mucha gente en la calle, y para distraerse, olvidar todos sus pesares, presentes y pasados, la Doro se puso a jugar un juego de la infancia. Empezó a contar, entre los viandantes, cuántos eran los que venían con antiparras en las narices. Tarea imposible. Pensar y concentrar la atención, ya no estaban a su alcance. Era un recuerdo del pasado lo que la había lanzado en ese trabajo. Un recuerdo de cuando llegó la familia a la capital y vivían en un piso de la Calle Esgueva, la casa de enfrente del hospital. Desde el balcón, contaban ella y una hermana, pretenciosas, la gente que pasaba por la acera de enfrente, luego, para hacerlo más fácil, sólo los que tenían gafas, que pasaran por una u otra acera. Luego entraron en competición, transformándolo en un juego. Por un niño con gafas que pasase ganaba, la que lo viera, medio punto, y si era un hombre adulto un punto entero; los militares y guardias con gafas valían diez puntos: y si se trataba de un cura, eran cien. Pero si se veía a una mujer o a una niña con gafas, se perdía todo. Y vuelta a empezar.

“A ver los puntos que hago hoy – se dijo, aplaudiendo como cuando era niña -. Mira, allí viene don Segundo, cien puntos, buen empiece. Y Lucio, que baja ya de la taberna, ciento uno.” Y luego venía un niño con antiparras, y ya no sabía cómo seguía la aritmética. Entonces hacía trampa, y continuaba contando al tuntún. “¡Ay, madre! – decía la vieja inválida, excitadísima -, un militar, ¿cuánto hace eso? ¡Qué cabeza la mía! Si no sé contar. Deben de ser lo menos mil. ¡Mira!, otro sacerdote, y bien gordo y

hermoso que está.” Se tocaba los dedos calculando, miraba, veía algo, volvía a contar, se exaltaba cuando de nuevo veía alguien con gafas, soltaba una exclamación, y hasta que le entraba un dolor de cabeza terrible.

-¿Cuántos llevo, cuántos llevo? – se preguntaba, arrebatada -. Pronunciaba un número, unas veces chillando, otras por lo bajines, sin orden ni concierto. Se llevaba un dedo a la cabeza, se rasgaba entre las greñas, pensativa -. ¡Treinta y seis! – exclamaba.

De pronto, a la entrada de la iglesia, junto al amigo Tuerto, vio una pareja de mendigos que conocía bien: eran marido y mujer; la cual mujer era ciega, o pretendía serlo, y llevaba gafas negras. - ¡Ay, madre, madre! – exclamó agitada Dorotea -, lo he perdido todo. - Y se ponía a roerse las uñas, exactamente como había hecho cincuenta años atrás en su balcón de la Calle Esgueva.

Así pasaba la vida la pobre anciana: unas veces recordaba su niñez, otras los años de la guerra. Si se cansaba mucho o se ponía muy triste, echaba mano a la botella, que nunca andaba muy lejos, y a consolarse como mejor le diera Dios a entender; se pasaba la lengua por las encías, se chupaba el bigote, a fin de apurar la última gota, recostaba su abultada espalda hacia un lado, contra la oxidada barandilla del balcón, y se quedaba quietecita contemplando otra vez el firmamento, los cúmulos blancos, una mariposa, un ave, o lo que fuera.

Y se dormía, y volvía a soñar:

... el herrero que le había dado a su hijo una escopeta, el cura que había estado haciendo listas para cuando hubiera el golpe de estado, los nombres y apellidos de maestros, funcionarios, todos los que sobresalían del campo republicano....

Parecería mentira pero lo recordaba... ¡en sueños! Su existencia de animal enjaulado había hecho que se le agudizasen los sentidos, sobre todo el del oído, y aunque vivía apartada todavía seguía algunos aspectos de la vida del barrio. Y a veces, algunas palabras, le traían memorias, lo relacionaba todo con el pasado. Si cogía de vez en cuando unos vocablos, frases enteras, al vuelo, que como por milagro registraban las neuronas del cerebro, más bien mecánicamente (o ¿quién sabe?) luego las repetía como los papagayos... eran cosas que soltaban las vecinas entre ellas en la acera o de balcón a balcón; y ella lo seguía tan contenta: mejor que si hubiera estado participando en el asunto, cansándose, allá abajo.

Comenzó a interesarse en la salud de unos y otros, con una curiosidad a veces malsana; oía cosas sobre la vida y los acontecimientos del barrio, duelos y celebraciones, risas y lloros, como cuándo se rompía un noviazgo o al contrario, se casaba una pareja que llevaban ya años de compromiso; que habían operado a un tal; los cumpleaños de cada cual; el nacimiento de un hijo, un bautizo, una enfermedad larga y grave, defunciones, funerales y entierros. Imposible decir cómo recogía aquello, cómo se acordaba de todo.

Pero así era. Si veía a una conocida en luto reciente, se decía: “Ya estiró la pata don Leandro. Si yo le veía ya muy viejecico.” O, si veía gente entrando de negro en la iglesia: “Don Vidal, ya se fue pal otro mundo.” Y cómo faltase alguien que estaba acostumbrada a ver a diario, pensaba: “Ya lleva haciendo cama la Eudisia un par de días, ¡a ver si vamos a tener entierro otra vez!” Otras veces era: “Mujer, menos mal, don Timoteo, otra vez yendo a la misa de ocho antes de dirigirse al trabajo en el gobierno. Yo que me temía...”

A ella le hubiera gustado que esa multitud que a toda hora se veía en la calle, esos hombres y mujeres todavía familiares, no la hubieran olvidado así tan por completo, que le hubieran dirigido unas palabras de vez en cuando, un grito, un saludo, “¡Doro! ¡Hola maja, qué tal! ¿Cómo te va?” y cosas parecidas. Pero si no podía ser, pues a conformarse, y a otra cosa. Todo cambia, se transforma, desaparece y muere. Lo sabía muy bien ella, que en su tiempo había repetido con frecuencia aquello de que “en las cosas de la vida el que haya cambio es la más segura.”

Así que, bien que mal, pasaba Dorotea una existencia tranquila, sin preocupaciones mayores. Con una sola excepción: le dolía el que su hijo la faltase así, que no venía nunca a verla. Ignoraba en efecto que Lucito había muerto. Había seguido el pobre el camino del padre, y su afición a la botella había hecho que perdiera el oficio: lo echaron del Diario Regional, donde había entrado, gracias a su tío Santiago hacía como quince años. Y continuó el pobre bebiendo, y a él le afectó aquello mucho más de prisa que al padre; quizás porque lo llevaba ya en la sangre. El caso es que cayó de leucemia, fue de mal en peor, y finalmente pasó a mejor vida. Sólo su hermana se enteró, la cual hizo lo indecible para que no llegaran a saberlo los padres. De lo que sí se enteró Dorotea fue de la muerte de su primo Gonzalo. Fue un escándalo aquello, y muy comentado en todo Valladolid, un abogado famoso, Camisa Vieja, riquísimo, muriendo en la cárcel; pero así es la vida; a veces, cuanto más alta es la subida, más grande es la caída. Aquello afectó a la prima hermana más de lo que se hubiera esperado. ¡Su primito Gonzalo! Y de nuevo a soñar con el pueblo, aquellos años, aquel querubín llegando de Valladolid con los tíos Máximo y Crisóstoma y los otros primos, todos muy bien parecidos; pero sobre todo el segundo, que había sido una delicia verlo cuando llegaba para el veraneo, tan modoso, siempre tan bien peinado, esos ojos tan azules... ¡Ya en el Reino de los Cielos!

CAPÍTULO 15

Los días que llegaba Lucio de la taberna antes de que Dorotea estuviera ya acostada en su alcoba, se daban entrambos unas palizas de muerte. Sería difícil explicar por qué continuaban zurrándose así, pues verdaderamente ya no había nada que les opusiera, como tampoco que les unieran; eran dos polos aparte. Aunque compartían el piso, cada cual se movía en su esfera, sin un roce que pudiera dar lugar a una aspereza de palabra u obra que condujera a la lucha. Cuanto más que Lucio pasaba muy pocas horas en el piso. Pero así es la vida, aun encontrándose juntos sólo de vez en cuando, suficiente era ello para que se podujera esa fricción, y el combate.

Lo más probable es que la misma vida, que algunos dicen que no es más que electricidad, produjera esa chispa: como en la física, positivo y negativo; y a pegarse. La verdad es que cada uno representaba para el otro todo lo malo y dañino que uno y otro habían encontrado en el escabroso camino de la vida, que no era poco, y tenían que sacarlo a palos.

En estas luchas, las fuerzas de los contrincantes estaban otra vez muy equilibradas, puesto que aunque él no veía, ella casi no podía moverse, y aunque a Lucio sólo le quedaba un brazo hábil, como Dorotea era bastante voluminosa, siempre hallaba en ella un bulto a tientas donde sacudir, cuanto más que se oían fácilmente los resoplidos de la pobre vieja.

La arena era el perfecto cuadrado del piso con el apéndice de la alcoba. La estrechez del comedor y la relativa abundancia de muebles hacían que si por desgracia el pobre ciego no acertaba con el primer golpe, su mujer le echaba el guante en seguida, y ya estaba él dado. Como fue el caso una tarde de invierno, al final de los años sesenta, que fue el último que pasaron juntos. Habiendo esquivado un gancho furtivo agarró la mujer la manga del marido y, atrayéndole hacia sí como una ventosa, le dio tal sarta de palos que le bañó la boca en sangre. Cuando al fin logró él deshacerse del abrazo, se dirigió blasfemando a la cocina, agarró con el brazo sano el hacha de las astillas y volvió alzándolo en el aire y dando alaridos de demente. Dorotea que le vio venir con tanta furia, se dejó caer aterrada al suelo y deslizóse bajo la mesa con intención de escurrirse hasta la puerta y alcanzar la escalera.

El esposo, que tenía ahora ataques de locura casi cotidianamente, perdió la conciencia de lo que estaba haciendo, y empezó de repente a **ver** bichos por todas partes. En un momento de alucinación, creyendo que Dios al fin se había acordado de él, devolviéndole la vista, comenzó a chillar, alzando el brazo: - ¡Espanto! ¡Milagro! ¡Ay, que veo! ¡Ya, veo, ya veo otra vez!

La mujer que le vio hacer tales aspavientos y oyó tales alaridos, creyó que en verdad se había operado el milagro, que veía el pobre viejo. Y no

pudo contener el miedo. Estaba tan gorda y temblaba de tal manera que se puso la mesa a moverse, lo que inmediatamente alertó al marido que, sin previo aviso comenzó a descargar el hacha a lo loco, dando unos gritos descomunales. Y en un par de minutos hizo Lucio de la mesa un mero montón de astillas, ¡aquel mueble perfecto de nogal, que había sido su orgullo de ebanista en los años veinte. Dorotea que vio que el huracán se le venía encima, dándose ya por muerta, deslizóse con suma habilidad hacia la puerta del piso, agarróse al mango del cerrojo, y logró abrirla; pero se había aupado tanto para lograrlo que, al abrirla, la puerta misma la echó para atrás, protegiéndola milagrosamente de la embestida del marido; el cual, habiendo oído el ruido de las bisagras, creyó que se le escapaba la víctima, y salió corriendo detrás de ella (como él se figuraba) enarbolando el hacha de guerra, sin cesar un mero instante de dar gritos y alaridos; y, no encontrando nada en su camino, cayó con gran estruendo escaleras abajo, dando un último prolongado aullido feroz. Siguió un silencio sepulcral.

Empezaba a anochecer. El cuarto estaba a oscuras. Dorotea, en el hueco de la alcoba, encerrada entre la pared a la izquierda, el alto lecho a la derecha, y la puerta delante de ella, no se atrevía ni a respirar. Debió de pasar así como una hora. Al cabo empujó un poco la puerta, asomó la nariz, y pudo ver en la poca luz que llegaba del farol de la calle el inmenso destrozo causado por el marido. - ¿Lucio? - llamó, débilmente. Presentía una degracia, un desperfecto más... algo muy horrible.

Estuvo unos minutos sollozando, y casi se le fue la cabeza. No podía soportar la absoluta soledad en que se hallaba, temblando de frío y haciendo pucheros como una niña; y hasta casi se olvidó de que había estado riñendo con su Lucio, al cual ahora echaba mucho de menos, preguntándose qué dónde se podría haber ido y maravillándose todo el tiempo de ver tanto destrozo por todas partes. "¿Qué es esto? - musitaba - ¿Qué significa esta ruina? ¿Qué ha pasado?" Incapaz de levantarse, de magullada que estaba, fue arrastrándose poco a poco hacia el comedor, empujando la puerta, volviéndola a empujar, arrastrándose hasta ver que había una chispa de luz en un rellano de la escalera. Torció el cuello hacia la cocina. - ¡Lucio! - volvió a llamar, cada vez más débilmente y siempre muy alarmada.

A continuación salió al descansillo, estirándose unas veces, y encogiéndose otras, como una babosa o una gorda culebra. La débil luz amarillenta procedente (ahora lo veía) del tercero no le dejaba ver mucho y, hacia lo profundo, la escalera era negra como boca de lobo.

Otra vez haciendo pucheros; se mordió una mano, se llevó la otra a los ojos. Volvió la testa. Desde el lugar a donde se había arrastrado ya no podía ver el interior del piso. Y otra vez tuvo mucho miedo. Se hallaba tumbada en la vieja tarima del descansillo, la barriga en el suelo, las piernas doloridas, tiesas, los brazos hacia adelante, y asomando la cabeza por el hueco de la escalera.

-¡Lucio! - chilló, sintiendo que se le iba la cabeza - ¡Oh Lucio, Lucio, mi Lucio!

Al cabo sintió que alguien llamaba. - ¡Pepito! – le pareció oír. Y una voz infantil que respondía: - ¡Papá! ¡Corre! ¡Hay un hombre muerto!

Todo empezó a girar a su alrededor. Aunque no veía, o veía solamente luces fantasmales, los sonidos los percibía claramente, cada vez más altos, cada vez más cerca. Vio un remolino de estrellas. Puntos brillantes en sus mismos ojos, como volando. Formas opacas que se movían vertiginosamente.

-¡Oh Lucio, mi Lucio! – volvió a llamar, y se deshacía en lágrimas.

Sólo entonces se dio cuenta de que estaba sangrando en el hombro. Mucho dolor y mucha sangre negra. Oyó de repente la voz de un hombre. Vio luces como chispas. Percibió el movimiento de unas sombras, siluetas. Más voces. Cerró los ojos, murmurando una oración. Le volvió el dolor en el hombro, la espalda, luego el cuerpo entero. Abrió la boca para decir algo, pero no le salieron las palabras.

CAPÍTULO 16

Han pasado dos años. ¡Quién hubiera creído que se habría de agarrar la Doro así a la vida todo este tiempo! Pero ahí está, respirando todavía, en el segundo piso de la vieja casita de la Calle de las Angustias, de la cual ni una vez ha salido a la calle. Un día y otro, poco a poco, gota a gota va consumiéndose su existencia, transformándose lentamente, haciéndose cada vez más decrepita. Pero, por el momento, todavía existe: Dorotea Platero Jiménez, la misma persona individual que nació en Tordehumos de Campos en el año tres. Aquí la tenemos, vivita y coleando todavía. Hasta que le dé un día un patatús y pase a ser materia viva de otra especie, descomposición, putrefacción, bacterias dando alimento a otras vidas.

Pasa la Doro su vida en la cama turca, que es la suya desde la muerte del marido; justo para estar junto al balcón, a donde le saca de vez en cuando la hija si hace buen tiempo. Pues ella es incapaz ahora de hacer nada por sí misma. O casi nada. Sus necesidades a veces las hace sola. Luego tiene que venir alguien a limpiarla.

Desde la cama turca al balcón no hay más que un paso. Mas ni siquiera eso puede hacer sin ayuda de su hija o de Abundio, a quien Feli ha dado una llave para que venga de cuando en cuando a atender a la anciana.

Sea por el egoísmo de toda persona inválida que teme la soledad, o bien porque aún le queda en el cuerpo algo de ese sentimiento superior que en los humanos se llama amor, se siente muy unida a su hija; jamás había sentido ella por nadie nada parecido, o al menos eso es lo que se figura.

-¿Cómo vas, Feli hermosa? – le pregunta cuando la oye toser -.
¿Todavía con esa tos?

La hija le responde que va bien. Es una mujer Feli muy diferente de lo que era. Ya tiene treinta y siete años. Desde la muerte de su padre ha vuelto a la Calle de las Angustias, ya que, por otra parte, su novio hace tiempo que pasó a la clandestinidad.

-No te olvides de sacarme al balcón, maja, antes de volver al trabajo.

-Hace mucho frío, y ya has estado media hora.

-Pues otra vez.

-No. Que voy a volver tarde. El domingo salimos a sentarnos juntas, las dos, un buen rato.

-¡Frío! Y ¡el domingo! Siempre alguna disculpa. Ya sabes qué es lo único que me queda, mirar un poco a la calle.

A menudo la deja su hija sentada en una silla junto al batiente del balcón, contemplando, a través del vidrio, las fachadas de las casas de enfrente, el cielo, las nubes que pasan, sabiendo perfectamente que después de una hora en la sillita la pobre se volverá a la cama. Que eso sí que lo sabe hacer.

Más comúnmente se pasa la vieja las horas en la cama turca, despierta o durmiendo, pensando o soñando. Oye el trajín de allá abajo, en la calle; se dice que debería haberle pedido a la hija que dejara el balcón entreabierto, para percibirlo todo mejor, los ruidos, las voces, y ese olor ahora nuevo del tráfico. Se siente menos encerrada si está el batiente un poco abierto.

Parece mentira, pero echa de menos a Lucio. Nunca lo hubiera creído. Cuando vivía, últimamente, el marido hasta le daba asco. Pero ahora, era como si le faltase una parte de su propia vida. Y era siempre algo positivo de su hombre y de sus relaciones con él que le venía a la memoria. Se le representaban aquellos primeros días cuando le conoció yendo a por el vino de su señorito, allí en el Callejón de los Boteros; llegaba a la Fuente Dorada, entraba por el zaguán de un corral, pasaba al patio empedrado: en efecto, como un callejón, con la alcantarilla abierta en el medio por donde corría el desagüe, dos columnas de piedra, tres o cuatro casuchas de vigas de madera, ladrillo y cal, y el rincón a mano derecha que constituía la entrada de la taberna, un enorme establecimiento siempre lleno de gente. Allí encontraba a Lucio, pegado al mostrador, con su gorra madrileña, su pañuelo blanco alrededor del cuello y el pitillo pegado al labio o entre los dientes: le había ofrecido una aceitunilla que ella se comió, y él había cogido el tito fresco entre dos dedos, apretándolos, y ¡zas!, había salido el huesecillo volando como un proyectil. ¡Cómo se rieron los dos juntos! ¡Ah, sí, era un hombre muy gallardo y ella le había querido mucho! Y no era verdad eso de que era un borrachín ya entonces; y tampoco era cierto lo que decía la gente, últimamente, y que se odiaban y que se habían pasado la vida luchando, haciéndose daño uno a otro.

Es decir, a medida que pasaba el tiempo, desde su muerte, imperceptiblemente, la imagen que tenía de Lucio iba espiritualizándose, haciéndose cada vez más hermosa. Era un Lucio bello, ideal, el que se le representaba, y a quien llamaba, y a quien a veces tenía delante de sí, al que podía hablar, tocarle casi... algo así como le había pasado (¡tanto tiempo hacía!) a la propia señora Amparo, viuda eterna, que había tenido a su difunto Ricardo presente durante tantos años.

Era su esposo, su media naranja todavía, ¡pobre Doró! A veces, en tales momentos, ella le llamaba llorando, llorando mucho, diciéndole que por qué se había ido, que volviese, que le esperaba y que comenzarían una nueva vida. No era infrecuente que se le representase aquel último día, borrados ya de su mente los detalles más escabrosos, aquella riña feroz, los insultos y los palos: se veía a ella misma desmayada en el sucio entarimado del descansillo, buscándole, añorando: las garras en los peldaños más próximos, la mirada fija en el agujero negro por donde él había caído; y le gritaba que atendiese, hombre, que le extrañaba mucho ese silencio, y que

ahora iba, a buscarle, que llegaba, para ayudarlo, y que era ella quien le hablaba, Doro, que iba a bajar para abrazarlo, sacarlo de aquel pozo inmundo; le auparía, se agarrarían al pasamano y subirían despacito para que estuvieran los dos juntos en el piso que lo tenía ahora muy curioso, y que iban a hacer las paces, y otra vez serían felices. - ¡Lucio, mi Lucio! ¡Lucio, mi Lucio!

O se ponía a hablar con él, ya muerto, en el cementerio, figurándose que se había hincado de rodillas junto a la tumba; y le preguntaba que si no tenía frío en el hoyo, solico, desnudo y con la tierra encima, negra, húmeda, llena de bichos. Y le daba pena de él si oía la lluvia en el piso del balcón, preguntándose si no oiría él también el golpe de las gotas de agua en la tapa de su caja de difunto. “¡Ya pasto de los gusanos!” – se decía. Y empezaba a rascarse el cuerpo, pensativa. Siempre la idea de que un día sería devorada por esos bichos asquerosos bajo tierra la hacía estremecer de miedo. Mucho más le horrorizaba aquello que las imágenes de un hipotético infierno de Lucifer, tan horroroso, que le habían inculcado los curas y monjitas en su infancia y juventud.

Oía las campanadas de la catedral. Las nueve. Las diez. Las once. Mediodía. Cada hora, cada media hora, cada cuarto. ¡Qué lentamente pasaba el tiempo! “Peor hubiera sido – pensaba – si me hubiera tocado quedarme todo el día en la alcoba.” Aquí al menos, en la cama turca, el coco junto al balcón, veía el cielo, de vez en cuando una nube, hojas mustias perseguidas por el viento, un pajarillo, un vuelo, un gorrion que se parara en la barandilla de hierro; luego en el suelo del balcón montones de ellos, si es que Feli no había olvidado dejar unas miguitas de pan. Oía los bocinazos de los autos, las sirenas de las ambulancias o de la policía, los gritos de los vendedores ambulantes, las llamadas de los vecinos desde otros balcones o desde la acera: las prisas de los hombres, las charlas de las mujeres, las risas y los lloros de los niños, todo un mundo. Y se figuraba que estaba ella también allí, en el medio del cotarro, parte y esencia del barullo de la Calle de las Angustias.

Cuando en la parroquia sonaban las campanadas de media tarde, se decía: - A la novena -. Y agudizaba el oído a ver si oía voces y reconocía alguna. Para saber de quién se trata, quién es el que se para a dar una limosna a los mendigos, quién llega en coche, y si es éste militar o civil, quién es el rezagado y quién es el que sale antes de que termine el oficio. Todo eso lo calculaba ella, y más (aunque parezca mentira.) Si había teatro o cine en el Gran Teatro Calderón, o si no había nada. Estaba atenta a las conversaciones a la salida de la medianoche, cuando una parte del pueblo dormía. “La Margarita hija, que ha ido con su marido – se decía -. ¿Qué película habrán visto?” Y oía al sereno, corriendo a abrir la puerta a algún olvidadizo en alguna casa próxima.

Y naturalmente no se le escapaba detalle cuando había un barullo de los grandes, entierro, boda, bautizo. Se ponía muy triste cuando oía las campanas de la parroquia tocando a muerto. A veces las procesiones, los desfiles, una manifestación de adhesión al régimen. Oía las voces, los pasos,

los gritos, los rezos, y se le antojaba que estaba allí con ellos, celebrantes o procesionistas, o en el medio de un cortejo, dándole el pésame a los parientes de un difunto.

Por casualidad, tenía el autobús parada allí mismo, esquina a Solanilla; antes era el tranvía, pero habían quitado esa línea para poner el autobús: lo había visto a menudo últimamente desde el balcón, y ahora que no lo veía se lo imaginaba llegando: el ruido del motor, los frenos, el movimiento de la gente. Ya sabía quien bajaba y quien subía, dependiendo de la hora que fuera y que tenía en cuenta siguiendo las campanadas de la catedral. – Don Vidal, que va al trabajo – se decía si eran las nueve de la mañana. Y hasta se acordaba de cosas más complicadas. – La señora Engracia al hospital – murmuraba, tristemente – otra vez la pobre a ver a la hija enferma de cáncer. ¡Ay, que enfermedad más mala es ésa!

A fuerza de vivir sola y no hacer nada, había alcanzado una cierta pericia en sus cálculos y figuraciones. Todo lo adivinaba. Y se excitaba, respondiendo a los ruidos, como si una corriente eléctrica ascendiera desde la vitalidad de la vía pública hasta su cuerpo ya moribundo, un poco como dicen que ocurre con los gatos que sienten venir a sus amos cuando aún están a uno o dos kilómetros de distancia. Pues así sentía ella, por ejemplo, la llegada del autobús, no porque oyera el ruido del motor; era puro instinto, antes de que empezara el ronroneo (y no era porque la municipalidad hubiera logrado establecer nada que se pareciera a un horario preciso) ya lo veía ella en su imaginación; y con los oficios, las misas, las novenas, pasaba otro tanto; hasta presentía, antes de las campanadas, que el reloj de la torre iba a dar las horas, o las medias o los cuartos.

Mucho de lo que ahora le ayudaba a pasar la vida, tumbadita en su cama turca, lo había ido aprendiendo poco a poco en sus años de inactividad forzada cuando todavía le quedaba una chispa de movilidad y salía a menudo al balcón, y chillaba a unos y a otros: “¡Eh, don Timoteo, a la iglesia a confesar y comulgar antes de ir a la oficina! ¿Verdad?” “¿Qué, María, vienes de la plaza, mujer? ¿A cómo están hoy las patatas?” “Don Leandro, le veo muy solo, ¿ya estiró la pata la mujer?” “¡Marcela, muy atareada te veo!” Y cosas parecidas. En todo lo que se había interesado entonces, se interesaba ahora, su subconsciente. No sólo era el cotilleo sino que, a veces incluso en el estado de la economía y en lo social parecía interesarse. Si había cazado algún día al vuelo frases que repetían los obreros en el paro o las mujeres que salían de las tiendas y protestaban de los precios de las cosas, ya lo registraba ella en su cabeza, y luego lo repetía cuando venía a cuento, como los papagayos.

En su camita, estos días, le salía todo aquel conocimiento a la superficie como algo que se ha medio digerido y regurgita para una segunda digestión, como hacen los dromedarios y otros rumiantes. No era un mundo extraño el que le resucitaba en su cabeza en tales ocasiones. Eran cosas de su Calle de las Angustias: lo había vivido ya mil veces, y si no se hallaba físicamente en medio de todo ello (encerrada en su rincón), como se le habían agudizado de tal forma algunos sentidos, como el oído y el olfato, no

le era difícil imaginarse en general lo que pasaba, completando los detalles con una facultad, imaginación, que nunca le había faltado. Cuanto más que la materia, la masa está hecha a todo momento de los mismos elementos, ingredientes, y, entre los animales racionales, siempre o casi siempre ocurren los mismos movimientos, los mismos pensamientos, espíritu: pensando, haciendo y esperando hoy lo mismo que ayer y lo mismo que será mañana. Y si la pobre se cansaba mucho haciendo cálculos e investigaciones mentales, como a menudo acontecía, agarraba la botella, que su hija le había dejado a orilla de la cama, echaba un trago, y se volvía a dormir.

La despertaba un horrible chirrido. - ¡Ay madre! - se decía -, tiene razón la Feli, ¿cuándo engrasarán esos frenos? – Y sentía otra vez el olor del petróleo.

Con todo, esos ruidos, esos olores, las voces, las llamadas, el tumulto de la calle allá abajo, el vuelo de las aves que desde su almohada a veces contemplaba... eran cosas que ya pertenecían al pasado para ella; prueba de que se le estaba yendo la vida. Y lo sabía. Irremediablemente se le iba.

Incluso si ella hacía todavía un esfuerzo por estar ahí, en su casa, su calle, con los suyos, los que le quedaban; incluso si hacía la pobre lo posible por agarrarse a algo tangible, como un náufrago que en el medio de una corriente, una tempestad, sosteniéndose desesperadamente, unos momentos, pegado a un flotador, un madero, un tronco de árbol muerto..., la verdad era que Dorotea Platero había ya cesado de existir, o casi.

CAPÍTULO 17

A menudo era el ruido de la escalera lo que atraía su atención, devolviéndole ese algo de vida: el cartero llamando desde el portal, o alguien que venía a ver a los del tercero, o que se paraba en el primero. Debido a su proximidad física seguía bien los asuntos de los vecinos, especialmente de los de arriba, que se hallaban a menudo en el piso. Y así, aunque ellos no se dignaban nunca a hacerle una visita, para ver si se le ofrecía algo, se conocía casi de memoria sus vidas. Desde su cama turca oía los pasos en el techo de su habitación, y ese mero detalle le decía más a Dorotea que lo que pudieran contarle todos los libros habidos y por haber sobre la vida en común y las relaciones matrimoniales. Sabía a la hora que cada uno se levantaba, quién se sentía bien y quién se sentía mal, quién de los dos preparaba el desayuno, y quién el almuerzo y quién la cena; y cuánto duraba cada comida, lo que comían cada día, y si les sentaban bien los garbanzos o tenía que levantarse él a por el bicarbonato de soda, o hacer ella un par de tazas de manzanilla; y mil cosas por el estilo. Si a veces el ruido de los pasos y las sillas, con ayuda del sentido del olfato, no bastaba, con una palabra que cazara al vuelo, suplementaba la información y tan contenta; y más aún si había luchas y chillidos o alguna otra clara manifestación de lo que estaba pasando. Si les oía salir, bajando la escalera, por el silencio en que iban, o alternativamente la conversación en que estaban enganchados, ya sabía Dorotea si iban amigos o riñendo todavía; y a veces incluso se enteraba de hacia dónde se dirigían: el cine, un café o de paseo, o si pensaban hacer una visita a unos parientes o conocidos. No siempre se enteraba de todo, desde luego, pero casi: lo suficiente para ir tirando. En enfermedades era una experta. Si uno de los dos hacía cama, en seguida se enteraba; y ya estaba averiguando, por los pasos, quién de los dos era. Luego ya, cuando oía subir carraspeando al médico, que era un fumador empedernido, seguido unas horas más tarde por el practicante, ya podía con bastante seguridad calcular de qué enfermedad se trataba. Así que, con unas cosas y otras, casi como si viviera con ellos, allí, metidita en el tercero. Le hubiera gustado, naturalmente, que al menos en tales ocasiones se hubiera dignado bajar uno de ellos, para decir que el otro andaba mal, y que le hubiera ayudado a subir los peldaños para que ella pasase unos momentos con ellos, según estipulan las Obras de Caridad, "el cuarto, visitar a los enfermos." Pero si no podía ser, no podía ser. Y a conformarse. Menos mal que tenía ella al Abundio. El señor Fermín, el carbonero, se había muerto, pero Abundio continuaba en la carbonería. Y Fermín el hijo había venido a razones con la Feli, que había subcontratado por unas horas al día al inocente, para que subiera a ayudar a Dorotea para limpiarla, cambiarle los pañales y ayudarla a ir al vater andando andandito, para aguas mayores; y luego hacía un poquito de limpieza. Ya tenía Abundio treinta y tantos años, aunque todo el mundo le trataba aún de muchacho. Dorotea le veía desde su cama turca, trajinando entre los muebles con la escoba, soltando a veces unos vocablos incomprensibles entre babas y escupitinajos. Pero ella le entendía bien, o por lo menos sabía a lo que se

refería; y sabía también que era un hombre magnífico el Abundio, y una agradable compañía.

Cuando llegaba Feli por la noche sentía Dorotea un regocijo enorme, y se decía: "¡Cuánto la quiero! Esta Feli es un ángel."

Por las noches, como no estaba cansada, apenas dormía. Oía los últimos rumores del tráfico, los silbidos del viento y el azote de la lluvia, según la estación del año, así como el croquear de las cigüeñas en la torre de la iglesia cuando llegaba el buen tiempo, o bien el piar de un pajarillo allí mismo, en el balcón, hacia la madrugada. Luego ya sentía como se levantaba su Feli; la oía en la cocina preparando el desayuno, y a continuación ordenándolo todo, antes de salir al trabajo. La veía venir con la bandeja al comedor.

-Aquí te lo dejo todo, mamá, para cuando te aupes tú sola más tarde.

La oía bajar las escaleras corriendo. Y ya todo el día sola. De vez en cuando oía las sirenas de los carros del ejército, o de la policía armada, el correr de las motocicletas o el claqueteo de la caballería; y sentía mucho miedo. La guerra la había marcado. Imágenes del pasado le volvían a la mente, y la aterraban: iglesias y casas del pueblo ardiendo, los pistoleros bajando las calles en autos a gran velocidad, disparando pistolones y metralletas al aire: y ella misma perseguida y torturada, enseñada por las calles en una plataforma como animal enjaulado.

"¡Un mundo mejor, bah!" suspiró, recordando una frase que había oído en su propia casa un domingo, hacía tiempo, en que Feli había traído a sus amigos, cuyos nombres todavía recordaba, es decir, algunos de ellos, José Andrés, Begoña, Alejandro. Debía de haber hecho un esfuerzo extraordinario para recordarlos; o quizás era que le traían a la memoria, esas reuniones, los acontecimientos de otros tiempos, antes de la guerra. Y pensaba en otras gentes a quienes había oído decir las mismas cosas; dos nombres principalmente le venían a la mente, Justino y Casimiro, y no sabía por qué.

Y vuelve a oír las sirenas. Sabe que algo pasa. Por un lado se alegra. Aunque ya no es más que una torpona, una vieja inválida, sabe que la gente es consciente de que España no funciona tal como debiera funcionar, y sabe que hay hombres y mujeres, como los amigos de su hija, que se dan cuenta de que las aspiraciones de los trabajadores no corresponden a las de sus gobernantes, sostenidos por los ricos; y que, por tanto, podría mejorar su condición la clase obrera, obtener una vida mejor para toda la nación, solamente luchando, si verdaderamente quisieran hacerlo... con sus propias manos..., ellos mismos, el Pueblo, cambiando muchas cosas que hacían que hoy día el mundo era peor de lo que podía ser: "Un mundo mejor - volvió a decirse -,no el de los curas, ése que dicen que existe Más Allá, el embeleco de que hay que preparar el alma para la otra vida, el Cielo, ¡bah! Ésos, si creyeran en lo que predicán, no estarían siempre tragando y jodiendo al prójimo a fin de pasarlo ellos bien, aquí en la tierra."

Pero también sufre mucho, pensando en esas cosas. Por su hija. Oye que hay jaleo en las calles. Piensa que le puede pasar algo a la Feli. Sí, es muy valiente. Muy valiente y muy generosa, la juventud. Dicen que insumisa. Es que no aguantan ahora tanto como aguantaron ellos, en su tiempo. No les importa morir. Una vez incluso oyó (una noche, desde su lecho en la alcoba), oyo que decía uno de los compañeros de su hija muy quedo a los otros, que la violencia del gobierno había que combatirla con bombas.

“¡Ay, mi Feli!” suspira.

Cuando vuelve la hija por la noche al piso nota, a veces, que no viene de la fábrica, que ha estado en un mitin. Lo nota por el olor a tabaco que trae en las ropas, y porque viene muy tarde.

Está entonces tan rendida su Feli que, después de una cena ligera, se va directa a la cama, y en seguida se queda dormida. Desde su cama turca Dorotea oye su respiración tranquila, unas veces, agitada, otras.

-Feli, majuca – murmura zalamera cuando ya es la mañana y está ésta para salirse al trabajo -, ten cuidado. Si supieras la de ellos que murieron en la guerra. ¡Ay madre, no te arriesgues, hija!

Si llega Abundio ese día y hace bueno, vuelve Dorotea a salir al balcón. Pero el muchacho del carbonero está un poco enfermo estos días, y no le queda más remedio que esperar, si el pobrecillo está haciendo cama.

“¡Mañana!” se dice.

El domingo, de todas las formas, la sacará la Feli. Muy abrigadita, apoyada en el hombro de la hija, llega hasta la banqueta, y allí se pasa una hora contemplando la ciudad. Ahora está menos gorda, y se arrebujá como una ancianica, pegada contra la barandilla, siempre mirando hacia el lado de la iglesia, que es el que más le interesa; no sólo porque allí ocurren más cosas, sino también porque así se siente más cerca de Dios. No cree mucho en la religión, pero ella ha sido siempre muy contradictoria, Dios o el Diablo, para ella es lo mismo, según le toque. Por lo demás, continúa teniendo mucho miedo a morir y a los gusanos. Un pie ya en la tumba, y... ¡que se agarre así a la vida! Parece mentira.

Feli le ha comprado un tiesto de geranios, para animarla, y en la primavera se llena aquello de olor y frescura. Contempla las encendidas flores pensando en su tierra. Se imagina los campos, tan deliciosamente limpios y coloreados, que tan en seguida se llenan de flores blancas, rosas, amarillas, azules, la flor del trigo verde azulada, y luego, más tarde, las deliciosas espigas doradas, y cientos de amapolas. El recuerdo de los negros espantapájaros la hace temblar un poco, ¡quiere tanto a los pajarillos!

Un día su hija, pensando que la haría feliz, le preguntó: - ¿Qué te parece, mamá, si te llevo al pueblo, con las primas? Allí no vivirías tan sola, y

yo iría a verte de cuando en cuando. Ya sabes que se han ofrecido, y que Tasia todavía está muy activa y es muy cariñosa, que está deseando que vayas. Y Gracina, Epifanía y Melecía, que todas viven en el pueblo todavía.

En un instante pasaron mil imágenes por la mente de la madre: las primas, el pueblo, las casas de adobe, los campos de trigo, la libertad... corriendo como un gamo, saltando tapias, entrando en huertas y palomares, subiéndose al castillo, el mundo entero a sus pies... ¡Qué felicidad! Los tejados de las casas, los caminos de tierra rosada, la ermita, la llanura... Volvía a ser la niña Dorotea Platero Jiménez tan bella, esos pómulos rosados, esos labios abultados, esos ojos color de miel, y las trenzas largas tan negras.

- No, Feli, hermosa – contesta a su hija, con un suspiro prolongado y triste -. Nada puede darme el pueblo ahora que ya soy vieja y torpe; y además...

-¿Qué?

-Pues eso.... Nada puede haber en Tordehumos que sea tan hermoso como este recuerdo que me queda de todo ello.

-Y a mí que me parece que es al contrario, que te ayudaría todavía... más, a recordar, quiero decir, y... y, pues eso, a revivir, a volver a vivir todo aquello.

-No insistas – cortó Dorotea, impacientándose; luego, arrepentida, continuó, cariñosa -: No sé, hija. Puede que tengas razón. Pero tengo miedo. Así, en el recuerdo, me parece todo tan lindo. Estoy segura que allí fui... fui un día muy feliz. Y no sólo en la infancia, ¿sabes?

-Pues entonces, ¿de qué te da miedo?

-No sé, hija – volvió a decir Dorotea -. Me da miedo de que otras cosas me vengán al pensamiento. Pienso mucho aquí sola, estos días, ¿no sabes ?

-Claro. Pues por eso lo digo. Bueno, si no quieres, vamos a dejarlo.

-No. No quiero. Es decir, quiero quedarme con los recuerdos, dejarlos estar. No me hagas... (en un Tordehumos tan cambiado como debe estar...) que aún más sufra, que con unas cosas y otras se me olviden... aquellos momentos, el recuerdo. Es lo único que me queda.

CAPÍTULO 18

Sabía que, sin ella, su madre hubiera dejado de existir ya hacía tiempo. El conocimiento de que era una ayuda imprescindible, y que hacía todo lo que podía, le llenaba de satisfacción: era su madre y la quería. Pero, al mismo tiempo, su nerviosismo iba todo el tiempo en aumento. Ese miedo, ese cansancio infinito, llevábala poco a poco a un estado de desesperación extrema, de agitación y ansiedad que, si no le ponía pronto remedio, iba a acabar con ella.

Como en todo ser humano había en ella un elemento de egoísmo: somos una contradicción, y resolviendo esa contradicción vivimos y al mismo tiempo morimos.

Amaba y respetaba a su madre, pero estar sujeta a la obligación de atenderla cotidianamente, casi sin descanso para ella, representaba un sacrificio inmenso, un trabajo que a veces le parecía insostenible. Cuanto más que primero venía el trabajo de la fábrica. Si no, no podrían vivir.

En efecto, estaba viviendo Feli Muñeiro Platero aquellos días unos momentos prolongados de angustia. Poder ver a su compañero representaba un esfuerzo y una aventura casi imposible de llevar a cabo, con el resultado que cada vez le veía menos, y los momentos que pasaban juntos eran tan precipitados que ni siquiera tenían tiempo para hacer el amor, pasar juntos toda una noche; eran visitas relámpagos, en un descampado o entre unas ruinas en el campo, como ocurrió la última vez que estuvieron juntos, en una iglesia mozárabe junto a un pueblo que llamaban San Cebrián. E incluso, para poder hacer esta escapada, había tenido que darse de baja en el trabajo y pedir a su amiga Conchita que, por favor, viniera a atender a su madre, aunque no fuera más que unas horas aquel domingo (generalmente eran los fines de semana que esto ocurría, y así no dejaba el trabajo). Tenía ella misma que coger un coche de línea que pasaba a veces a unos kilómetros del lugar de la cita.

Comentario [I6]:

Todo ello había terminado por ponerla de los nervios que no podía más, y el resultado fue que le entró una melancolía que la hizo apartarse del mundo. Por un largo espacio había estado colaborando con la gente del partido, repartiendo clandestinamente octavillas entre los obreros de la fábrica; pero incluso esto terminó por afectarla. Era triste sentirse así, derrotada: pero era la verdad: estaba deseando oír la sirena del mediodía para irse muy lejos, buscando la soledad, sin preocuparse siquiera de ir corriendo, como otras veces, a darle el almuerzo a su madre.

Una vez, hallándose sentada en el suelo contra un árbol, en una avenida junto al río, cerró los ojos un instante, y casi se quedó dormida..., y cuando los abrió, vio a unos obreros que salían de una fábrica, charlando animados. Sus rostros y las ropas estaban manchadas como de un polvillo blanco: era una fábrica de harina.

Entre el río y la arboleda en que estaba descansando había un estrecho canal, con un paisaje agradable de arbustos y flores. Mirando unas rosas, volvió a cerrar los ojos y trató de no pensar en nada.

¡A dormir, dormir! Era un deseo que no podía llevarse a cabo. Tendría que volver a la fábrica; y habría que acudir a la casa a ayudar a su madre. Volvió a andar entre la gente. Las calles. Las casas. Los olores. Restaurantes. Las tabernas. Los gritos. suciedades. Le venía la náusea.

Ni siquiera halló una cara amiga, una voz, un saludo, una llamada, o puro un lamento... Nada. Nada que le concerniera. Estaba volviéndose loca.

.... Otra vez sentada en la hierba contra un árbol. Las voces de la ciudad. Los ruidos de motores. El viento. El río que pasa a unos cien metros.

.... Salían ahora los ruidos de las bocas de seres humanos, que llegaban a sus oídos con otros puramente mecánicos.... ¡*Homo sapiens!* no... no era eso. Estaban hablando unos obreros a unos pasos.

.... Ella misma iba vestida de obrera. El mono azul era el mismo que llevaba de ordinario en la fábrica..., a no ser que llevara falda; pues un mandil gris la cubría hasta el pecho.

.... No se sentía segura. Temía algo. Fijó la mirada en uno de los grupos que habían salido de la fábrica de al lado.... O quizás no se trataba de los mismos. Habían venido de lejos y no iban pintados sus rostros del mismo polvillo blanco. Manchas de grasa negra en los monos y en las manos.

.... Los había visto más de una vez saliendo al toque de sirena de la manufacturía. Pensó acercarse a ellos. Llevaba escondidos unos folletos que le habían mandado distribuir, y de repente se le llenó el cuerpo de pesadumbre.

.... Le extrañaba que fueran todos tan indiferentes a las cosas, sus palabras, las ideas que trataba de imbuirles, el mensaje de que ella era portadora, creía ser portadora.

.... Recordó que los había visto introducirse en el callejón una tarde que fue a visitar a Zita. Ya tambaleándose algunos de ellos. ¡A por otro chato! Nunca hubiera creído que terminaría embargándola esta desgana, esta melancolía... quizás odio. Se había embarcado en una tarea difícil, y muy peligrosa. ¿Para qué?

.... A Conchita la habían cogido una vez los guardias, y la habían dado una paliza, y ella seguía combatiendo. Se acordó de cuando habían trabajado las dos juntas de criadas en casa de los Aldecoa. ¡Y era la misma! ¡La misma Conchita de siempre! Bondadosa, digna, combativa, y una infatigable trabajadora. Una jornada de nueve horas, cuarenta y ocho horas

semanales, con diferentes turnos cada cuatro semanas.... Y ¡encima era una militante concienzuda! Por milagro no la asesinaron en la comisaría.

.... En la sección de montage últimamente, coincidiendo a menudo, ¡qué placer! Estaban en la misma cadena. La nave era muy grande, larga. Unas veces coincidían, las dos juntas, otras pasaban días enteros sin verse. La cadena tenía dos recorridos, ida y vuelta, más de doscientos metros, con más de una docena de obreros que se estiraban como monigotes, autómatas, a uno y otro lado, cada operario poniendo unas piezas determinadas.

.... Ahora, ahora mismo, sola y temblando, en el medio de aquella multitud. La cita era en el apeadero del tren burra. Si Conchita no aparecía, ¿quién le pasaría ahora los folletos que se había comprometido a distribuir a la salida de la fábrica?

.... Otra vez la soledad. Al fin se levantó de su asiento de junto a un álamo de blanco tronco. Se acercó a un grupo que acababa de llegar no sabía de dónde. Todos hombres, cada uno con su pitillo entre los labios. Sacó ella misma un cigarro de tabaco de hebra, y se acercó a que le dieran fuego. Una risita. No importaba. Ella les habló vagamente de una huelga, sin comprometerse.

.... ¡Como para ponerse a llorar! Ni siquiera la oyeron. Al parecer alguien había fallado un gol de penalty durante el partido del domingo. Nada, no la entenderían aunque estuviera hablándoles un año.

.... La misma charla de siempre. Había estado lloviendo todo el día. Se habían reunido los obreros debajo de una marquesina y estaban esperando Dios sabía qué... ¿el autobús para ir a casa... o a otros como ellos para dirigirse todos juntos a la taberna? “¡Vaya un gol!” “¡Zarra!” ¡De cabeza!

.... ¡Oh,sí! ¡¡Sí!! Quería ponerse a dar gritos, saltar, arañar, morder, chillar, llorar..., ¡lloraaar!

.... Y su amado quizás, en estos momentos, estaba luchando, o había dado ya su vida... por esto, ¡esto! Por estos, para el Pueblo. Y es que no sabía si en aquellos momentos estaba vivo Jose o había caído en una redada... y directamente “el garrote vil”, como solía hacer el régimen con los verdaderos comunistas, los “revolucionarios profesionales”, como les llamaba Lenin.

.... Ni fuerza tenía para levantarse del espacio de tierra con hierba amarillenta en que se había tumbado. Además era todo tan confuso. Las lágrimas le caían ahora a borbotones por sus carrillos de rosa.

.... Se aproximaba la Semana Santa, la gloria y virtud de la ciudad (la capital más católica del mundo.) Entraban y salían hombres y mujeres de un templo, y oyó a alguien que decía: “*El silencio vibra activado por el ardor de la fe y de la devoción.*” Y otro, un sacerdote o un prelado: “*El Caudillo nos*

ha devuelto a España después de una larga lucha gloriosa que ha limpiado la patria del germen vicioso del marxismo: ahora empieza una época cuyo carácter ya no será de muerte, sino de vivificación pujante y esplendorosa.”

Palabras, palabras y más palabras, siempre palabras, sólo palabras. Todo de un primitivismo y un atraso de siglos, milenios, comparada la patria a otros países: procesiones, festejos arcaicos, supersticiones, la Edad Media... En cuanto al esfuerzo necesario para realizar el progreso humano, el perfeccionamiento de la vida social, nada.

Estaba muy enferma. Pasó algún tiempo en la cama. Algo había estado dándole vueltas y más vueltas en su interior, en sus adentros de ser humano racional. Se levantó precipitadamente y corrió al retrete. De rodillas estuvo vomitando en el agujero de la cocina, junto al medio balcón. Durante un buen cuarto de hora. Luego se arrastró como pudo hasta la alcoba, se metió otra vez entre la mantas, cerró los ojos agotada. Y fue visitada por nuevos fantasmas. Oyó que alguien le decía que no tardaría en ver a su José Miguel.

-¡Ale!, ¡ánimate, Feli, ámate, que vais a estar los dos juntos!

Era su amiga Conchita. La vio allí cerca, inclinada. Le estaba pasando la palma de una mano por la frente.

-Gracias. Siempre tan buena. Sí, tengo que animarme. Claro que pronto le veré.

CAPÍTULO 19

Cuando Feli se hubo restablecido un poco y pudo volver al trabajo, acercósele una mañana su compañera, y le dijo.

-Haz por que nos veamos esta tarde a la salida de la fábrica.

-Sí. Estaré esperándote, Conchita.

En el camino de vuelta a la ciudad intercambiaron impresiones, habiéndose separado del resto de los operarios. Habló Conchita de unos proyectos, y al despedirse le dijo a la amiga:

-Vas a ayudarnos, Feli. He estado haciendo indagaciones, y sé que puedes hacerlo. Además, unas vacaciones en tu Tierra de Campos te vendrán muy bien. Comisiones está detrás de todo. No tienes porque preocuparte.

Feli no comprendió muy bien qué era lo que la otra quería decirle. Acababa de estar de baja por una semana, y las vacaciones todavía quedaban lejos.

-Es verdad – dijo - que me encuentro floja y decaída. Pero ¿cómo podría irme de vacaciones... además, si tengo que cuidar a mi madre, tú lo sabes?

- Necesitamos ayuda – volvió a decir Conchita, siempre en voz muy baja y mirando por encima del hombro -. Un sacerdote obrero se ha ofrecido en secreto a ayudar. No faltará enchufe.

Y Conchita contó a la amiga que una serie de circunstancias habían hecho que el partido tuviese necesidad de acudir a alguien que no estuviera comprometido (pocos en Valladolid sabían que era novia de un comunista y ella, a instancias de José Miguel, se había apartado del movimiento que comenzaba a ser importante en la fábrica.)

- La policía ha redoblando la vigilancia, – continuó - han hecho muchos arrestos últimamente. Ven, vamos a sentarnos.

Se sentaron las dos amigas en un banco. Había desbaratado la Brigada Político Social una imprenta clandestina, y pedían a Feli que llevase a Medina de Rioseco cierta propaganda desde la capital. Ella lo podría hacer mejor que otros, por ser oriunda de aquella tierra. Una vez allí no tendría que preocuparse de nada. Y que no tuviera miedo de dejar sola a su madre: Conchita lo tomaría a cargo; vendría a ver a Dorotea todos los días, aunque no prometía que vendría a vivir con ella.

CAPÍTULO 20

Llegó Feli a Rioseco, en el tren burra, un sábado del mes de octubre. Zita Martínez había pasado recado a una prima suya para que diera cobijo a la joven, que había recibido instrucciones de ir directamente a la Calle Empedrada, donde vivía la prima.

Estaba todavía muy nerviosa, y su comportamiento, la falta aparente de serenidad y, en una palabra, el miedo que su semblante denotaba hubieran sido suficiente para despertar la curiosidad de los lugareños de no haber sido que estaban estos tan aplastados por las circunstancias de la vida que habían perdido ya para siempre la capacidad de discernir, observar o comprender lo que de ordinario pasaba por delante de sus ojos.

Observó la joven, descendiendo del segundo coche del convoy (que era el último) que estaba los guardias muy atareados en registrar el primer vagón. Así que procedió, sin más, hacia la salida de la estación, cargando con un maletín abombado de cuero a todas luces más que medianamente pesado. Ya en la calle, dirigióse al centro de la ciudad, abriéndose camino entre una multitud de indigentes tan ruidosos como inofensivos. Pasando por la Plaza Mayor, subió por la Calle Rúa, una vía tortuosa y sucia, con columnas de madera a ambos lados, y aceras abarrotadas de pacíficos ciudadanos que entraban y salían de las tiendas y otros varios lugares. Torció al cabo a la derecha, y entró en una casucha de adobe, donde una vieja parecía estar esperándola; entregó a ésta el maletín, y abrió a continuación una bolsa que también traía consigo. Desnudóse en su cuarto y calóse un vestido antiguo, más acorde con las circunstancias del lugar y de los tiempos que corrían, y salió otra vez a la calle. Un minuto más tarde bajaba campechana la misma calle porticada de antes, y entró en una zapatería de viejo. Le habían señalado sus camaradas en Valladolid, que en este establecimiento encontraría una mujer (cuyas señas de identidad le fueron dadas) y que tenía que esperar hasta que oyera una cierta contraseña: salió la contraseña de la boca de una señora que charlaba con el zapatero, y que se fue a continuación a la calle: la siguió la joven, sin jamás llegar a juntarse con ella, y salieron las dos del pueblo. Subió al cabo la perseguida por un sendero que conducía a un canal; y vio Feli que entraba en una tienda en la que había un rótulo que así decía: "TANERÍA, curtido de cueros". El canal estaba flanqueado a ambos lados por dos espesas líneas de árboles, cuyas hojas, todavía abundantes, mostraban una bellísima combinación de tonos encarnados, marrones, sepías, amarillos y morados: el suelo mismo estaba lleno de hojaresca, tan abundante, que constituían las hojas marchitas sendas alfombras marrones, a uno y otro lado de la calma superficie del agua; pues había en aquellos momentos un sol resplandeciente que hacía resaltar la belleza de los bosques y los campos de un tono, éstos, verde amarillento.

Feli se había quedado esperando a que la otra le hiciera seña. Se metió detrás de un álamo de blanco tronco, observó que todavía quedaban en el canal algunas de las barcas que había visto de pequeña transportando trigo y harina a las ciudades del norte.

Salió la mujer al cabo, y le hizo seña a Feli. Al entrar ésta en el taller, notó, extrañada, que detrás de un mostrador se hallaba el maletín que acababa de traer ella de Valladolid.

La otra se le acercó y dijo: -Pronto desaparecerá, Feli maja, no te preocupes. Elicio va a encargarse de ello. Está durmiendo. Empezamos a trabajar todos los días a las tantas de la madrugada.

Feli preguntó, sonriendo: - ¿Y tú, cómo te llamas?

- Lidia - dijo la mujer; y continuó, siguiendo el hilo de su propio pensamiento – nos reunimos algunas veces a las cuatro. Es mejor así. La gente ve luz, pero no se extrañan..., por la clase de trabajo que hacemos. Además hay el ruido de las máquinas, ¿no sabes?

-Y ¿no es peligroso, aquí?

-Lo mismo que fue para ti el viaje en el tren burra. Hay que arriesgarse, si queremos que esto cambie. Esta noche hay reunión, ¿si quieres venir?

-Bueno, vendré. Sí, me gustaría – contestó Feli.

-Además, te tengo reservada una sorpresa – dijo Lidia; y tomándole amistosamente la mano: - Otra cosa, cualesquiera que sean tus opiniones al efecto, no se te ocurra faltar a la misa mañana. Te degollarían viva. En este pueblo hay que disimular mucho. Son todos unos hipócritas. Los pobres lo son. Y los poderosos son terribles. A todos nos tiene la Iglesia en un puño.

Se fue Feli a la cama aquella noche nada más cenar, pero no logró dormirse. Tenía miedo de coger un buen sueño, y que no pudiera llegar a la reunión como había prometido a su nueva amiga. Oía las campanadas de la iglesia de Santa María, que estaba ahí al lado: las doce..., la una, las dos..., la media, los cuartos.... Tenía la ventana abierta. Entraba por ella un rayo de luna.

Aún cansada como estaba, decidió asomarse al exterior. Pasó volando una cigüeña delante de una nube de un fulgor grisáceo. Luego otra. Vio en una de las dos ventanas de enfrente una luz débil fluctuante que dejaba ver la sombra de un hombre muy grande vestido de negro. Pensaba. Tuvo miedo

Las campanadas de la torre vinieron al cabo a sacarla de su estupor. Las tres de la madrugada. Salió envuelta en una manta, se fue en dirección de la Puerta de San Sebastián, y llegó a la tanería sin el menor contratiempo. Eran los asistentes al mitin los que se iban a encargar de distribuir los folletos y otra propaganda del maletín. Un hombre llamado Samperio estuvo leyendo y comentando los folletos y octavillas. Hablaron unos y otros. Una mujer que su madre había sido asesinada por los falangistas. Había sido terrible en Rioseco. Samperio dijo que no pararía en su empeño de desenmascarar a los

asesinos. -Como comunista asumo mis responsabilidades – concluyó. Un joven obrero de una fábrica de harina ofreció : -Darme trabajo. Aunque sea peligroso, yo lo haré. Otros se ofrecieron igualmente a repartir los folletos y colocar los pasquines por la noche en las calles y plazuelas de la villa.

-Yo también – dijo una mujer fuerte de aspecto de trabajadora del campo. -. Dijistes, Samperio, que tenemos miedo. Yo no. ¿Quién va a pensar en mí? Revolucionarios son los obreros y los estudiantes. ¿Cómo va a sospechar nadie de una pobre labriega que cultiva una parcela y que va por los pueblos vendiendo repollos y zanahorias? ¡Darmelos! Los esconderé bien en el carro.

Al terminar la reunión, se fueron los asistentes, uno a uno, y cuando le tocó el turno a Feli, que fue la última, le tomó una mano Lidia, diciéndole: -Tú espera. No te vayas todavía.

Abrióse en esto una puerta que parecía dar acceso a los talleres, y apareció un hombre alto, delgado, vestido de negro: en seguida reconoció Feli a su novio.

-Jose – chilló, corriendo a abrazarle, sin poder contener las lágrimas.

Luego él la tomó por los hombros, y la miró a los ojos. En su cabello había ahora abundantes hebras de plata.

CAPÍTULO 21

A la mañana siguiente, vistiendo las ropas del domingo y con un velo negro echado a la cabeza, se fue Feli a la iglesia. Por unos minutos estuvo sola en el templo, si se descartaban unas cuantas ancianas que, apartadas en sus varios rincones, estaban cuchicheando sus rezos, postradas debajo de los diferentes cristos, vírgenes y santos a que eran aficionadas. Se oía en la plaza el murmullo de la plebe. Esperaban ver entrar en el templo la aristocracia de la pequeña ciudad; siempre ha gustado a los miserables contemplar la pompa y esplendor de los poderosos.

Salieron de la sacristía a las diez menos cuarto unos cuantos monaguillos con sus incensarios y pértigas para encender cirios, luego un par de sacristanes y, al cabo, apareció el arcipreste en persona. Al intenso aroma de las flores, vino a unirse ahora el olor del incienso. Con los sacristanes había salido don Nemo, que ayudo a su eminencia en la misa, el cual había llegado aquella misma mañana de Melilla. Fue el viejo sacerdote quien llevó al altar el cáliz y las vinajeras para el sacramento de la eucaristía.

Después del evangelio subió su eminencia al púlpito, y se le vio aumentar en estatura: llevaba el Mensaje de Cristo en sus espaldas, dijo. -¡Yo siempre he querido sentir en mi Alma todo el dolor y todas las miserias del mundo! Porque llevo a cabo la Obra de Dios en la tierra, una tarea de una grandeza y un valor inconmensurable.

-¡Es un santo! - oyó Feli, un murmullo que, viniendo de la primera fila de bancos, fue extendiéndose por todo el templo como una nube que flota en las alturas y avanza hasta embargar a todos.

Durante la siesta Feli se asentó en una silla, jugando en su regazo con el gato de la señora Engracia, un hermoso gato marrón y negro con ojos azules. Llamaron a la puerta, y salió a abrir con el siamés en sus brazos. Corrió el cerrejo, y vio delante de sí a un hombre oscuro de tez y de mirada penetrante.

-Apolonio Olvido – se presentó el caballero -. Buenas tardes.

-La señora Engracia no está – reuló Feli.

Como si nada. Entró Olvido, que dijo ser funcionario público. Estuvo un rato echando un vistazo alrededor de la casa. Feli acariciaba el minino, que se había puesto a maullar.

-Es a usted, señorita Felicitación Muñeiro, a quien vengo a ver – dijo al cabo el funcionario.

-Muy agradecida; pero no esperaba su visita – dijo Feli, soltando el animal.

-Sí, ya lo sé – dijo el otro, sin alterarse en lo más mínimo.

Feli había sacado el bolso del aparador, y enseñó al otro su documentación. – Ya me he registrado en el cuartelillo. Aquí está, mírelo: carné de identidad, salvoconducto, certificado de penales, justificativo de buena conducta firmado por un párroco de la capital, acta de filiación completa, es decir, padre, madre...

El funcionario la cortó, diciendo: - Lo sé, lo sé. Sé que estuvo usted en el cuartelillo el día de su llegada, a las diecisiete veinte; que dio su filiación y le tomaron la huella dactilar, fotografías... así como los días que piensa estar con nosotros. Todo está probado y estampado ya, como usted dice.

-Pues si lo sabe, y han tomado fotos de todo, ¿qué más quiere saber?

A través de los lentes, clavó el funcionario sus ojos en los de la joven, y dijo: – Ya me han informado de todo, es verdad. No quita que quiera enterarme yo mismo en persona. - Empezó a moverse hacia la puerta.

Feli, pensando que ya se iba, descorrió el cerrojo, y esperó en silencio.

-No, si tiene usted razón – dijo él, sin mirarla -, ya me he cerciorado yo mismo de todo. – Hizo una pausa -. No, si sólo busco ayudarla. He venido a... ofrecerme por... si le pasara algo.

-¿Y qué me va a pasar?

-No – volvió a articular el funcionario, y se calló de pronto; luego, de repente -: La vieron llegar el sábado... con su equipaje, naturalmente. ¿Podría enseñármelo?

Ella corrió a su cuarto y volvió con su bolsa de viaje. Él clavó los ojos en los de la mujer.

-No – dijo, -me han informado que se trata de un maletín abombado.

Y sin esperar respuesta, abrió la puerta y se marchó.

CAPÍTULO 22

Aparecieron misteriosamente aquella mañana pasquines en varios lugares de la villa: en los tableros anunciadores, junto a edificios públicos, en los muros de las iglesias, en plazas, corros y plazuelas, así como en las hojas de algunas puertas y postigos, en tapias y vallas, y hasta en los escaparates de las tiendas (pegados al exterior), en las columnas de madera de los soportales, y en los muros de adobe de las casas.

« Estamos en presencia – podía leerse en los pasquines – de un mundo que cambia a cada instante, en todas partes, salvo en España. Acabemos con la dictadura. »

« Hay que acabar con la pobreza de las masas que engendra el capitalismo », declaraban algunos de folletos, desperdigados por el suelo.

En conclusión llamaban los pasquines y folletos a la huelga; denunciaban la rapiña de los ricos, la injusticia de las autoridades, la hipocresía de los sacerdotes; proclamaban que todo lo que poseían los poderosos venía del trabajo de los pobres. La riqueza, en manos de unos pocos, era producto del robo, el embeleco, la mentira; y al asesinato, las sacas durante la guerra.

« Tenemos el número y nos dejamos intimidar y dominar, ¿de qué sirve el que constituyamos la mayoría?» “¡Despertad! “A la lucha!

Incluso los ancianos y las ancianas, que habitualmente se acercaban a los tableros anunciadores exclusivamente para leer esquelas de defunción, leyeron con interés esas denuncias y esas proclamas. Y luego se iban de dos en dos cuchilleando junticos, parándose de vez en cuando para torcer la mirada, justo por encima del hombro, para ver si andaban por ahí los espías del régimen. Al fin, había empezado a cambiar also en Rioseco.

Por la noche Feli salió dispuesta a llegar al refugio de su amado Jose. La sorprendió ver otra vez la silueta de un gigante en el piso superior de la casucha de enfrente. Como la otra vez, la luz de una vela o un candil iluminaba débilmente la estancia; pero esta vez la centelleante lucecita era llevada por otro individuo, que acompañaba a aquel hombre grandón vestido de negro. Y Feli reconoció al funcionario Olvido.

Algunos segundos después, al dejar la Calle Empedrada entrando en el Corro de la Cruz, vio salir a los dos hombres por un postigo que se abría entre la viejísima casucha y el muro de la iglesia. “Debe haber un pasillo que conduce desde el templo a la casa,” pensó Feli, escondiéndose detrás de un negro chopo; vio pasar a los dos hombres a unos metros de ella; los siguió a distancia, y les vio desaparecer en la noche más allá de la Puerta de San Sebastián. Ella torció a la izquierda y subió la cuesta que conducía a la

dársena. Cuando llegó a la tanería, habló de esos elementos a Lidia, la cual le contó que se reunían a menudo en una finca que bordeaba el canal.

-¿Quiénes?

-Hombres de todas las fuerzas de derechas. Se reúnen para hacer el mal. Tú ten cuidado, está el pueblo lleno de espías.

-¿Jose?

-No ha podido acudir.

Volviendo a casa, Feli vio un tricornio negro detrás de cada árbol de la dársena y el canal. Corrió a esconderse en una tienda cerrada que portaba un cartel, mal escrito, que decía «antigüedades ». Había muebles ancianos, tallas carcomidas, y una armadura enorme de algún guerrero medieval que (como los otros artículos) estaba atada con cadenas junto a la fachada del destartado edificio. Feli se coló entre las cadenas y el muro. No se había equivocado. Venían siguiéndola dos guardias; pero éstos salieron corriendo: eran gente supersticiosa y primitiva, y se rumoreaba en el pueblo que la armadura había pertenecido a un guerrero muy fiero, cuyo espíritu andaba aún merodeando por los alrededores.

Esto le salvó a la Feli, que salió de su escondite y llegó a la Calle Empedrada. Se metió en su cuarto, y estuvo llorando contra la almohada casi todo el resto de la noche.

CAPÍTULO 23

El miércoles, día de mercado, le abordó una señora de cabello blanco y ojos de vaquita triste.

-¿Qué tal está usted, señorita? - le dijo, tirándole cariñosamente de la manga del vestido -. Soy Josefa. Ya sé que le gustan mucho los gatos

Feli se sorprendió de ver que esa mujer sabía que era aficionada a los gatos. No la había visto nunca. Sonrió y se dejó llevar. La mujer, entonces, conduciéndola a un puesto de frutas y verduras, le indicó:

-Éstas son unas papas muy buenas -, pasándole una patata -. De la tierra. ¡Huela, huélala usted!

La joven siguió el consejo y compró las patatas, y la mujer volvió a llevarla, tirándola del vestido, hacia otro puesto. Feli le dio las gracias, y cuando ya creyó haberse desembarazado de su acompañante, salió sigilosamente del mercado.

Oyó que alguien venía jadeando detrás de ella. Era Josefa, la mujer que le había ayudado a hacer la compra unos minutos antes. Feli amainó el paso, esperándola.

-Como vamos en la misma dirección, ¿no sabe? – suspiró la mujer, y agarró a Feli del brazo.

-Sí, claro – contestó ésta.

Entonces Josefa, después de haber mirado por encima del hombro, dijo -: ¿Qué fue hacer ayer a tu casa el señor Olvido? ¿No te importa que te tutee, verdad?

Por unos segundos Feli no respondió. Se quedó de una pieza al ver que se había enterado Josefa de la visita del funcionario.

-Pues si le digo..., la verdad es que no lo sé.- contestó al fin.

Josefa volvió a agarrarla, y la advirtió–: ¡Ten mucho cuidado! – Luego, al oído -: Ya era hora de que alguien hiciera algo.

Sin saber por qué, creyó la joven entender el mensaje. Y señaló: - ¿Se refiere usted a los pasquines.

-¡Chssss! – susurró la mujer, volviendo a mirar por encima del hombro - Sé más prudente, hija. – Agarró la muñeca de la Feli y se metió con ella por una calleja lateral -. Murieron mis padres cuando **aquello** -. Volvió a mirar

por encima del hombro, a un lado, al otro, y continuó -: También se llevaron a mis cuatro hermanos en una de las sacas.

Feli, conmovida, no supo qué responder. – Sí, hubo mucho sufrimiento durante la guerra – dijo.

-Pero entiéndeme – continuó la otra -, yo no soy como todo el mundo.

-¿Qué quiere decir?

-Son todos unos cobardones – susurró Josefa. Se agarró otra vez al vestido de la joven, y la besó la mano -. Yo viví aquí – dijo, dirigiéndose a un minúsculo portal.

-He tenido mucho gusto en conocerla.

-Pero atiende, maja, que quiero decirte algo. Esa visita de que he hablado no barrunta nada bueno.

-¿Se refiere al funcionario?

-Ten cuidado, hija, no vayas a caer. Que ese Apolonio es muy tuno. Te lo digo yo.

Sin molestarse en llevar la compra a casa, entró en la iglesia de Santa María, que encontró vacía. Se agarró a la cerradura de la puerta de la sacristía. Oyó de repente un ruido de pasos, que venía de las alturas. Se volvió asustada, abriendo los brazos en cruz, como quien espera ser fusilado.

-No está abierta – oyó una voz que debía venir de algún ángel del cielo.

Vio una sombra que se movía justo encima de ella, descendiendo uno a uno los peldaños de una escalera de caracol que venía del coro.

-¿Por qué te esforzabas, Feli? – se oyó la voz allí muy cerca, y la sombra transformóse en una monja: de amplia túnica azul y cofia blanca almidonada.

-¿En... entonces... usted me conoce? –tartamudeó la joven.

-Soy Sor Rosario, madre superiora del convento de la caridad en el Corro de los Padres.- dijo la religiosa, agarrando una mano que Feli había alzado, como para defenderse -. ¡Que el Corazón de María te acompañe, hija amadísima!

-Por favor..., tengo miedo – balbuceó la joven.

-¿De qué? No te amedrentes mujer.

Feli estaba a la expectativa. Si hubiera podido correr hacia la puerta de salida, lo habría hecho; pero Sor Rosario le agarraba ahora las dos manos.

-Me han dado un buen informe de ti.

-¿Quién?

-Las monjas del Perpetuo Socorro. ¿Has olvidado que estuviste en la Santa Escuela de Caridad casi ocho años?

Estaban tan juntos los dos cuerpos, que la barriga de la monja rozaba el suave costado de la joven.

-No. Es decir, sí.... Sí me acuerdo. En Va... Valladolid.

-Y ¿que estuviste pensando que si te hacías novicia?

-Pero... pero no me hice.

-¡Ah, qué equivocadita estuviste! – señaló Sor Rosario, acariciando las manos de la joven -. ¡Oh, tienes unos dedos delicados y muy largos! ¿Tocas el piano?

-No. No he tenido tiempo.

-¡Ay, pues deberías haberlo tratado! En el convento te hubieran enseñado. ¿Sabes que Sor Angélica, la superiora, vive todavía?

-Pues no. No lo sabía.

-¡Oh, es una santa! Con noventa y seis años, fíjate. ¡Qué suerte que todavía está con nosotras! – Había cogido a Feli en sus brazos, y en sus ojos, detrás de unas lentes con montura de oro, apareció una lágrima -. ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!

Feli vio que la monja sacaba una llave grandota del fondo de su túnica. Entraron las dos en la sacristía. Comprobó la joven, a través de una ventana elevada, que la iglesia daba a la Calle Empedrada.

-Ven, tienes que ayudarme – dijo sor Rosario -. Tengo que encontrar las túnicas de los del coro. Va haber concierto esta tarde.

En esto se oyó un murmullo de voces.

-¡Ay, ay, ay! – chilló histérica la monjita - Han llegado los del coro. – Y se fue hacia la nave dando saltitos de gozo.

Fue el momento que aprovechó Feli para huir. Corrió a la gran puerta de entrada y desapareció.

CAPÍTULO 24

Esta vez la cita era en un nuevo escondite, no muy lejos de la tanería. El encuentro tendría lugar al anochecido. Sería su última reunión con José Miguel. Era la pobre Feli un puro manojo de nervios. Salió de la casa, procedió a lo largo de la hilera de casuchas de adobe, por encima de cuyos destartalados tejados se veía apenas la silueta de la torre de Santa María destacándose elevada y soberbia en la reinante oscuridad. En efecto, todo era esa noche sombras fantasmales y misterio. Una fila de viejos chopos la condujo al canal.

Iba cubierta con un chal que le había prestado la anciana, grande como una manta; y sigilósamente se pegó a las fachadas de las casas, siempre evitando la calzada. Subió, entre unos oscuros arbustos, hacia la fábrica de harina. Se detuvo antes de pasar por una especie de puente hecho de tablas y que unía los dos lados de un riachuelo. Cruzó el puente, llegó a una puerta negra, llamó débilmente con los nudillos, esperó un poco y dio la contraseña. Un momento más tarde, estaba en el interior del edificio, enfrente de un joven obrero que ya creía haber visto en alguna parte.

Era aquél el más extraño lugar que había visto la joven en su vida: un espacio hueco, cuadrado de veinte metros de lado; cuatro altísimas paredes de ladrillo, y en lo alto una gran bóveda oscura (se veían un par de ventanas en cada uno de los muros, tan sucias de polvo y de mierda que no hubieran dejado pasar un rayo de luz aunque hubiera habido luna.)

Se veían algunas máquinas por tierra o en plataformas elevadas, como colgando en la oscuridad; igualmente tubos, poleas, cables y maromas, que no podía figurarse Feli para qué servían. De algunos travesaños pendían cables eléctricos, blancos de harina, de los cuales colgaban bombillas, que no se podía saber si estaban encendidas o no, de sucias que estaban. De entre los tubos había algunos muy gruesos de madera, y como articulados, que parecían estar hechos de una sucesión de adosados barriles o toneles. Entrando en uno de ellos, condujo el obrero a Feli hacia una disimulada escalera, y se encontraron los dos en un corto pasillo. Feli oyó como una corriente de agua que circulaba por encima, como si estuvieran pasando por debajo de un arroyo o un canal. Al final del pasillo había una puerta chiquitita; dio el obrero con los nudos en la puerta, al tiempo que emitía un silbido, y abrióse la puerta. Saltó Feli hacia su novio, que la cogió en sus brazos.

-¡Jose, Jose! – exclamó, apretándose contra el amado.

Después de haber hecho el amor, se sentaron en unos sacos, que parecían contener trigo u otro cereal, y charlaron de la vida y de ellos dos, haciendo planes, como todos los novios, tratando todo el tiempo de olvidar que aquel mismo día, antes de que amaneciese, él tendría que emprender la marcha y que desaparecería Dios sabía por cuánto tiempo. Había en el

bajísimo techo del escondite una bombilla como las que había visto Feli en la fábrica, aunque menos sucia.

José Miguel la miraba y la apretaba contra sí. Se había acurrucado ella contra el compañero, su rizada cabellera negra anidada en el abrazo, alzada la carita bonita, los labios, los ojos con ese ligero estrabismo. Jamás rostro alguno había mirado al novio con tanto amor; jamás irises verdes resultaron más hermosos, dulces: esa mirada contenta, sincera.

-Tengo miedo - susurró ella.

-Todos lo tenemos- dijo él, muy nervioso.

-¡A veces me encuentro tan sola!

-Lo sé, y sé también el dolor que causa la soledad. Pero hay que hacerlo, Feli. No hay sustituto posible para la lucha. Los enemigos de la humanidad están poniendo todas las armas a su alcance (y son muchas y muy dañinas) a disposición del mal que ellos encarnan.

-Ya sé. No se conforman con habernos hecho la guerra, habernos privado de la libertad, que incluso se preparan para más. Quieren ver la ruina completa del pueblo, quieren hacer desaparecer el movimiento obrero.

Había una ventana chiquitita en el aposento, casi al ras del suelo. Se levantó él y abrió un cuarterón de la ventana. Feli se puso detrás del novio, apoyando la barbilla en el hombro. Daba aquel orificio a un valle de huertas y parcelas pequeñas. En el reflejo de la naciente aurora se veía un mundo bello, donde hombres y mujeres podrían vivir y trabajar en paz, y de solidaridad entre los humanos.

Feli escuchaba a su Jose, que le explicaba como iba a unirse a la guerrilla en la montaña. - ¿Tendrás mucho cuidado de no caer en un cerco? ¡Dime que tendrás cuidado!

Él no respondió, y la volvió a besar. Ella continuó hablando.

-Dime, ¿hay mujeres que luchan con vosotros?

-Casi tantas como hombres.

-Pues entonces yo quiero ir también. En cuanto... - comenzó Feli, luego, concluyó -: ¡Sí, iré contigo!

CAPÍTULO 25

Al volver de Rioseco Feli decidió dar el paso, fundamental para ella, de entrar en el partido. José Miguel le había pedido en el pasado que no lo hiciera; eran los comunistas las víctimas preferidas de los esbirros del régimen; y de alguna manera acontecía que siempre se enteraban los de la Brigada Política Social de quién era y quién no era un combatiente marxista leninista, para los cuales (los luchadores de verdad) no había escape posible si la policía los pillara: fusilamiento o garrote vil, y a veces, un pistoletazo en la nuca en la misma comisaría.

Pero esta vez, en las reuniones que tuvieron los amantes en Medina de Rioseco, habiendo hablado y habiéndolo considerado mucho, se tomó la decisión, y fue firme. Se haría comunista, ella también. Había dicho que de ninguna manera podría ella vivir tranquila sabiendo, como sabía, que él estaba arriesgando constantemente su vida. Ella quería seguir su ejemplo.

Una tarde, al subir Feli la escalera, oyó un débil gemido que le pareció venir de su propio piso. Al llegar al descansillo, dándose cuenta de que no se había equivocado, precipitóse a abrir la puerta, llena de aprehensión. Su madre yacía en el suelo, en el medio de la habitación, sollozando convulsivamente.

-¿Qué te pasa? – preguntó, poniendo una rodilla en el suelo y ayudando a la madre a que se levantase.

-¡Ay, madre, madre! – es lo único que sabía decir Dorotea.

Feli, que acababa de encender la luz del piso, paseó la mirada por la habitación, buscando no sabía qué. No encontró nada anormal. – No comprendo – dijo -, ¿por qué te encuentras aquí? ¿Cómo has salido de la cama? Y ¿qué intentabas hacer?

-¡Ay, no me preguntes, que estoy acobardada! Muy mal, muy mal, hija, que me da saltos el corazón, del miedo que he pasao.

-Pero, dime.

No hubo manera. Condujo la hija a la madre a la cama, y cuando ya vio que se había calmado un poco, volvió a preguntar: - Ahora dime, ¿qué te ha pasado?

-Ay Feli, hija, me he pasao tanto miedo – volvió a decir Dorotea, y vuelta a los sollozos.

-Pero ¿de qué, de qué, de qué tienes miedo? – chilló la hija.

-Cuando menos lo pensaba, ya ves..., pues que estaba medio dormida, ¿no sabes? – comenzó lentamente Dorotea; luego soltó de repente -: Oí pasos, Feli, cariño, unos hombres malos que venían a por ti.

-¿A por mí? ¡Qué tonterías!

-¡Oh sí, maja! Que a tu madre no la engañas. Que he visto mucho en la vida, y ya soy perra vieja. Incluso si a veces dices que no tengo sal en la mollera.

-Yo no he dicho nunca nada de eso, ¡callate!

-Sí, me callo; pero si me hubieras escuchado otro gallo te cantara. Aunque contigo es predicar en desierto, Feli, tú lo sabes. Que te conozco y sé del pie que tú cojeas. Que de un tiempo a esta parte te estás metiendo mucho en política, cariño, te lo digo por tu bien, pa que no te pase nada. Ten cuidado, te lo suplico con las lágrimas en los ojos. - Y efectivamente se puso a llorar -: ¡Ay la política, qué de sufrimientos trae a las familias, qué cruz me ha tocao llevar, primero con tu padre, y ahora contigo, hija, ¡ay, ay, ay, ay!

Entre tanto la hija se movía por el piso, arreglando cosas, preparando una cena, limpiando los rincones donde se había acumulado el desorden de los últimos días. - ¡Ay, lo que te va a pasar! –repetía la madre desde la cama.

-Te he dicho que te dejes de esas tonterías, que me tienes harta – le gritó Feli desde la cocina -. Te pasas el día soñando, y éste es el resultado.

-Sí, soñando. Eso te crees tú. Bien realidaz es.

-Bueno, déjame trabajar, que ya bastante cansada estoy.

-No disimules, hija, que ya te he dicho que sé del qué pie tú cojeas, y que la política no ha traído nunca nada bueno, si no al canto. Y lo digo por tu bien, que me da mucha pena, que eres muy joven y vas a sufrir mucho, que ya sabes lo que sufrió tu padre, y tantos otros.

Había ya Feli servido la cena, que Dorotea tomó aupada en la cama, mientras Feli se sentó en una silla.

-Que te crees tú que me voy a callar - empezó, impertinente, Dorotea -. El deber de una madre es hablar, ¿sabes? Y es verdaz que han venido a por ti, preciosa.

-¿Han llamado a la puerta, por si acaso? – preguntó Feli, movida esta vez por la curiosidad y una buena dosis de miedo.

-¡Quiá, qué van a llamar!

-Pues entonces, ¿cómo sabes que venían a por mí?

-¡Ah, cómo lo sé! ¿Cómo lo voy a saber? ¡Ay, qué sufrimiento, cómo me duele todo!

-Párate de quejarte, y de hacer la vida imposible a todo el mundo, ¿quieres?

-¡Ay, Feli, qué mal me soportas! ¡Ay, lo que tiene una que sufrir! Pues bueno, soy tonta, y vieja y un trasto inútil, si así lo quieres. Que aquí una tol día sola y aguantando mecha, que no sé ni como puedo vivir así, y pa unas horas que estamos juntas ahora dices que no me pués soportar. Pero no te preocupes que ya poca guerra te daré, lo poco que me queda de vivir, que pronto quedarás libre, y podrás hacer to lo que quieras.

Su hija la contemplaba desde su asiento, preocupada y triste. – Bueno, mamá, vamos a dejarlo, por favor, que estoy agotada.

-Pues más cansada vas a estar cuando en la cárcel te veas, rica, y yo aquí solica que me voy a quedar. ¡Ay madre, cómo me duele la espalda! Y ya te he dicho que me vea el médico, a ver si me lo traes, que pa mí questo ques reúma. ¡Ay, si no sirvo para nada! Un trasto inútil, eso es lo que soy, si yo soy la primera en decirlo, pobre Feli, no me estraña que no puedas aguantarme, pero ya pronto me iré al hoyo y te dejaré tranquila, cuando menos lo pienses....

-Déjame en paz – suplicó la hija -, sabes que vengo cansada del trabajo, y me das este tormento, cada noche, cada noche, cada noche.

-Si yo lo hago por tu bien, cariño, pa que no tengas que sufrir como sufrí tu padre, no sabes, y si una no pué hablarte, después de haberse pasao aquí el día sin ver a nadie, esperándote, y ahora dices que estás cansada, pues ¿qué se pué esperar? ¡Ay, qué de sufrimientos, Madre de Dios! Que larga me se hace la vida.

La hija optó por no añadir palabra. Se había levantado para cogerle el plato y la cuchara a Dorotea, limpióle la barbilla con una servilleta, colocó bien las almohadas, y dejando los platos y otras cosas en la mesa, se volvió a sentar. – Estoy muerta – es todo lo que dijo.

Suficiente para que Dorotea cogiera otra vez el hilo de la conversación: - Pues eso, hija, ¡Jesús la de trabajo que te doy!, y que me vengas ahora con que estás muerta, ¡fíjate, qué sufrimiento!; por eso mismo, Feli, que te lo digo por tu bien; no te canses, maja, yendo por ahí, como vas toas las noches, no sabes, que si reuniones y mítines, que yo sé donde te aprieta el zapato, rica, ¡cúidate, cúidate! Que mira tu madre lo vieja y lo mala que está, ¡oy madre, Jesús bendito, lo cansada que me encuentro! Y es del susto que me he llevao, que venían a por ti, Feli, te lo aseguro, que les he oído al otro lado de la puerta, que parecía que la iban abrir para entrar, ¡ay, en qué líos te estarás metiendo!, que a mí tú no mengañas, ¡qué bichos os estáis volviendo las mujeres, peores aún que los hombres! Lo que nos faltaba, que se metieran tamién las mujeres a zascandilear y querer cambiarlo todo....

-Por caridad, mamá – cortó Feli, desesperada.

-Sí, tápate los oídos, que no hay más sordo quel que no quiere oír.

-¡Pero si es que te pones muy pesada – chilló la hija -, créeme! No hay quien te aguante. Ya sé que lo haces por mi bien, ya sé que estás sola y que no hablas con nadie, ya sé que estás enferma y te duele todo... pero yo, yo, yo, yo, ¡huy!, cada vez que entro en esta casa me entra un dolor de cabeza..., que... no puedo. – Con sus bellas manos delicadas empujó los platos y cubiertos hacia un lado y dejó caer la cabeza en un brazo en la mesa; luego, abriendo las compuertas de los ojos dejó que le cayeran abundantes lágrimas. Estuvo llorando un buen cuarto de hora.

La madre entonces empezó a llamarla hijita y preciosa. – No llores, encanto – decía, y empezó a llorar ella también, sin dejar de darle a la lengua: volvió a decir que era una inútil, sólo un estorbo, que lo sabía, y que sabía también que no servía para nada, sólo para incomodar y dar guerra ; pero que no se preocupase, Feli, cariño, que ya no le causaría estos trastornos por mucho tiempo, y que estaba deseando que ya pronto la llamara el Señor para que se fuera a unir con su Lucio, allá en el Cielo. Y así, hasta que habiendo producido su efecto benéfico el vino con que había acompañado su cena, se fue callando poco a poco, y se quedó dormida.

CAPÍTULO 26

Aquella no era la primera vez que por la mente de Feli Muñeiro cruzaba la idea de que era seguida por agentes de la policía secreta. Cuando entró a trabajar en la Fasa y asistía a reuniones obreras medio secretas, en seguida se dio cuenta de que había en la empresa un ambiente que podía calificarse de tensión extrema, aunque generalmente nunca se hablaba de política o de cuestiones sociales en esas reuniones: si acaso, algunas veces, de derechos laborales.

Los obreros se cruzaban en las naves, o en las salas de montaje, y se cruzaban las miradas, pero sin decir nada. Esas simples miradas sobraban para saber de qué lado estaba cada uno. Y si había un espía en la fábrica, o un policía vestido de operario, en seguida se daban cuenta los obreros más militantes, y se pasaban la adecuada contraseña.

Los sindicatos oficiales eran del partido en el poder, es decir, de la Falange, y recibían el apelativo de "verticales"; pero paralelamente se iban formando, entre los obreros más combativos, grupos que luego recibieron el nombre de "comisiones". Feli se extrañó la primera vez que vio octavillas en la fábrica, y tardó mucho en saber de dónde venían. Cada vez que aparecía una octavilla, parecía como si se electrificara el ambiente. Cualquier papel extraño a la empresa, folletos, octavillas, hojas escritas a máquinas desaparecían en seguida, debajo de los monos, en los bolsillos, bajo las camisas, o incluso en el calzado; pero Feli vio que eran bien recibidos, esos papeles, por los obreros y que nadie los tiraba; o bien lo conservaban, escondiéndolo, o lo pasaban inmediatamente a otros.

Meses más tarde oyó Feli de Unión General de Trabajadores y Comisiones Obreras. Pero incluso entonces, nadie hablaba de partidos políticos o de socialismo o comunismo. Una vez, en una reunión en casa de un amigo, entre conocidos, alguien habló de "iniciar la lucha obrera en Renault," pero era aquello una excepción: generalmente la gente era muy prudente, y había palabras que simplemente no se empleaban. Un paso en falso y podían terminar todos en el Tribunal de Orden Público.

Hubo una manifestación en la Plaza de España a la cual asistió Feli con otros compañeros. La policía había traído en previsión de posibles desórdenes (generalmente causados por elementos provocadores) un camión manguera de Madrid, máquina de uso corriente ya en la capital, donde estudiantes y obreros terminaban empapados de agua, que fueran después llevados o no a la comisaría. La aparición de este instrumento represivo hizo que se arremolinara más gente, defendiéndose todos juntos del chorro de la manguera.

Contemplaban los ciudadanos todo esto en silencio., esa represión, esos riegos. Veían como se arremolinaban los manifestantes defendiéndose

todos juntos: al principio, en silencio, como quien contempla una salvajada más (veían la represión, la valentía de algunos, los más, la camaradería en general); y aquello era, a continuación, el centro y el principio de una manifestación ya irrepresible.

En la fábrica misma se realizaron paros y otros actos sindicales muy deslavazados y cortos, pero que sirvieron para una cierta movilización de los trabajadores. Se pedían mejores condiciones de trabajo, una semana de cuarenta y cuatro horas, descansos de unos minutos para poder comer los bocadillos, mejor organización de las plantillas, un ritmo más humano en las cadenas de montaje.

Y así poco a poco fue aumentando la militancia obrera: muy pocos eran los militantes activos en un principio, pero nació el concepto de militante pasivo, cuyos números iban de día en día en aumento: los militantes del partido comunista hacían una labor lenta pero segura en este respecto, y hasta se formó secretamente una célula del partido en la fábrica. Sin embargo, desde el paso de su novio a la clandestinidad, y siguiendo su consejo, ella limitó a un mínimo sus actividades en la fábrica.

Empezaba para Feli un nuevo periodo y ritmo de la vida. Algunas veces, con la esperanza de ver a José Miguel, había acudido a reuniones de estudiantes universitarios, a donde eran invitados los obreros, y que los organizadores llamaban 'círculos culturales', donde se leían poemas y se discutía de literatura, comentándose las novelas de Gorki u otros escritores, deteniéndose en temas en apariencia anodinos, como 'arte y progreso', 'tradición y ruptura', 'el realismo en la novela' y términos parecidos. El grupo se había reunido varias veces en las casas de algunos de los participantes y en los locales del SEU de la facultad de Filosofía y Letras, el llamado Sindicato Español Universitario, fundado durante la República por falangistas y jonsistas, entonces para acabar con la libertad, pero hoy día lleno de gente de otras tendencias (aunque no se le hubiera ocurrido a nadie declararse de izquierdas.) Una vez, un poeta famoso, que no pasaba por revolucionario, ni mucho menos, leyó algunas de sus poesías: había en ellas muchas nociones humanistas.

Pero había que andar con cuidado. Todos los que a estas reuniones culturales acudían encontraron muy pronto que sus pasos eran seguidos por tipos extraños, sin duda miembros de la Brigada Político Social que estaban esperando el momento de saltar sobre ellos y cazarlos a todos. Sin duda se habían constituido ficheros muy completos para si un día fuese necesario a los fascistas nuevos y camisas viejas declarar formalmente la represión.

Por todo ello, aquella tarde, cuando Dorotea le dijo a Feli que habían venido a por ella, no le pilló a ésta aquello de sorpresa, ni lo tomó a la ligera. Decidió hacer un registro concienzudo del piso y destruir todo aquello que remotamente pudiera comprometerla o comprometer a sus amigos. Sabía que habiendo llegado unos policías hasta allí, como parecía ser el caso, si no habían forzado la puerta era a causa de los sollozos de su madre, por miedo a que se les muriera en sus brazos, sabiendo, como sin duda sabían, que era

una anciana ya casi sin vida, (y si no lo sabían, se habrían apercebido de que estaba tirada en el umbral al otro lado de la puerta, muy enferma.) Pero volverían, eso era seguro; volverían con todas las de la ley.

Aprovechando que se había dormido su madre, metió en el agujero del fogón todo lo que encontró que podría resultar sospechoso, y lo prendió fuego, después de haber cerrado bien el balcón, no fuera que el sereno, uno de los jefes de casa del distrito o cualquier otro viera el humo y, sospechando, fuera a denunciarlo a la comisaría.

CAPÍTULO 27

Una tarde, al salir de la fábrica, notó Feli que la seguían. Precisamente aquella noche debía encontrarse con José Miguel. Se estaba preparando una huelga, y había una reunión en un punto (de ella desconocido) donde tenían lugar los encuentros más secretos. De ordinario los de la Brigada Político-Social, cuando habían sido alertados por sus informadores de que algo se movía, hacían redadas para desbaratar los cuadros sindicales y hacer que fracasase la huelga o cualquiera otra que fuera la actividad de lucha de clases que se fraguara.

Durante todo el trayecto a la Calle de las Angustias, la noción de que la seguían los pasos fue pasando en su mente de la mera sospecha a la evidencia pura. Entró en el estanco, para comprarse una cajetilla, y estuvo deliberadamente hablando un largo rato con doña Josefina, la dueña, para dar tiempo a que el que la seguía pasase de largo y desapareciese. Luego entró de una carrera en el portal, que estaba justo al lado, y subió corriendo las escaleras a casa. Una vez dentro miró desde el balcón, y no viendo nada sospechoso se metió de nuevo en el piso, y se puso a preparar la cena de la madre y algo de comer para ella misma. Aunque ya se aproximaba la primavera, no tardaría en tornarse la tarde en noche cerrada.

Dorotea estaba lamentándose, como de costumbre. Había adivinado que Feli iba a salir, y en seguida las insinuaciones, las advertencias y los miedos.

-¡Ay, madre! Con lo cansada que estoy yo. Y cómo me duele tol cuerpo. Si yo no creo que voy a durar ya mucho. Tal vez no pase de esta semana. Ya lo decía mi abuela, que desde que nacemos hacia la muerte caminamos; no hay cosa que más cerca tengamos. ¡Ay que vida! Que todos los refranes trabajan, maja. Eso ya se sabe. Y todos tenemos que pasar por ello, hija, no te creas, y yo antes que otras. Más valdrá así. Que yo ¡pa lo que valgo ya! Y a ver si entonces aprendes. Que los muertos los ojos a los vivos abren. Siempre se ha dicho. Y tú, hija, créeme, que bien tienes tú que abrir los ojos; si no, ya verás, ya verás. Que no me estraña que te canses así, ¡ay madre, madre! No salgas tanto por la noche, que te pué pasar algo.

Una vez bien cenada y satisfecha con su vasito de vino, la madre durmióse, todavía refunfuñando, y Feli la dejó bien metidita en la cama. Atrancó la puerta por fuera, y bajó corriendo la escalera. Al llegar al portal, a su gran sorpresa, tropezó con el hombre que le había estado siguiendo aquella tarde: allí estaba, entre unas tablas que hacían de entrada a un puesto de chucherías que antaño había habido en el portal.

Sin pensarlo dos veces Feli cruzó decididamente la calle, y se coló entre los beatos que se metían en el templo de Nuestra Señora de las

Angustias para la sabatina. Cruzó la nave a grandes zancadas y pasó a la sacristía, segura de que el hombre entraría también en la iglesia.

Momentos más tarde, habiendo salido otra vez a la calle, por la puerta de la sacristía, se hallaba corriendo a toda velocidad hacia el Mercado del Portugalete, donde también entró precipitadamente, mezclándose con un público muy nutrido de compradores de última hora. Pasó rápidamente entre los puestos, volvió a salir a la calle al otro extremo, y todavía corrió algunos metros, dejando a su derecha la Catedral, la Antigua a la izquierda. Entró en una callejuela. Al doblar una esquina se metió en un portal, y aguardó como un cuarto de hora. Notó que pasaba un autobús, se subió en él, y se apeó en el Paseo de las Moreras. Sin perder un segundo, cruzó andando el Puente Mayor, pegada a la barandilla junto a la vía del ferrocarril de vía estrecha de Rioseco. Llegó a una plazuela donde había muchos plátanos de sombra, y donde reinaba la oscuridad más absoluta. Estaba desierta. La cita era en un banco de piedra junto al ahora inutilizado paradero, en medio del arbolado. Había estado otras veces allí, y conocía el lugar. Así que se sentó en el banco, dispuesta a esperar.

Al cabo, pasaron alborotando unos chavales, uno de los cuales llevaba un bote agujereado de hojalata (con ascuas encendidas) colgando de un alambre. Feli les vio desaparecer en la noche, el del bote haciéndolo girar con el brazo extendido, produciendo una circunferencia de fuego. Estaba mirando a los chavales, cuando a su lado oyó una voz que no era la que se esperaba. - ¿No viene? – susurró, volviéndose. (Le había dado el otro la contraseña.)

-No ha acudido a la cita – respondió el hombre, de unos cuarenta años, a quien Feli recordaba haber visto en una reunión de obreros de la fábrica, aunque ignoraba su nombre.

-¿Qué vamos a hacer?

-No podemos esperar. Vamos.

Anduvieron en silencio, por calles medio vacías; era aquel un barrio nuevo, y no todas las casas, según parecía, estaban habitadas. Siguieron después a lo largo de una tapia oscura que parecía adentrarse en el campo. Feli estaba temblándose toda. Hubiera deseado saber más. - ¿Qué pasa? – preguntó.

-Calla,- susurró el otro. De cuya boca no volvió a salir otra palabra; incluso parecía tener dificultad para volver el cuello, como si hubiera sido torturado y le hubieran quemado en el cuerpo con algún instrumento de tortura, o roto una vertebra, o algo así.

Creyó Feli ver un rostro amigo en la oscuridad de una huerta, junto a una casa molinera: luego una silueta contra una tapia, pues era noche de luna; pero no dijo nada. Había comprendido que estaban, su acompañante y

ella, dirigiéndose a un lugar ultrasecreto. Pensó que encontraría allí a José Miguel.

Finalmente entraron en una casa que parecía estar destinada a la labranza. Había en efecto en ella una pareja de labradores, que no abrieron la boca. Se dirigió el compañero a la cocina, teniéndole a Feli del brazo, como si fueran novios. Allí levantó él el asiento de un banco macizo de nogal, que en cierto modo semejaba un alargado dosel. – Entra – dijo, conduciéndola gentilmente.

El banco era en realidad la entrada, en forma de trampa, de un sótano secreto. Bajaron a tientas por la escalera empinada estrechísima, empujaron una minúscula puerta y, desliziéndose a través, se hallaron en una sala de techo bajo, donde ya había varias personas, casi todas jóvenes, sentadas en banquetas o en el suelo. Estaba iluminada la sala por una sola bombilla, y a pesar de que no fumaba nadie el aire estaba enrarecido y hasta olía a tabaco. Un hombre de mediana edad estaba hablando:

-Es por ello que una de las tareas fundamentales del partido es organizar reuniones de este tipo, a las que asistan estudiantes y obreros de todas las clases. Ni que decir tiene que tendremos que cambiar de sitio de reunión constantemente, para eludir la vigilancia de la policía (que ya sabéis no se duerme), invitando solamente a quienes conocemos. Pero repito que a pesar del riesgo es necesario que los círculos de quienes nos escuchan vayan extendiéndose cada vez más, que los que acuden a nuestras reuniones sean cada vez más numerosos. Ya sabemos que tenemos contra nosotros toda la maquinaria del terror institucional y la arbitrariedad policíaca más escandalosa y más salvaje. Sabemos lo que es la rabiosa represión de un gobierno que no vacila en nada para amedrentar a la población, llegando hasta a ametrallar a los manifestantes pacíficos. Pero, con todo, tenemos que arriesgarnos, tenemos que hacerlo. No nos queda otra solución. Tenemos que despertar en la juventud ese apasionamiento, ese ansia de vida y de revolución, que ha de conducirnos a la victoria. Amigos, camaradas, hay que seguir adelante, siempre avanzando, ganando más y más adeptos. Y una vez que hayamos ganado a las capas más entusiastas de la sociedad, tendremos que despertar en todas las capas del pueblo la aspiración por un cambio que cada día se hace más necesario, y que a la postre ha de conducirnos al socialismo. Debemos fomentar la lucha de las diferentes capas de oposición al régimen, para el derrocamiento primero de la autocracia; y esto es por el momento donde tenemos que concentrar la lucha. Debemos **dirigir** esa lucha. Debemos dirigirla sin falta y sin falla si queremos ser la vanguardia del movimiento revolucionario español. Y a continuación debemos exponer y subrayar ante todo el pueblo los objetivos democráticos de nuestra lucha. No es comunista el que olvida en la práctica que su deber consiste en ser el primero en plantear, en acentuar y en resolver toda cuestión democrática general. Seamos la vanguardia de todas las fuerzas revolucionarias en la lucha por la libertad.

El orador bebió agua de un vaso, y después de haberse limpiado con un pañuelo un poco los labios, y largamente el sudor de la frente, continuó:

-Siempre tenemos que estar en primera línea, excitando el descontento político de todas las clases, sacudiendo a los dormidos, espoleando a los rezagados, proporcionando abundantes materiales para el desarrollo de la conciencia política de la nación y de la actividad política del partido. En ambos trabajos hay la labor de aproximación, las charlas, el llegar a conocer a cuantos más obreros y estudiantes mejor. Y aquí, la camarada, antes de que nos vayamos todos, va a darnos a cada uno octavillas, folletos, panfletos y, por si lo podéis vender, algunos ejemplares de nuestro periódico. Tenemos también que tener quién se ocupe de las pintadas, los pasquines y otros medios de propaganda. No hay que olvidarse que preparamos la huelga. Ahí, en Mundo Obrero, encontraréis un estudio profundizado de las causas, las soluciones y los medios que hay que tomar. - Hizo una pausa, durante la cual colocó en orden ciertos papeles que pasó en bloque a una joven a su lado; y concluyó -: Por ello, y finalmente, y a esto ha de dirigirse nuestro trabajo más inmediato, debemos, camaradas, consolidar la unidad de toda la clase obrera, y de ésta con todas las clases progresistas de la nación.

Habló a continuación la joven a quién había pasado el hombre sus papeles. Feli estaba preocupada y muy nerviosa. Había echado una mirada alrededor de la sala nada más entrar, y vio que tampoco allí estaba su novio. No había llegado a tiempo a la cita junto al apeadero, y ella había tenido la esperanza que hubiera venido directamente al lugar de reunión. Tampoco. Escucho Feli a la joven, que hablaba de la organización del partido, y que en seguida pasó a comentar, dando fechas y lugares, las diversas acciones de protesta y las huelgas que estaban teniendo lugar en otros puntos de España, particularmente en Cataluña y en las diversas cuencas mineras de Asturias; y propuso nuevos mítines y lo que cada uno tendría que hacer para que se llevaran a cabo acciones similares en Valladolid. Especialmente se habló de la preparación del material impreso, y de la distribución entre los camaradas (y reparto al público) de las octavillas y los panfletos, de la venta de periódicos y revistas (publicadas éstas en el extranjero), la búsqueda de contactos con otras organizaciones y grupos progresistas. Un camarada se encargaría de organizar una nueva imprenta clandestina; otros de pegar por la noche los pasquines, otros de recoger y pasar la propaganda. El hombre que había hablado primero cerró la sesión, diciendo que aquél que se sintiese seguido por la policía se abstuviera de toda actividad de este tipo, y terminó dando una explicación de cómo evitar a los provocadores, espías y confidentes de la policía, y la manera de llegar a identificarlos; así como indicó la clase de personas que pudieran incorporarse a los grupos y organizaciones sociales y progresistas, dispuestos a colaborar, y que había que empezar a contactar.

Feli llegó a casa bien pasada la medianoche. Al día siguiente, que era domingo, le contó un cuento a su madre y se fué, nada más desayunar, a dar una vuelta por el Campo Grande. Tenía necesidad de estar sola.

Había deseado tánto encontrarse con José Miguel la noche anterior. En efecto, tenía algo muy importante que comunicarle, algo que ya sospechaba meses antes, la última noche que pasaron juntos, y que ahora se había confirmado. Estaba encinta de tres meses. ¡Y José Miguel había

desaparecido! Todo el terror, toda la angustia de esta frase, le venía una y otra vez al espíritu, mientras paseaba entre los vallisoletanos endomingados que ignoraban su tragedia, que probablemente no sabían o no querían saber nada sobre la huelga general pacífica a la que su esposo amado había consagrado tantos meses de constante trabajo, años en realidad, y por cuyo esperado éxito tal vez estaba en estos momentos pagando un precio inmenso, la vida, quizás.

Al borde de las lágrimas, Feli se sentó en un banco, en un lugar solitario y abrigado. Mientras así estaba oyó un par de veces el silbido lejano de un tren. ¡Oh si pudiera escapar de todo esto, habitar en un país de libertad y justicia, con su Jose, los dos solos: una casita linda junto al mar, un mar lejano, donde nada de lo que estaban ahora sufriendo y soportando tuviera vigencia!

Años atrás, durante el verano había venido todos los domingos con su novio a aquel mismo banco, y ahora recordaba esos días con añoranza y mitigada felicidad, ¡habían pasado momentos tan agradables los dos juntos, bajo los árboles, aquellos domingos! Una incipiente sonrisa se le heló en los labios: no podía apartar de su mente la idea de una derrota probable, los peligros que le acechaban a ella y sus compañeros, el miedo de que quizás había perdido ya a José Miguel, su Jose querido. La idea de que en efecto había desaparecido éste (y que no volvería más) estaba entrando en su cerebro cada vez más profunda, más desesperadamente: pronto empezarían a caer unos y otros, implacablemente. ¿Era ello posible? ¿No había ya esperanza para el pueblo? Y ellos, los comunistas, que habían luchado tanto, dado tanta sangre, para que fuera posible alcanzar un mundo mejor para todos. ¿Todo el sacrificio de los camaradas, tantos, no había servido para nada? Y ella misma, ¿podría soportarlo, seguir luchando, sintiendo ese imposible deseo, ese miedo atroz? ¿Qué le pasaría si caía en una redada, la torturarían, como a otros ya lo habían hecho? Eran tan malvados, y tan listos, los malditos agentes de la Brigada Político Social. ¿Tendría ella fuerza para aguantar la tortura, para no traicionar a los camaradas?

Sintió que le abandonaban las fuerzas. Se apretó bien el abrigo contra el pecho, pues estaba tiritando, y cerró los ojos un instante.

Un hombre vino a sentarse al otro extremo del banco. Al principio ella no le miró, ni de soslayo siquiera. Estaba pensando ella en levantarse y ponerse otra vez a caminar, para entrar en calor; pero, de súbito, algo le hizo volver la mirada. Y reconoció a su compañero de banco, sentado tieso como una estatua. ¡Era el mismo individuo que la había acompañado a la casa molinera del mitin la noche anterior! Volvió a sentarse, y ya iba a decir algo al camarada, cuando éste, sin moverse, ni torcer el cuello siquiera un poquito, hizo una seña discretísima con un dedo en la boca, llevándose luego disimuladamente el dedo a las páginas de un libro que estaba leyendo, como para pasar la hoja. Feli entendió inmediatamente lo que el otro quería decirle. Cuidando de no abrir la boca y estirando un poco el torso hacia un lado (al igual que hacía el otro, pero éste en la otra dirección) vio que se levantaba el camarada.

Se marchó éste sin volverse en absoluto a mirarla, y desapareció entre los plátanos de sombra, ahora pelados y húmedos. ¡Había dejado el libro en el banco! Se apresuró Feli a cogerlo, y se lo metió en el pecho, entre el abrigo y el jersey; apretó bien la bufanda para que no se le cayera, y se apartó del lugar, excitadísima, mirando por encima del hombro, para estar segura de que no era seguida. Desde la Plaza de Zorrilla, se dirigió en línea recta hacia el Pisuerga. Saltó una alambrada roñosa, bajó hasta el río, y se sentó entre unos arbustos. Ya no tenía frío.

Al abrir el librito, cayó a la arena una cartulina blanca que era utilizada sin duda para marcar la hoja. La cogió y leyó en ella dos palabras, cuya escritura reconoció inmediatamente. "Volveré pronto," leyó. El corazón le dio un salto formidable, y apenas pudo contener un grito de alegría y felicidad. Pero tuvo que hacer añicos el papel... y a ella le habría gustado conservarlo, para tener algo de **él, su** adorada escritura, aquel delicioso mensaje, dos palabras, una vida. Se puso de pies excitadísima, juntando los pedacitos de papel en su puño derecho; avanzó hasta la orilla, dejó caer los papeles, casi uno a uno. Luego se volvió a sentar, con el libro en las manos. Se trataba de un obra pequeñita, de setenta páginas, alargadas, hechas al ciclostilo: "Poemas últimos de Miguel Hernández". Algunos versos estaban subrayados, y ella sabía que era José Miguel quien lo había hecho. El primer subrayado que captaron sus ojos fue « Para siempre fundidos en el hijo quedamos »; y había otras dos palabras escritas por su novio al margen, "¡qué felicidad!" Y Feli comprendió que había llegado a saberlo, lo de su embarazo, y que estaba contento por ello. Así como lo estaba ella.

Continuó leyendo el poema del poeta asesinado.

« ... fundidos como anhelan nuestras ansias voraces;
« en un ramo de tiempo, de sangre, los dos ramos,
« en un haz de caricias, de pelo, los dos haces.... »

CAPÍTULO 28

Una cabalgata recorre las principales vías de la ciudad; un hombre vestido a la antigua va leyendo la convocatoria del sermón. Ha amanecido un día espléndido: germina el fervor de la plegaria con el golpear de los tambores y otros instrumentos de época. Numeroso público desborda las aceras en parques y avenidas, calles, plazas y plazuelas; saliendo de las casas, de templos parroquiales, iglesias y conventos iglesias: ciudadanos, provinciales lugareños y visitantes de muy lejos, muchos, todos admirando el paso marcial de militares en uniforme de gala y penitentes de blanco o de negro, con sus velas ya encendidas (muchas luces) a pesar del todavía resplandor del astro que nos da vida.

Durante todo el día, hombres y mujeres han recorrido las calles. En unas horas la procesión de Cristo crucificado, su pasión y su santa muerte será sentida en los corazones del numeroso público que llenará las principales calles. Vibra la ciudad como no ha vibrado nunca, sus vías importantes, las plazas y los paseos, todos llenos de fervorosa gente, cada cual ya en un puesto fijo, aceras y balcones. No queda más que esperar.

Mucho color, mucha animación, una grande algarabía.
De la imagen el dolor y el desconsuelo, y sin embargo,
Como expresión estética de la ciudad, trae alegría:
Al verse como una gran manifestación artística sin igual.
Semana Santa castellana, de acción religiosa y cultural.

En los balcones se ven colgaduras, palmas y banderas. Hay colgaduras con los Colores Nacionales, los de la Falange, las aspas encarnadas del Requete: algunas con descriptivo bordado en el centro; hay colchas y sábanas, estas blancas aquellas multicolor; también con estampitas y policromadas láminas de la Santa Virgen Inmaculada, vestida de azul purísimo.

¡Virgen Santa concebida sin pecado, *ora pro nobis*, intercede cerca de Tu Hijo por nosotros pecadores!

En otros lugares se ven sábanas con corazones bordados, coronados de espinas (si el de Jesucristo, de rosas si el de María); y en algunas colgaduras las estampas son de santos y otras figuras, dolores y desconsuelos y valores: imágenes que dieron fama y valor a la más grandiosa manifestación de arte y de religiosidad que en el mundo existe.

Dorotea puede percibir el olor del incienso quemado en el templo de al lado. Refugio de afligidos, el público llevando a hombros Nuestro Señor del Gran Consuelo. Muchos encapuchados. Y Nuestra Santa Madre saliendo ahora mismo a la Calle de las Angustias, el corazón atravesado por “los siete dolores acerbísimos.”

Se oyen las palabras, los rezos, cantos y música. Ondeán las banderas, estandartes y colores. Cristos y estatuas de todo orden; paséanse los hábitos y cofradías, mucho rito, casullas, color y más color; y todo ello envuelto en el olor de cera y el del incienso que claramente denotan pasión y santidad. Pasan las horas.

Llegan de atambores los rumores, de trompetas y clarines los agudos tonos, silbidos que paulatinamente van acercándose; corre la gente de un lado para otro, saliendo de bocacalles, de las casas y los templos; las tiendas están cerradas, los cines y las tabernas. El claqueteo de las caballerías.

-¡Mamá, mamaíta, los lanceros! ¡Corre, corre hacia los caballitos!

-¡Ven aquí, endemoniado!, ¡como te coja!

-¡Ay no, mamaita!

¡Cría cuervos!

Todos quieren ver llegar hacia lo alto de la calle el esplendor insuperable de la fiesta, en todos lados el alboroto, la juerga y los desfiles. Se ven los semblantes animados, otros tristes, pues Jesús está sufriendo. Vamos a contemplar su pasión y su muerte. Sí, rostros doloridos muchos, ojos de lágrimas, diez dedos retorciéndose. Por doquiera esas voces, un grito aislado, una llamada, o un lamento. Son rezos. La tristeza del semblante de la Santa Madre. Juan de Juni.

Acuden damas enlutadas a derramar aún más lágrimas, damas vestidas con gran atuendo. La penitencia invisible de los encapuchados: de blanco máfil o de negro, de púrpura los nazarenos, otros verde o rojo. Hay un montón de cofradías, carísimas túnicas de seda: se oyen por todas partes suspiros y quejas. De rodillas, saetas. Han matado los judíos a nuestro rey. Las sombras de la noche se aproximan.

El Santo Entierro. Un museo recorriendo las calles. En hombros de penitentes van los pasos, fornidos mozos voluntarios y voluntariosos que cargan con las imágenes. Vuelven los ojos, a una parte y a otra los cofrades, que observan a través de misteriosos agujeros en las capuchas de seda. Movimientos templados, rezos callados, las luces de las hachas y blandones llamas, todo envuelto en el incienso.

Rompen las tinieblas otra vez los atambores y dulzainas al ritmo del andar de un millar de pies descalzos; en las calles empedradas se oye el repiquetear sonoro de los cascots de plata o púrpura de las cabalgaduras, las botas.

¡Imperial caballería de nuestra historia! La Conquista. Nuestros tercios farnesios. El triunfo de la fe verdadera en Europa y en el Mundo. Un pueblo frugal y asceta, dándolo todo en la Defensa de la Fe. "No me mueve mi Dios para quererte el Cielo que me tienes prometido ni me mueve el Infierno tan

temido para dejar por ello de ofenderte Tú me mueves Señor muéveme el verte clavado en esa Cruz y escarnecido.”

Es el Cristo de lo Afligidos que pasa ahora por las calles con su Madre Dolorosa a sus pies. Agonía del Cuerpo de Jesús.

Se han abierto de par en par las puertas del templo de allí enfrente. Se ven luces como estrellas en toda la extensión de las tres naves. Las notas del órgano flotando en el aire. Voces, canciones sagradas antiquísimas, las nubes de incienso saliendo ahora a borbotones a la calle.

Desde el balcón en que se halla sentada, ve salir Dorotea a Nuestra Señora de los Cuchillos, eterna imagen del dolor, joya preciosísima expresión del sentimiento y de la piedad cristiana. Arte sublime. Amor y ternura. Obra que más que humana parece divina. El alma se extasía contemplando el bellissimo conmovedor semblante de la Virgen viendo las penas y los sufrimientos y el dolor infinito de una mujer que ha perdido a su hijo.

“Y que además de ser madre es Madre de Dios,” piensa Dorotea.

Está sentada la Virgen en una peña, extendiendo la pierna derecha y mostrando la punta del pie calzado de negro. *Zapatona*. Tiene encogida la pierna izquierda y Ella apoya de lado el cuerpo sobre la palma de la mano, reposando dulcemente sobre un paño en la roca; y con la derecha mano los dedos extendidos cubre la Virgen su seno purísimo mientras que en el hermoso rostro se ven correr las lágrimas. Ni los ángeles del cielo hubieran podido hacerla más bella. Su traje de viuda consiste en un mantón oscuro y una túnica gris que le sale por la frente y llega hasta muy cerca de las cejas. Su expresión es tal que toca en lo sublime.

Alguien entona la canción de Jeremías: « ¡Cómo yace solitaria la ciudad, antes tan llena de numeroso público! La Señora de las gentes ha venido a quedar viuda. Las lágrimas corren por las mejillas de su rostro, y no hay quien la consuele. »

Atraviesan el pecho de la Virgen, entre los dedos espaciados de su mano derecha, siete cuchillos de plata, los siete mayores dolores que ha de sufrir durante la pasión y muerte de su divino Hijo.

De pronto dos aviones de reacción hacen su aparición en la oscuridad de la noche y apagan la música y los rezos y los lamentos del pueblo con su estampido plateado moderno. Son regalo de Norteamérica (para que participe España en la defensa del Mundo Libre) y ya forman parte integrante del decorado nacional; no es de maravillarse que hagan ruido, encarnan la fuerza y el poderío... en plena libertad de un mundo libre y próspero.

En el preciso instante en que se oye el retumbar de los vidrios con el paso de los aviones, Dorotea siente un agudo dolor en el costado izquierdo. Todo empieza a darle vueltas. Tiene que agarrarse a los barrotes del balcón para no caerse de la banqueta al suelo. Hace una hora que ha salido Feli: le

había pedido que la sacase al balcón, allí entre los geranios con que había tratado la hija de alegrar un poco el ambiente. Imposible. Dorotea había insistido, quería como otros años ver la procesión. De nada le sirvieron súplicas y ruegos. Feli se mostró firme: “Tú a la cama, mamá. Ya sabes lo que ha dicho el médico, que continúes tumbada hasta ver. Ahora mismo te voy a dar la medicina.”

“¡Ah, el médico, las medicinas! Ya estoy harta, - había respondido Dorotea – No hace siglos que estaría yo en el hoyo, si hubiera hecho caso de los médicos.”

No habría llegado la joven al portal, y ya la madre estaba trajinando para salir de la cama. Empujó de un lado la manta, y se apañó para sentarse en el colchón, los pies en el frío piso de ladrillo, buscando a tientas las babuchas. Iría hasta el balcón, abriría el batiente para por lo menos oír la música y los rezos, esa dulce algarabía; y se volvería a acostar. Así no desobedecería a nadie. Apoyándose en las muletas, se arrastró hasta el hueco del medio balcón, abrió el batiente, y... no lo pudo resistir.

Momentos más tarde estaba sentada en su banquetta, entre los tiestos, su espalda cheposa contra el muro, ojos entornados, la cabeza inclinada, sus grises greñas grasientas desordenadas, al aire; las muletas apoyadas contra la barandilla oxidada del balcón.

“Qué bonito está mi Valladolid lleno de gente – se dice, entreabriendo los ojos –, rebosando de forasteros que han venido a presenciar nuestra Semana Santa.”

¡Cómo le hubiera gustado a ella estar allí en la acera, participar! ¡Oh, madre, andar con otros en la calle siguiendo a Dios crucificado, hablar, tocar a unas y otras, hacerles parte de sus dolores y sus quejas! ¡Sí, estar presente en la procesión, cuerpo y alma, y no sentada allí, en esa mierda de balcón!

¡Andar entre las multitudes, los pies descalzos, un cirio en la mano, rezando mentalmente y haciendo ahora abstracción de todo otro ruido! *En el silencio vibra con el ardor de la Fe.*

Se calla, piensa en los aviones, que están dando la vuelta; en las nubes, los cielos, el más allá; mira de soslayo al aire azul marino casi negro de la tarde. Mirada extraña, casi sin vida: un poco como miran las gallinas en el corral cuando están bebiendo (las del corral de su tío Urbano en Tordehumos); o que se alarman si pasa algo, o que esperan recibir el alimento: el pico elevado de lado en silencio.

Es que está oyendo el sonido de la radio de uno de los vecinos, los del tercero: « ... renueva cada año la ciudad el insondable misterio del Gran Dolor de Dios, de Su Pasión y de Su Muerte –oye-, todo reflejado en la angustia de la humanidad entera: hombres y mujeres penitentes preparados a llorar, sufrir, morir. Llenan el aire de luto y de oración mientras siguen los Pasos, los pasos que dio Nuestro Señor Jesucristo a cada momento sublime del Camino

del Calvario. Los nazarenos encapuchados que alumbran la trágica penumbra con las antorchas. Las damas penitentes que sueltan las plegarias dolorosas... »

Suspira Dorotea, respirando con dificultad.

-Qué lindo debe ser el tener un arradio – se dice -, y poderlo oír todo sin salirse una de su casa.

Un sudor frío le corre por el cuerpo, y otra vez siente el dolor en el costado, y una acidez extraña en la garganta. Ve avanzando hacia ella una estatua. Tiene el Cristo la cabeza inclinada hacia un lado, y los ojos y la boca entreabiertos; el contraste entre la dulzura del rostro y el colorido ensangrentado de las carnes le impresiona; y sabe que está viendo en esa imagen la expresión inequívoca de la maldad de los hombres. ¡Muerte al Cristo Redentor!

Va siguiendo paso a paso el largo camino de la pasión, y se siente presa de un dolor profundo, mucho más que el que ha sentido hace unos momentos. “¡Ay, Jesús Santo – murmura -, ampárame!” Siente que se desmaya. Ve colores, imágenes, cruces, uniformes, casullas, mucho oro, mucha plata y pedrería, que acompañan a la Muerte. Más y más gentío, mayor y mayor agonía.

Es el Paso de la Divina Flagelación. Jesús ha sido entregado por funcionarios y sacerdotes a los soldados romanos, crueles instrumentos del imperialismo, que lo maltrata, que le dan azotes hasta cubrirlo de sangre.

Dorotea viendo a Dios atado a una columna, tan duramente castigado ¿cómo se atreven?, se siente morir, trasuda. Le duele mucho todo (se dice), sobre todo el alma. Baja la mano, tratando de alcanzar una botella que no existe. Se agita, busca y rebusca, y emite un chillido de horror (¡la botella la había dejado su hija en una silla, junto a la cama!)

Muerde, se agita, palpita, se desespera, cierra los ojos. En la naciente oscuridad de una hermosa noche de primavera, el cielo infinitamente elevado, se ven las centelleantes estrellas y aquí abajo se siente el olor del incienso. Se ven las luces pequeñitas de las candelas, dos filas de mujeres enlutadas, y en el medio, elevada, la figura de un hombre desnudo. Corona de espinas. Cuerpo ensangrentado, derrotado y triste. El Pueblo le ha abandonado, está solo, perdido, condenando a muerte. Entre sacerdotes y soldados se arrastra el Salvador: alguien ha puesto en su desnudo torso una túnica de púrpura, justo sobre los hombros. “¡Ecce Homo!” ¡Hay tantos como Él, que sufren! “Ante estas piedras, estos mártires, juro yo apartar del camino de España al que se desvíe.”

El personal del Arma de Artillería acompaña a Cristo Crucificado. Sufre Dios ya inconmesurablemente y todavía quieren hacerle más sufrir. Lleva el peso Jesús de los maderos sobre el hombro. Cae. Se levanta, el cuerpo roto, rodillas ensangrentadas, las piernas sin fuerza... Va a caer pronto otra

vez, y todavía pide mayor castigo el pueblo... la masa reducida a la pura animalidad, castrada de toda racionalidad. ¡Que se lo lleven, que se lo lleven a la cruz, que le lleven a la muerte!

Dorotea está pensando en la guerra. Ve el desfile. Sueña. Hay sacerdotes, hay militares en uniforme. Mucha gala. Un sinfín de medallas y condecoraciones. Caras crueles, rojizas. Le recuerdan la sangre de las víctimas que alcanzó a ver entonces. Lo más digno y lo más sano del Pueblo.

Según avanza la noche y aumenta el número de nazarenos encapuchados, siente el miedo que ha sentido siempre, que le ha impedido hacer, hablar; y siente ahora, además, un frío intenso, horrible por todo el cuerpo.

-¡Si solamente estuviera aquí la Feli!- murmura.

Ve un pedazo de papel flotando en el aire, acercándosele a los ojos, probablemente una estampita que ha caído de un balcon vecino. Ve a Jesucristo cuyo infinito amor (se dice) puede ayudarnos a vencer la muerte. ¡Oh Padre, que por tu gracia y el amor purísimo de la Virgen María, vencemos cada día las penas y los sufrimientos que nos afligen, concédenos la gloria!

“¡No me dejes morir sin que antes haya visto a mi Feli una vez más, una vez más!”

Por encima del murmullo de la procesión oye un ruido que se asemeja mucho a la risa de un hombre, una risa estentorea, brutal. Está al borde de un precipicio, y oye como una música suave que todo lo invade. Es el ruido de una corriente de agua que pasa tranquila y salutaria allá abajo, en lo más hondo de un profundo barranco, donde alcanza a ver al hombre que tanto daño en su día le hizo.

“Apenas veinte años,” se dice.

Baja los párpados, escuchando el murmullo de ese arroyo, medio apagado por la risa malévolas del hombre.

Cuando abre los ojos al cabo ve un desfiladero al lado, en la montaña, una gran columna de gente, una superficie radiante de luz y color. Todo es allí bello y de un semblante prometedor. Los árboles, las flores, animales y plantas, bella naturaleza. La gente. Se queda la vieja ensimismada escuchando una música sublime de pajarillos, el murmullo de los arroyuelos, los cantos de la gente... todo tan diferente de lo que ella ha vivido. ¿Cómo puede ser?

Ve una amplia pradera de una tonalidad verde sumamente suave y delicada que la invita a cruzar, al parecer, el barranco. Son ellos que quieren que vaya a unirse al pueblo, dicen.

Lo que antes le parecía un musiquilla como de agua que corre, se transforma ahora en algo celeste que le llena el alma de paz y un contento hasta entonces inimaginados. El cielo es de un azul claro perfecto; no hay nada que confunda o mitigue este azul. Ni una nube, ni una mancha, un rudimento de polvo o cenizas... nada que pueda perturbar esa perfecta intensidad sublime.

Alguien la está llamando. Una voz conocida. Oye de súbito las notas de una marcha triunfal. Hay mucha gente, sí, en los picos nevados de allá arriba. Son héroes del pasado y del presente. Va viéndolos poco a poco, hombres y mujeres, muchos seres queridos, gente muy conocida algunos; otros rostros son nuevos, y muchas son las caras de gente que le fue conocida antaño, a quienes había ya olvidado hacía tiempo y que ahora aparecen tal como eran, con toda la fuerza del recuerdo de otra época. Su Lucio allí está, y Lucito (¡pobrete, tan joven!), la señora Amparo, Ferrer, Agapito, Casta, Justino, ¡tantos!, todos haciéndole seña de que venga a unirse a ellos, a aquel paraíso, la verdadera única felicidad.

Y a este lado del desfiladero, aún más gente. Mujeres y hombres jóvenes, bulliciosos y llenos de vida, con pancartas y carteles anunciando algo nuevo. Y una bandera roja enorme que flota, que flota abarcando el mundo entero. No llega a saber de qué se trata.

Abre los ojos sobresaltada, y ve allá abajo en la Calle de las Angustias una multitud de sombras, moviéndose indiferentes en todas las direcciones, unos charlando, otros en silencio. Quiere llamar, gritar, pedir auxilio, no puede. Oye el latido vertiginoso de su corazón.

“¡Si solamente pudiera ver a mi hijita una vez más!”

¡Clop, clop, clop, cloppp! Oye el ruido violento de unos pasos, cada vez más sonoros, cada vez más cercanos. Es un hombre hermoso vestido de negro. Le rechaza decididamente y cesa el dolor al instante, y hasta cree que puede mover las piernas. Se pone en pie y se echa a andar... flota. Va recorriendo el espacio y el tiempo..., percibe ruidos, dolores, la música... el canto de un ruiseñor. Alegrías, recuerdos, amores, un gozoso retorno a un pasado que fue feliz, y una idea de contienda que le es nueva: de ansia de mejorar la vida. Un pueblo que busca, que espera alcanzar un mundo mejor... Está pensando en el pasado, un tiempo cuando lo que podía haber sido no fue..., ¡aquella derrota rotunda! Y sufre. ¿Por qué? ¿Qué hizo que ella no estuviera nunca allí?

Mucho ruido de otra especie le interrumpe el ensueño: el repiquetear de campanas, las imágenes, los pasos retirándose, mucha sangre pintada en un velo que todo lo cubre, el acento endiablado de las armas militares y civiles. Aviones. Monstruos o seres horribles, agentes de destrucción y de miseria. Y el embeleco, la mentira, la hipocresía... no sabría decir qué, de dónde viene.

“¿Por qué han de sufrir unos para que otros disfruten?”

¡Clop, clopp, cloppp, clopppp! Ese ruido, esos pasos, esa alteración frenética que llega aceleradamente.

Apoyándose con la mano izquierda en un paño en la banqueta, la derecha extendida, con los dedos espaciados sobre el pecho, siente con las palpitations como si le clavaran unos cuchillos en el corazón. Ya está aquí otra vez el hombre que quiere avasallarla.

Sintiendo que se ahogaba, hizo un último esfuerzo, rechazó aquel fantasma falsamente hermoso, el recuerdo del ser más dañino que apareció en su vida hace más de cuarenta años. Un hombre que se reía, que todavía se está burlando de ella, diciendo que no era él, que ella le había hecho pecar, las faltas de la juventud. Era una pesadilla. Hizo un movimiento desesperado del brazo derecho, y vio caer al monstruo en el barranco. Tornó la mirada hacia el otro lado, como debía haber hecho hacía muchos años. De repente, en el medio de ese grupo numeroso de gente joven y hermosa, al lado del desfiladero, al pie de una cordillera, ve a su Feli, abrazada a un hombre que la ama y nota que están en disposición como de lucha, de luchar juntos por el pueblo y la libertad; algunos de los que les acompañan llevan estandartes y banderas que flotan alegres y optimistas en el aire azul de primavera nueva, un maravilloso nuevo amanecer.

“Gracias, mi Feli, por no haberme abandonado y por lo que has hecho de tu vida. Ahora ya puedo dormir tranquila.”

En la Calle de las Angustias allá abajo, sentado en el bordillo de la acera, esquina a la Solanilla, un niño juega manoseando unas canicas de barro. A su lado, su mamá charla con una vecina. De repente oye el niño un sordo ruido, y eleva la mirada al cielo. En el segundo piso de la casucha de enfrente, un viejo edificio estrecho escuálido, ve el niño a una mujer gorda espatarrada en el balcón, entre unos tiestos rotos de geranios, la cara aplastada contra los barrotes oxidados, un brazo colgando en el aire. Se levanta el pequeño agitado, y tira de la falda de su madre.

- ¡Mamá, mamá – chilla asustado -, mira que mujer más fea!

Las dos mujeres interrumpen su charla momentaneamente, y miran hacia el balcón. Ambas hacen la señal de la cruz, y una exclama:

-¡Virgen Santísima, Madre de Dios, si es Dorotea! ¡Y está muerta!

FIN

Fin de la novela y de la saga

Fernando García Izquierdo
9, rue Vernet
78150 LE CHESNAY
Francia
Tel. 33 1 39 54 01 98
E-mail fg.izquierdo@yahoo.es

